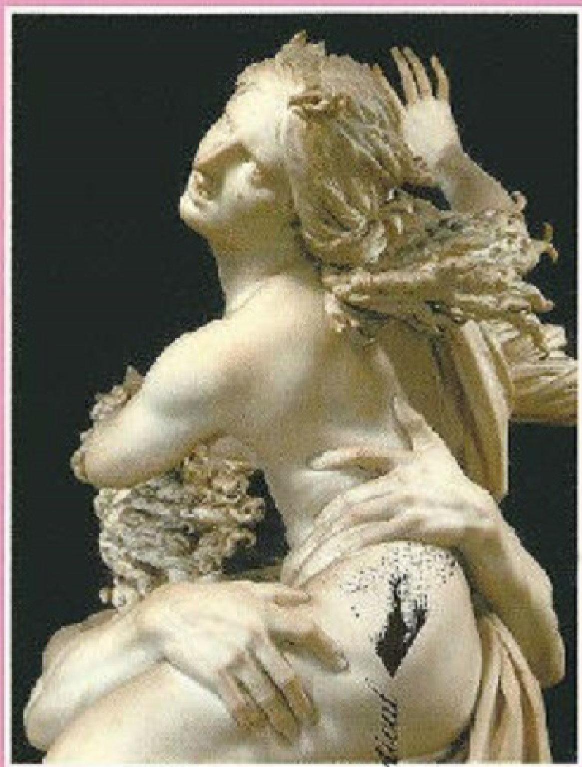
Javier Negrete

Amada de los dioses



La sonrisa vertical



Un tribunal ateniense se dispone a juzgar a Nerea, la extranjera, la cortesana, la bella desdeñosa. Mientras la voz del acusador retumba pidiendo su muerte, Nerea rememora… ¿Qué delitos ha cometido en realidad? Sus recuerdos se remontan a la lejana isla en que nació y creció, y donde atisbó por primera vez los misterios del sexo al ver al dios Pan fornicando con una mortal; desde ese momento, se sintió tocada por una extraña gracia.

Poco después fue apresada por piratas y llevada a Corinto, donde, convertida en esclava, la sabia Mirrina le enseñó el arte de dar placer y la convirtió en una joven refinada. Pronto su fama se extendió por toda Grecia: sin duda era la amada de los dioses. Ya en Atenas, se codeó con Critias, Hipócrates, Aristófanes, y, sin embargo, quien le robó el corazón no fue otro que el hermoso Alcibíades, el traidor… Cuando la clepsidra que marca el tiempo anuncia que ha de hablar la defensa, Nerea apenas escucha: si, era cierto, había conocido el amor de Zeus, de Afrodita y de otros dioses… pero nadie supo nunca hasta qué punto era cruel ese amor inmortal.



Javier Negrete

Amada de los dioses

La sonrisa vertical - 124

ePub r1.1
Titivillus 18.12.15

Título original: *Amada de los dioses*
Javier Negrete, 2004

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





www.epublibre.org

Aniversario

EDICIÓN CONMEMORATIVA

A David,
que pasó buenos ratos con ella

Krinomene

El sol acaba de asomar sobre los picos rosados del Himeto y sus rayos empiezan a caldear los tejados. Hoy será un día seco y caluroso, como lo fue ayer y como sin duda lo será mañana. Salvo unos tímidos jirones blancos al norte, no hay nada que perturbe la calma de aquel cielo, el más azul del mundo. La vida se desperezа poco a poco en las angostas calles de la ciudad. Sin prisas, sus habitantes van abandonando las incómodas casas que desmerecen la fama gloriosa de aquella urbe que se jacta de ser la dueña del mar. Se saludan, escupen en las vías polvorientas, se rascan el trasero y se encaminan a atender sus negocios, a tornear ánforas en los talleres, a forjar espadas y escudos para los hoplitas que custodian las murallas. O pasean sin más hasta la plaza, entran en las cien barberías de la ciudad, donde se discute de guerra y política, o suben a los templos a chalanear algún favor con los dioses.

Muchos de ellos han madrugado más y ya están en los tribunales, donde la máquina del sorteo ya ha decretado quiénes actuarán hoy como jurados en tal caso y cuáles en tal otro. Son centenares, miles de jueces, los que van entrando en los dicasterios, zumbando como coros de avispas. Sin embargo, la ciudad no está tan poblada como antaño, pues ha sufrido mil desgracias y ahora muchos de sus hombres se encuentran lejos, defendiendo la suerte de la patria en las aguas de otro mar. Hoy es el día en que su flota ha de sufrir el revés definitivo y en que la cruel tijera de la diosa (una de las tres Moiras) cortará el hilo con el que se medían los días de gloria de aquella sociedad que ha querido lograr metas más allá del alcance de los mortales. Pero en la ciudad aún tardarán en enterarse de su propio infortunio, pues el río de la Cabra se encuentra lejos y la noticia llegará cabalgando a

lomos de las olas. De modo que hoy, ajenos al terrible golpe que los aguarda, los ciudadanos están más pendientes de otro asunto. En el tercer tribunal, los quinientos jueces, y uno más, para que no haya empates en el veredicto, se han sentado ya sobre sus cojines, en los largos e incómodos bancos de madera, dispuestos a juzgar a Nerea. Nerea la extranjera, Nerea la cortesana, Nerea la bella desdeñosa. Nerea, la amante del traidor. Nerea, que se ha atrevido a posar de modelo para que un escultor impío represente a una diosa desnuda.

Los curiosos se agolpan a la entrada, pero los bárbaros guardias escitas los contienen con sus arcos y sus miradas torvas. En la puerta contraria acaba de aparecer la acusada. Cuando la ven entrar, un rumor se extiende como una densa marea entre los jueces y la multitud. Ahí está, es ella. Qué hermosa. Qué desvergonzada. Las sensaciones son difíciles de separar. Hay un germen de odio y rencor, porque no nació en la ciudad y es enemiga por nacimiento. Hay ignorancia y desconfianza, porque es mujer y porta un secreto que ellos, como varones, anhelan y aborrecen a la vez. Hay admiración y deseo, porque se trata de la cortesana más bella de la ciudad. Curiosidad, por saber qué alegará su defensor al hablar por ella, que como hembra y extranjera no puede defenderse a sí misma. Temor, porque los dioses vigilan desde las alturas para saber cómo ha de ser castigada la mujer que ha osado prestar su cuerpo desnudo para representar a una divinidad.

Quinientos hombres más uno esperan a escuchar las razones del acusador, el sicofanta, el delator profesional tras el que todos adivinan la venganza de un hombre muy poderoso; pero también las del defensor, un hombre hábil en las palabras que auxilia a la extranjera para pagar una deuda de carne. Pero, sobre todo, esperan verla a ella, a Nerea, la mujer inalcanzable. Hoy, por un día, la tendrán en su poder. Y sin duda lo ejercerán.

El rumor sigue corriendo mientras la mujer, vestida con una discreta túnica blanca y un fino manto azul, pasa ante la primera fila de jueces con paso flexible y decidido. Después

se sienta junto a su abogado y amante (tan sólo uno más de sus muchos amantes) y recorre con la mirada el tribunal.

Mientras desfilaba ante ellos ha oído sus susurros y ha percibido sus olores (lana sucia, pies y axilas sudorosos, dientes cariados). Ahora ve sus rostros y entre ellos cree reconocer tal vez a cuatro o cinco. Quizás estuvieron en su casa alguna vez, e incluso compartieron su lecho. Los demás son demasiado pobres para haberse cruzado en su vida. Pero son ciudadanos orgullosos de su poder, aunque éste les dure escasamente un día. Y son hombres a los que no les puede explicar por qué ella, Nerea, ha optado por prestar su cuerpo a la gran diosa que los manipula a todos a su antojo. No le permitirían hablar, y aunque lo hiciera no la escucharían, y aunque la escucharan jamás la entenderían. Ahora es una intrusa en un mundo de hombres. Todo lo que hay allí es olor de hombres, sonido de hombres, color de hombres, frío y terco pensamiento de hombres.

El presidente del tribunal ha dado la palabra a la acusación. La clepsidra que marca el tiempo de su turno empieza a correr. Nerea observa la caída del agua y sufre la ilusión de que cae cada vez más despacio, como si estuviera solidificándose, como si el propio tiempo se convirtiera en resina y ella quedara atrapada en él como un insecto. La voz del sicofanta se ha convertido en un ulular grave, lento, incomprensible. Nerea sólo ha entendido una palabra, «muerte», y sabe que se refiere a ella y al castigo que debe recibir por su sacrilegio.

Ella sabe cuál ha sido su verdadero pecado. Ha estado demasiado cerca de los dioses y, sin quererlo, ha comprendido demasiados de sus misterios. Ahora debe pagar el precio. Su vida no ha sido muy larga, pero ya llega a su fin. Por eso, mientras la voz del acusador retumba cada vez más lenta en el tribunal, Nerea recuerda…

Kore

En aquel tiempo el cielo deslumbraba. Las pestañas de Nerea eran claras, sus ojos, azules y, cuando no se resguardaba a la sombra de un árbol, la luz reverberaba blanca y punzante en cada canto, en cada nubecilla, en cada cresta de espuma. Ella guiñaba los ojos, y al cerrarlos se le marcaban unas arruguitas en las comisuras de los párpados. Su madre la regañaba: «Si sigues así, te quedarás fea para siempre». Y Nerea, que ya desde que empezó a andar era muy coqueta, se esforzaba por abrir los ojos. Pero la luz se empeñaba en entrar en ellos a raudales y la hacía estornudar y lagrimear, de modo que tenía que agachar la cabeza o cubrirse con la mano a guisa de parasol.

Había también otro azul más profundo que el del cielo que no deslumbraba. El mar visto desde los acantilados. Sobre ellos se abría una pequeña explanada cubierta de aliaga y lentisco, zarzales, y también algarrobos y olivos cuyos troncos se retorcían como los dedos de un viejo reumático. Allí subía Nerea con sus cabras, porque le gustaba apacentarlas a solas, sin mezclarse con los demás niños, que llenaban el aire de gritos y pedradas. A veces, mientras los animales mordisqueaban con aire pensativo todo lo que se ponía al alcance de sus inquietos belfos, Nerea bajaba por un estrecho sendero sembrado de cascajo y gravilla y se escapaba a una playa en forma de diminuto creciente. Allí la arena era casi blanca, y entre sus granos gruesos se entreveraban piedrecillas de colores. A Nerea le encantaba pasear descalza, hundir los pies en la arena y jugar con ella entre sus dedos, hasta que aquella sensación placentera casi se convertía en dolor. La playa era poco profunda y estaba protegida por un espolón de piedra. Las aguas quietas y limpias dejaban ver el fondo blanquecino; la combinación de

agua, luz y arena creaba un azul transparente, casi del mismo color que los iris de Nerea. Pero ella lo ignoraba, pues nunca había visto un espejo. No siendo ni la mitad de hermosa de lo que llegaría a ser, había ya tal belleza en ella que hasta los cabreros más patanes de la isla enmudecían al mirarla, con ese temor reverencial que despiertan los dioses y los númenes. Pero la niña Nerea nada sabía del poder que se ocultaba en su cuerpo de junco.

Vivían junto al mar, en una casa de paredes de adobe y techo de chamiza. Su aldea era una de las pocas que salpicaban aquella isla, tan pequeña y pobre que rara vez desembarcaban en ella los mercaderes del continente. Los lugareños vivían de la pesca, pero también apacentaban rebaños de ovejas y cabras y recolectaban lo poco que aquel suelo escarpado y reseco se dignaba entregarles. Las mujeres se ocupaban de los cultivos, de moler el grano, de cardar y tejer la lana y del gobierno de las casas. Los hombres salían a pescar cuando el dios del tridente tenía a bien que el mar estuviera sereno; si no, reparaban sus redes; y si ya las habían reparado o se aburrían, se juntaban para beber vino y jugar a los dados en la pequeña taberna de Eufemón. Los niños y las niñas cuidaban del ganado; los más pequeños, si ya tenían hermanos que trabajaran por ellos, correteaban ociosos y medio desnudos de acá para allá. Pero cuando con el otoño llegaba el momento de vendimiar el dulce fruto del dios del tirso, todos colaboraban. El vino de aquel lugar no tenía comparación con los célebres caldos de Lesbos o Falero, pero para aquellos isleños apartados del resto del mundo era un don que agradecían a los dioses con fervor.

El acantilado que se asomaba a poniente y la explanada que lo coronaba eran sólo de Nerea, porque a los demás niños les gustaba quedarse más cerca de la aldea y de las anchas playas que se extendían hacia el norte. Nerea trepaba a su farallón privado con la agilidad de una cabritilla más, y un poco de pan y de queso y un pellejo de agua le bastaban para todo el día. A veces se quedaba apacentando las cabras hasta la puesta de sol, aunque su madre la regañaba si volvía cuando ya había oscurecido. A Nerea le gustaban los

crepúsculos, pero aún más si había nubes en el horizonte o acababa de llover, algo poco frecuente en la isla. Entonces, al abrirse un claro entre las nubes, la luz del sol se derramaba en haces frescos y dorados, recién lavados en aquel aire diáfano. Se le antojaba que esos crepúsculos eran sólo para ella y que en el cielo habitaba un pintor que se divertía enseñándole sus efímeras obras. Pero la mayoría de las tardes, el sol no encontraba obstáculo alguno en su camino y se hundía, solitario, en el mar. Entonces su ojo púrpura se dejaba mirar de frente, y Nerea no tenía que hacer guiños ni estornudaba; y se despertaban en su delgado cuerpecillo anhelos que era demasiado pequeña e ignorante para saber expresar.

A los diez años, Nerea ya había oído hablar de «esa cosa», pero aún no comprendía muy bien qué quería decir tal expresión. Cuando se juntaba a jugar o a parlotear con las demás niñas, ellas se reían con unas carcajadas escandalosas, ponían los ojos en blanco y a veces se desnudaban, poniéndose las túnicas sobre las cabezas, se mostraban unas a otras sus tetillas en ciernes y se las pellizcaban. Aunque a veces se hacían daño con aquellas bromas, nunca dejaban de reír. A dos de ellas, Pito y Lampra, ya les había crecido vello entre las piernas, y lo enseñaban como un guerrero laconio podría haber exhibido sus heridas de guerra. Lampra, que pese a su nombre era más bien oscura de piel, lucía unos pelos tan tupidos a sus doce años que ya ni siquiera dejaban ver la línea que separaba sus labios.

A Nerea le daba vergüenza descubrir su cuerpo, pues era la más pequeña del grupo. Pero las demás porfiaban y porfiaban, fuera por envidia o por un deseo instintivo. Una tarde de verano, después de una fiesta, su madre le había dado permiso para recoger antes las cabras y salir a jugar. Estaban, ella y las demás, en una playa de arenas oscuras al norte de la aldea. Antes habían sorprendido a dos chicos que las observaban desde unos arbustos, y como no podían convertirlos en ciervos a la manera de la diosa cazadora, los

habían espantado a golpe de peladillas. Después, ya solas o al menos espiadas con más discreción, empezaron a enseñarse sus cosas. También porfiaron para que lo hiciera Nerea, y le propinaron tales tirones del peplo que amenazaban con desgarrarlo. Nerea sabía que si su madre lo tenía que remendar, también le remendaría a ella el trasero, así que al final se dejó desnudar. Se rieron de ella, porque tenía el sexo mondo y liso como el culito de un bebé. Pero los pezones ya apuntaban, tímidos, y Lampra se los pellizcó en broma. Nerea sintió un extraño cosquilleo y pensó que aquello estaba mal, así que apartó a Lampra de un empellón, cogió su peplo y salió corriendo mientras se vestía.

Días después, mientras apacentaba sus cabras, se acordó de aquel pellizco. El carro del sol se había parado en lo alto y el aire vibraba con el zumbido de la chicharra. Nerea se palpó por encima de la ropa y, como sin quererlo, se apretó la tetilla entre el pulgar y el índice. Lo único que consiguió fue hacerse daño, y se le escapó un grito de sorpresa y luego una carcajada.

Oyó un ruido a su espalda, entre el ramaje. Nerea se dio la vuelta. Algo se había agitado entre los tallos del lentisco. Nerea contó las cabras: estaban todas a la vista; debía de tratarse de algún otro animal. En la isla no habitaban fieras mayores que un zorro, pero a pesar de ello rodeó el arbusto blandiendo el cayado por si tenía que defenderse. Entonces las ramas se sacudieron y de entre ellas salió corriendo una cabra. No era de las suyas. Las conocía bien a todas, y les había puesto nombre y a veces hasta apodo; pero ésta era mucho más grande y de pelaje más pardo. La bestezuela se escondió entre el ramaje y después asomó la cabeza para observarla. Bajo unos cuernecillos ridículos en un animal tan grande, se veían unos ojos demasiado juntos que miraban de frente, con una intención casi humana.

Una extraña curiosidad impulsó a Nerea a acercarse más. Entonces la cabra volvió a huir, entre crujir de ramas y sisear de hojas, y se alejó hacia la parte más elevada de la pequeña

explanada. Nerea la siguió decidida.

El animal se había internado entre la maleza. La niña tuvo que agacharse, pero al final la encontró. La cabra, un macho por lo que pudo observar, se había alzado sobre las patas traseras y embestía una y otra vez contra algo que estaba tapado por un algarrobo, que Nerea imaginó serían las ancas de una cabra hembra. Ya sabía que aquellos empellones acababan convirtiéndose en cabritos, aunque nunca se le había ocurrido relacionar aquella actividad rápida y febril de los animales con el nacimiento de los niños humanos. Una vez le había preguntado a su madre de dónde venían los bebés, y ella le había propinado un capirotazo y la había mandado a por agua a la fuente.

Se acercó, buscando un agujero para ver mejor. Arrastrándose de rodillas, apartó las ramas pinchudas y las ásperas hojas, y lo que vio la dejó boquiabierta. La cabra hembra no era tal, sino una mujer desnuda. Estaba doblada sobre sí misma, con las manos apoyadas en el tronco nudoso del algarrobo, y hacía fuerzas para no caerse. Los cabellos indómitos le caían hasta el suelo; tenía la espalda arqueada, y sobre sus nalgas había unas manos fuertes y peludas que la apretaban y empujaban, delante y detrás, delante y detrás. Las piernas, estiradas, hacían esfuerzos para no caerse ante los embates. Eran flexibles y largas, pero en ellas se marcaban las líneas de los músculos cada vez que se contraían para resistir un nuevo empellón.

El macho que la empujaba era en realidad la más extraña criatura que Nerea hubiera visto en su vida. Tenía por pies unas pezuñas hendidas, pero sus patas peludas se convertían a partir de las rodillas en piernas humanas. De cintura para arriba, el cuerpo era casi normal, salvo por la cola corta y pardusca que lucía en el trasero y que se meneaba como si tuviera vida propia. El tórax era velludo y musculoso, como los brazos que sujetaban a la mujer y los gruesos dedos que le estaban dejando marcas rojas en las caderas. Una barba hendida, con pelos tan híspidos que parecían cerdas de cepillo, adornaba el huesudo rostro, y unos cuernecillos grises coronaban la cabeza.

Nerea estaba a poco más de cuatro pasos. El hombre-cabra la miró un momento, sonrió y se relamió los labios con una lengua roja como una baya. Tenía unos ojos inhumanos, de pupilas rasgadas e iris amarillos. Nerea se estremeció y pensó en huir, pero se había quedado paralizada. Tal vez era la mirada hipnótica de aquel ser, acaso la curiosidad. Intuía que no debería estar viendo aquello, que era algo sucio que manchaba a la vez a quien lo hacía y a quien lo presenciaba, pero una morbosa fascinación se había adueñado de ella. Al tiempo, debajo de su ombligo, casi entre sus piernas, se había aposentado una sensación hasta entonces desconocida, como si una mano invisible, viscosa y caliente la cosquilleara por dentro.

El hombre-cabra no cejaba en sus arremetidas. La mujer seguía resistiendo a sus embates, pero debía de estar sufriendo mucho, porque se quejaba, cerraba los ojos y se mordía los labios. Aunque, pensó Nerea, si le doliera sin duda gritaría más fuerte y no con esos gemiditos que parecían un poco ridículos. El hombre-cabra apretó más las caderas de la mujer y la obligó a girarse hasta que sus traseros quedaron apuntando de soslayo a Nerea. Sin duda, la criatura se había movido por malicia, con la intención de que la niña pudiera verles mejor, pues fue entonces cuando se apartó un poco y sacó algo de entre las piernas de la mujer.

Nerea se llevó la mano a la boca para sofocar una exclamación. Ya había visto a muchos chicos desnudos, y también a su padre, y a otros pescadores a los que se les arremangaban las túnicas al bajarse de los botes o trepar a ellos. Sabía bien que donde ella tenía esa rajita lampiña, a ellos les colgaba una especie de gusano sonrosado que se llamaba *tylos*, y *peos*, y *posthe*, y *kaulós*, y de unas cuantas maneras más que a sus amigas les encantaba pronunciar entre estúpidas risitas. Pero la *posthe* del hombre-cabra no colgaba, sino que apuntaba hacia arriba como una rama enhiesta. Además, Nerea nunca había visto una tan grande: era larga y gorda como una porra de madera y su piel oscura estaba surcada de venas cárdenas. En la punta no tenía piel, sino que a través de ella asomaba una cúpula de carne tan

rosada y húmeda como una granada. El hombre-cabra se frotó el miembro un par de veces, y al hacerlo gruñó y arqueó las caderas, y su rabillo se movió aún más frenético. Después jugueteó con la punta entre las piernas de la mujer y la hizo gemir de nuevo. Ya era obvio que aquellos quejidos y suspiros no eran de dolor, sino fruto de un placer que debía de ser muy intenso. Nerea se fijó bien en lo que había entre las piernas de la mujer. Era una raja como la suya, pero rodeada de un vello espeso y oscuro; estaba abierta, y en el centro de la grieta asomaba una carne viva tan enrojecida como el miembro del hombre-cabra. Él empujó de nuevo y clavó su cosa en aquella velluda boca vertical. La metió bien dentro, hasta que las bolsas peludas que escoltaban su *posthe* chocaron contra las ancas de la mujer. Nerea ahogó otro grito. ¿Cómo algo tan grande podía caber en…, en…? Un vértigo helado se afincó en su vientre, pero a la vez se hizo más cálido aquel cosquilleo que le hormigueaba entre las piernas. Nerea apretó los muslos, como si quisiera evitar que algo penetrara entre ellos, pero al hacerlo se los frotó sin querer y una urgencia placentera le trepó hasta el ombligo.

El hombre-cabra seguía en su afán. Debía de ser aburrido clavar su *posthe* hasta el fondo, sacarla hasta la mitad, volver a clavarla, sacarla, una y otra vez, sin dejar de apretarle las nalgas a la mujer. Pero ni él ni la mujer parecían hartarse. Ni siquiera Nerea sentía deseos de marchar, sino que seguía allí quieta, fascinada y ansiosa por presenciar el final de aquel fantástico espectáculo.

Los movimientos del hombre-cabra eran cada vez más violentos. La mujer incorporó un poco el torso y se giró para mirar a su agresor. Él le soltó las nalgas y le estrujó los pechos. Los gemidos de ella se volvieron más agudos y apremiantes. Nerea recordó la sensación del pellizco en el pecho, y lo repitió, pero con más dulzura, y esta vez no le dolió, sino que sintió cómo la tetilla se le erizaba. El hombre-cabra la miró con una sonrisa y volvió a relamerse.

—El gran dios Pan aún está vivo —dijo con una voz áspera como la breña.

Nerea había oído hablar muchas veces del dios de los

cabreros, y ella misma le había dejado ofrendas de queso y miel por encargo de su madre. Pero jamás hubiese esperado verlo, pues bien sabía que los dioses no suelen aparecerse a los mortales, y menos a niñas tan vulgares como ella. Mas allí estaba Pan, incrustando su *posthe* gruesa y nudosa como una tranca en el velludo sexo de aquella mujer salvaje que no podía ser sino una dríade, una huidiza ninfa de la espesura.

El gran dios Pan agarró los cabellos de la mujer como si fueran las riendas de un caballo y tiró con fuerza de ellos. Después estiró el cuello para besarla. No fue un beso cariñoso, como el que a veces Nerea veía darse a sus padres, sino una especie de combate de lenguas que se retorcían como culebras que quisieran anudarse. La niña pensó que era repugnante, pero el calor en su vientre se empeñaba en contradecirla. El dios-cabra amasaba las tetas de la mujer como si fueran panes crudos. Su *posthe* estaba tan dentro que Nerea ya ni lo veía; tan sólo podía distinguir aquellas bolsas velludas botando y rebotando al ritmo de sus clavadas. Sus musculosas nalgas se contraían cada vez más frenéticas. La criatura se enderezó, obligó a la mujer a agacharse de nuevo y volvió a aferraría por las ancas. Entonces las venas de su poderoso cuello se hincharon como sogas y, levantando la mirada hacia las ramas del árbol que cobijaba su cópula, exhaló una mezcla de balido y grito humano. Sus nalgas empezaron a moverse más despacio, en empujones únicos y decididos, como si con cada uno de ellos quisiera rematar a su víctima. La dríade soltó unos cuantos gemidos muy seguidos, *aaah, aah, ah, ah, a-a-a-a, aaaah*, y después un único grito prolongado que brotó del fondo de su garganta, y arqueó las caderas como si quisiera que el miembro del dios-cabra le saliera por la boca. El orgasmo de ambos (Nerea no sabía aún que aquello era un orgasmo, pero se dio cuenta de que estaba presenciando algo único, extraño, primigenio, casi milagroso) fue largo y bestial. Entre las convulsiones, el dios-hombre-cabra sacó su miembro, hinchado y a punto de reventar, lo rodeó con la mano y se lo frotó. Entonces brotó de su punta un chorro blanco que se derramó sobre las nalgas de la ninfa, y después otro escupitajo que saltó hasta su nuca

y se enganchó en su pelo como una telaraña. Aquel líquido lechoso también goteaba entre las piernas de la mujer, pues Pan la había llenado de tal forma que incluso en esa postura su sexo rezumaba. El dios de la fertilidad salvaje tenía un caudal de esperma tan abundante que aún le había sobrado para pringar las nalgas y la espalda de la dríade y darle así un espectáculo a la pequeña, que lo observaba todo con los ojos como platos.

Así recordaba, así siguió recordando Nerea aquella primera vez en que presenció el secreto de los dioses y los hombres. En aquel mismo momento, cuando Pan se giró hacia ella apuntándola con el extremo rojo y chorreante de su *posthe*, Nerea se levantó y huyó de allí, y supo que no se lo iba a contar a nadie, ni entonces ni nunca. Pero jamás olvidó aquella escena salvaje, y la memoria fue siempre tan intensa y detallada (los jadeos y gemidos, el viento siseando entre las ramas, la chicharra, el olor a algarroba y a jara, a almizcle y a sudor, el rojo purpúreo de la vulva de la ninfa, las venas cárdenas del enorme falo de Pan) que durante los años siguientes llegó a pensar si aquellos detalles, con el tiempo, no habrían ido brotando como uvas crecidas en su imaginación.

Aquel día, sin aún saberlo, recibió un don. Desde entonces su destino quedaría unido por siempre a los dioses, a las potencias que controlan la naturaleza; y también al misterio que dormita entre las piernas de la mujer y que ella misma nunca terminaría de comprender.

Nerea creció, despacio para ella, demasiado rápido para su madre, en cuyo regazo ya casi nunca se sentaba para dejar que la peinara. Cumplió once años, doce, y sus piernas se estiraron como las de una garza. Como aún era niña, se dejaba el cabello suelto, que le crecía largo y con reflejos de caoba. Sus ojos azules se acostumbraron a no hacer guiños bajo el sol, aunque para ello agachaba un poco la barbilla y

miraba a través de las pestañas con un efecto perturbador. Tenía la nariz larga y no del todo regular, pues tal vez se acercaba demasiado a su labio superior, pero el gracioso botón en que terminaba le daba el encanto de una ninfa. Sus orejas eran finas, con los lóbulos pequeños y casi pegados al rostro, y sus dientes relucían como la espuma del mar en una boca generosa y de labios demasiado sensuales para una niña.

Nerea estaba despertando. Sus pechos empezaron a llenarse de carne tibia. Cuando andaba, cuando corría o saltaba, el tejido del peplo le rozaba los pezones y le producía un cosquilleo que le ponía el vello de punta. A veces se le empinaban bajo la ropa como si tuvieran voluntad propia; era divertido comprobar que los hombres, y a veces también las mujeres, le hablaban sin mirarle a la cara para clavar los ojos en aquellos botones a punto de florecer.

Se aficionó más a su playa blanca, a su herradura privada. Mientras las cabras ramoneaban en la explanada, Nerea bajaba a trompicones por el angosto sendero que descendía desde el farallón. A veces, alguna cabra la seguía, pues cerca de la playa había matojos y hierbajos que podían pastar. Contemplada como mucho por ausentes ojos de chivo, Nerea dejaba caer su peplo, apilaba piedras encima de él para que el viento no lo volara, y se bañaba desnuda. Le encantaba entrar poco a poco en el mar. Si hacía calor, que era casi todos los días, el contraste del agua fría a partir de las rodillas la hacía resoplar. Pero seguía avanzando, y cuando el agua acariciaba su pubis daba un respingo y encogía la tripa. Ése era el segundo momento deseado, tras el de las rodillas. El tercero, el más fuerte, venía cuando las olitas heladas le lamían los pezones y los convertían en cuentas redondas y duras como el pedernal. Sólo entonces se sumergía por fin y buceaba con los ojos abiertos. El agua era un cristal en el que podía ver los peces y los erizos de mar, y a veces encontraba unas enormes medusas pardas cuyos tentáculos estaban plagados de puntos azules que parecían mirarla como los cien ojos del gigante Argos.

Gozando de aquel abrazo primigenio, Nerea nadaba y buceaba durante horas, y sin saberlo, con cada patada y cada

braceo, modelaba la forma que la naturaleza había dado a su cuerpo. Después le gustaba secarse al sol. Mientras jugueteaba con la arena entre los dedos de los pies, la luz caía cada vez más oblicua, y a Nerea le gustaba sobre todo cuando se reflejaba en el suave vello que había brotado entre sus piernas y arrancaba de él destellos rojizos. Entonces Nerea rozaba con la palma de la mano los rizos de su pubis y disfrutaba de aquel tierno y nuevo cosquilleo. A veces le daba por revolcarse en la arena y los granos más gruesos y las piedrecillas se le clavaban en la piel, al borde del dolor. Luego tenía que volver a bañarse, pues quedaba rebozada de blanco. Sin duda, aunque ella no lo supiera, los ojos de los dioses la contemplaban desde las alturas y gozaban con ella y con aquella piel que se doraba bajo el sol del mar Jónico.

En la isla los días pasaban de forma monótona. Cada día era igual al anterior. No eran ricos ni tampoco pobres: no les sobraban ni comida ni holganza como para engordar, pero tampoco les faltaban el pan, el queso, las aceitunas, el pescado o el dulce vino. A veces llegaban las *holkades*, naves panzudas de velas cuadradas y grandes bodegas, y comerciaban con ellas. Gracias a eso, en los días de fiesta, las mujeres de la aldea podían vestir tejidos más suaves, adornarse con zarcillos de plata, maquillarse con carmín y albayalde y perfumarse con aromas de la lejana Siria. Nerea recordaba también unos barcos alargados que una vez pasaron a doscientos codos de la orilla, como una procesión de gigantescos ciempiés deslizándose sobre las olas al compás de los remos. Su padre había fruncido las cejas, y no las desfrunció hasta que las naves desaparecieron hacia el sur. Luego le explicó que eran trirremes, las naves de guerra de los dueños del mar. En cada una de ellas había casi doscientos hombres bogando, y tal vez otros veinte armados de hierro y bronce para expandir su imperio a los cuatro vientos.

—Será mejor que nunca se detengan aquí —concluyó.

Su padre era un hombre enjuto y pensativo, con los ojos y

la mirada de color humo. Al contrario que los demás varones de la aldea, no era demasiado amigo de la charla insustancial. Había empleado la verdasca a conciencia con los hermanos de Nerea, dos de los cuales ya estaban casados y uno había muerto; pero a ella, la más pequeña y mimada, sólo le había tocado en suerte algún cachete de su madre. Ahora, en la época en que la niña dejaba de serlo, a menudo sorprendía a su padre mirándola de una forma rara. Cuando le servía el plato y el vino aguado sobre la vieja mesa de madera, el azote que le daba en el trasero seguía siendo paternal, pero había en él una suavidad untuosa que a Nerea le ponía la carne de gallina y que a su madre le hacía torcer el gesto.

—Hay que pensar en casarla —le decía a su marido cuando estaban solos en la cama.

Pero Nerea lo oía todo a través del tabique de adobe.

—Mujer, no tengas tanta prisa. Aún es una niña.

—Ya no la miran como a una niña. Ni tú tampoco.

—¡No digas tonterías!

A veces sus padres discutían, y no era raro que la discusión terminara con unos ruidos que hacían pensar a Nerea en el dios-cabra y en la dríade. Sí, sus padres también hacían *eso*. ¡Qué asco! Y sin embargo, le habría gustado horadar un agujerito en el tabique para verlos.

Aunque sintiera miedo y repulsión —el olor a almizcle del dios-cabra, su lengua roja, las gruesas nervaduras de su miembro, el líquido viscoso que había manado de él—, el misterio de la carne seguía llamándola. Lo que decía su madre era cierto. Sabía que los hombres ya no la miraban como a una niña: muchas veces, aunque estuviera de espaldas, sentía sus ojos reptándole como babosas por la piel, y le habría gustado arrancárselos. Pero en otras ocasiones, si el hombre que la miraba le parecía atractivo, sentía ese cosquilleo que cada día escarbaba más en su vientre. A veces, se agachaba de tal manera que el cuello del peplo caía formando una bolsa y por él se podían atisbar sus incipientes senos. Y cuando se daba cuenta de que unos ojos los descubrían, los sentía casi tan tangibles como unos dedos, y

el vientre se le encogía de excitación.

Nerea seguía creciendo y tostándose bajo el sol de la tarde. Su piel era cada día más dorada; sus cabellos, más cobrizos. Sus ojos se llenaban de mar, pero con aquel tono ahumado que hacía turbia y misteriosa la mirada de su padre. No era ni niña ni mujer, y quería ser lo uno y lo otro. Jugaba con las demás chicas a la pelota y a las muñecas, y a veces también con los chicos, aunque menos, porque ellos eran unos brutos y en cuanto podían aprovechaban para pellizcarlas. Cuando se sentaba en una silla se movía como si tuviera urticaria, se rascaba cuando le picaba, aunque fuera en una nalga, estallaba en carcajadas por cualquier tontería. Pero también lloraba con facilidad por anhelos que ella misma no comprendía, contestaba a su madre con soberbia y se ganaba más de un bofetón… y entonces volvía a llorar.

Seguía sin hablar con sus amigas de *eso*. Cuando le preguntaban algo se ponía colorada, miraba para otro lado y no contestaba. A veces protestaba, «qué asco», y se alejaba unos pasos. Pero luego aguzaba el oído y escuchaba a las más audaces; como Pito, cuando contaba a las demás sus primeros escarceos con los muchachos de la aldea. Se enteraba de que se había dejado besar con lengua, y de que le habían tocado las tetas por encima de la ropa. Y unos días después venía Lampra y presumía de que a ella un chico, Mirsilo, le había acariciado los pezones por debajo de la túnica, y no sólo eso, sino que «se los había chupado». Nerea seguía diciendo «qué asco», pero en su interior se preguntaba cómo sería sentir allí una mano o unos labios ajenos.

Por aquella época le salió un pretendiente. Era primo suyo, tenía catorce años y se llamaba Nicón. Había descubierto el sendero que llevaba al farallón, y aunque tenía las piernas más cortas que Nerea se las apañaba para trepar a trompicones hasta la explanada y llevarle regalos un día sí y otro también: ramos de mirto; una siringa de nueve cañas pegadas con cera; barritas de pan recién tostado que traía recogidas en un pliegue de la túnica para que no se enfriaran;

muñecas de terracota que modelaba él mismo, feas como engendros del averno y que acababan siempre despeñadas acantilado abajo; quesos, tarros de aceitunas, cuentas de colores, piedrecillas pulidas, hasta un diente que le arrancaron en una pelea. A Nerea unos días le fastidiaba y otros le divertía. Era un muchacho más bien feo, con los dientes mal colocados (y peor aún desde el puñetazo) y la cara llena de granos que, sin darse cuenta del efecto que ello causaba en su amada, le gustaba reventar entre sus dedos tiznados.

Pero no fue con él con quien se inició en los placeres de la piel. Cuando llegó la primavera, y Nerea tenía doce años y medio, la gente de la aldea celebró la fiesta del dios muerto por el que disputaban la diosa del amor y la de los difuntos, y que al fin acababa regresando de los infiernos. El primer día modelaron un muñeco de paja y barro, lo vistieron con ropas tejidas por las mujeres, lo llevaron por entre las casas montado a horcajadas sobre un mástil roto y lo apedrearon hasta juzgar que, sin duda, ya estaba bien muerto. Al atardecer lo enterraron cerca de la playa, y durante la noche fue velado por las mujeres entre ayes y quejidos. Algunas se mesaban los cabellos y se revolcaban por la arena; las más apasionadas incluso se desgarraban las túnicas, mostraban sus senos y se los arañaban con alfileres. Antes del amanecer, las plañideras se quedaron dormidas, lo que no les resultó difícil, pues habían acompañado su vigilia con buenos pellejos de vino. Cuando despertaron, la tumba estaba abierta y el cuerpo del dios había desaparecido. Un año más, el prodigio se renovaba. ¡El dios había resucitado! A partir de ese momento, reinó el jolgorio en la aldea. Se celebraron carreras pedestres, luchas, lanzamiento de discos, cucañas, carreras de sacos. Nadie trabajaba aquel día salvo las mujeres, que se dedicaban a asar en grandes parrillas meros, lubinas y langostas, y a repartir el vino. Incluso ellas disfrutaban de la fiesta y proferían obscenidades como las que más.

Aquel año acudió un aedo que venía de la parte este de la isla. Se ufanaba de haber estado en las grandes ciudades del

continente y también en las islas que bordeaban los límites del Gran Rey. Era un hombre alto, fibroso, con unos ojos saltones y oscuros que lo miraban todo picoteando y una nuez inquieta que le trepaba por la garganta cuando empinaba el odre entre verso y verso. Se llamaba Zósimo y acompañaba sus canciones y sus cantares con una lira que él mismo había fabricado con el caparazón de una tortuga y cuerdas de tripa de ternero. Divirtió a los chicos con el épico relato de una guerra entre ratones y ranas, plagado de sesos diminutos que se esparcían por la arena y almas minúsculas que bajaban al Hades. Y a las muchachas las encandiló con versos de amor que él mismo había compuesto.

Dicen unos que una tropa de jinetes,
otros que de infantes o de naves,
es lo más hermoso de la oscura tierra.
Mas yo digo que es lo que uno ama.
Y es fácil entenderlo cuando Helena,
más hermosa que ninguna,
dejó a su muy noble marido
y a Troya navegó sin acordarse
ya de hijos ni de padres.
¡Oh tú, invencible Amor!

Con el tiempo Nerea averiguaría que los versos de Zósimo, acaso por casualidad, eran casi los mismos con los que Safo, Alceo o Anacreonte habían cantado a sus amadas y a sus amados largo tiempo atrás. Pero en aquel momento descubrió en los carnosos labios de aquel hombre las palabras que su alma anhelante llevaba tantos crepúsculos buscando, y, como tantas muchachas antes y después que ella, sucumbió bajo el embrujo del viajero de palabras aladas y mirada enigmática.

Al caer la noche encendieron hogueras junto a la playa. Degollaron cabritos, los destazaron y quemaron en honor del dios los huesos y las tripas, no sin untarlos antes con pingüe grasa. El resto se lo repartieron entre ellos, como miles de años antes les había enseñado el titán benefactor de los hombres, y se lo comieron entre bailes, acrobacias y risas.

Zósimo, que mientras recitaba versos de amor no le había quitado el ojo a la muchacha espigada del cabello cobrizo y la mirada soñadora, aprovechó un momento en que todo el mundo estaba atento a un juego de manos junto a la fogata, la cogió de la muñeca y se la llevó aparte.

—¿Cómo te llamas?

—Nerea.

Zósimo siguió tirando de ella a grandes zancadas, hasta que unos arbolillos que crecían cerca del mar los ocultaron de la vista. Al llegar allí, apoyó a Nerea contra un tronco y se inclinó para besarla. Procuró hacerlo con suavidad, pues se daba cuenta de que la niña era inexperta, aunque por debajo de la túnica su erección le apremiaba tras largos días de no yacer con una mujer. Fue el primer beso de Nerea, y no tuvo mala suerte, pues Zósimo era un hombre con experiencia y bastante más considerado de lo que habrían sido los zagales de la aldea, incluso el torpe y enamorado Nicón. Al principio se limitó a cubrirle los labios con besos breves y tiernos como pellizquitos de pájaro. Pero no tardó en animarse y asomar la lengua. Para la muchacha ese contacto húmedo y tibio en sus labios fue una sorpresa, y tal vez por eso los separó y dejó que la lengua que durante la tarde había recitado versos sangrientos y eróticos se colara entre ellos y le explorara los dientes y las encías.

Se besaron durante largo rato, cada vez más pegados. Las manos del aedo recorrieron todo el cuerpo de Nerea por encima del peplo, y comprobó que tenía las carnes prietas y las nalgas respingonas. La muchacha se dejó hacer, y no pudo evitar que algunos gemidos escaparan de sus labios, pues empezaba a darse cuenta de que el contacto de unos dedos sabios era aún más placentero que el de las arenas de su playa secreta. Cuando el poeta la abrazó con más fuerza, Nerea sintió que algo duro como un bastón se clavaba en su tripa y soltó una risita nerviosa. Zósimo arrancó la fíbula que sujetaba el peplo de Nerea al hombro derecho y le bajó la prenda. La luz de la luna bañó de plata los pechos de la niña, pequeños y apretados como manzanas verdes. El poeta los contempló con ojos hambrientos e indecisos. Entre los dedos

y la boca, ganó esta última. Así pues, la primera caricia ajena que recibieron los senos de Nerea fue húmeda y blanda. Zósimo apretó la espalda de la muchacha para que se arqueara, y agachó la cabeza. Primero rozó con los labios el pezón izquierdo y comprobó satisfecho que se erguía. Nerea volvió a gemir y trató de retirarse, asustada. Pero el poeta la estrechó con fuerza, abrió la boca y se tragó el pecho entero. Su lengua empezó a trazar círculos: primero por el promontorio de carne, suave como una duna, luego por la areola, que se arrugó de frío y excitación, y al fin por el pezón, que se le ofrecía como una uva agraz. Nerea se rindió a él, le clavó los dedos en la cabeza, le revolvió el pelo y lo acercó a ella para que no pudiera apartarse. El poeta la recompensó comiéndole ambas tetas a placer. Fue la primera vez que Nerea, de alguna manera, amamantó a un hombre. Muchas más veces lo haría a lo largo de su vida, aunque de sus pezones jamás manó leche, sino esa calidez inefable que siempre hará a los varones anhelar con dolor los pechos de las mujeres.

Cuando Zósimo trató de desnudarla del todo, ella volvió a resistirse, pero esta vez con más decisión. Aunque su cuerpo ya fuera apetitoso para los hombres, aún no había menstruado. De las confusas palabras de sus amigas había deducido que dejarse clavar una *posthe* entre las piernas antes de la primera sangre podía causarle una herida mortal. Zósimo captó su miedo, y aunque era un hombre atrevido y un tanto sinvergüenza, no le faltaba sensibilidad, así que renunció a ser el primer hombre que hiciera mujer a aquella niña de dulces pechos. En su lugar, se arremangó la túnica y se sacó el miembro para que Nerea lo acariciara. Ella al principio sintió un poco de repulsión por aquella cosa seca y dura que palpitaba bajo sus dedos, pero Zósimo apretó su mano en torno a la de ella y no dejó que la soltara. Mientras seguían besándose, Nerea le hizo una paja torpe e inocente. El poeta, que estaba ya más caliente que un venado en la berrea, no tardó en eyacular. A la fantasmal luz de la luna, Nerea observó con curiosidad aquel líquido blancuzco que brotaba dando saltos espasmódicos. Parte se quedó entre sus

dedos. Aunque se los limpió con arena, luego, cuando volvió a la hoguera y su madre le preguntó dónde había estado, se dio cuenta de que le había quedado una película pegajosa entre el pulgar y el índice, como piel despellejada, y escondió las manos tras la espalda mientras se inventaba una mentira.

Aquella noche no pudo dormir, pues sus labios agrietados de tanto besar no hacían más que recordarle la lengua del poeta, y entre las piernas le corría un reguero de hormigas. Dio vueltas en la cama, a un lado y a otro, y probó a poner los pies en la cabecera y la cabeza en los pies. Para colmo, al otro lado del tabique la resurrección del dios parecía haberse contagiado a sus padres, que se dedicaron a hacer rechinar los maderos del jergón como si volvieran a tener veinte años. Al rayar el sol, sin haber pegado ojo, Nerea se levantó y buscó al poeta por la aldea resacosa, pues se había dado cuenta de que estaba enamorada de él y tenía la intención de pedirle que la llevara consigo a las grandes ciudades del continente. Pero antes, en cuanto el primer recodo del camino borrara la aldea de la vista, le diría que hiciera lo que fuese menester para calmarle ese ardor que tenía entre los muslos y que no la dejaba reposar.

En la playa, junto a los rescoldos de las hogueras, dormían los que no habían encontrado fuerzas o equilibrio para volver a sus casas. Muchos de ellos eran hombres y, mientras roncaban, sus miembros, hinchados con la sangre del sueño, les levantaban las túnicas, como pequeñas tiendas de campaña. Nerea recordó cómo había acariciado a Zósimo, el vientre se le contrajo, y algo más pequeño pero no menos sensible que una *posthe* se hinchó de sangre entre sus propias piernas. Pero del poeta no encontró ni rastro. Oyó hablar de él a dos hombres y se acercó a escuchar. Uno le dijo al otro que Zósimo, sin dormir, se había ido hacia otra aldea que estaba en el sur de la isla. «Hay que tener cojones», añadió. Al oírlo, Nerea salió corriendo, y no paró hasta llegar al acantilado y bajar a su playa secreta, donde lloró por haber perdido al primer amor de su vida. Pero sus lágrimas no fueron amargas, sino cálidas y dulces, pues encontró un extraño placer en sufrir de amor y abandono.

Pasaron los días y la primavera siguió su curso. El carro del sol se detenía cada mediodía más alto para descansar. El mar se fue amansando y los hombres de la aldea se alejaban más para pescar y a veces traían atunes grandes como ovejas. Fue entonces cuando llegaron los piratas.

Nerea estaba apacentando sus cabras mientras trataba de improvisar una melodía con la tercera siringa que le había regalado Nicón, aunque la mitad de las veces en vez de una nota brotaba un soplido mustio de las cañas. Entonces se asomó al cantil y vio que no muy lejos de la aldea había varado un barco, una de esas largas naves de remos que a veces veía pasar de lejos. Al recordar las palabras de su padre sintió una vaga inquietud. Apenas le había dado tiempo a preguntarse qué hacía allí aquella nave cuando oyó el chasquido de una rama tronzada. Se dio la vuelta y vio a un hombre alto y de piel oscura, cubierto con una coraza de placas metálicas, que se arrojaba sobre ella con los brazos abiertos como redes de pescar. Nerea hizo un esguince con el cuerpo, se escurrió bajo sus manos y corrió hacia el sendero que bajaba del acantilado. Pero por allí subía jadeando otro hombre, panzudo y bronceado, y Nerea se chocó contra él. El hombre se rió con una carcajada crujiente como tierra pisoteada y la agarró. Nerea, que tenía los músculos flexibles y delgados de un gato, se cimbreó entre sus brazos tratando de escurrirse. Pero el desconocido la cogía con fuerza, sin dejar de reírse y de bañarla con su aliento a ajo y dientes cariados.

—¡Ayúdame, Eudectes! ¡Este lechoncillo tiene fuerza!

El hombre alto y oscuro, al que el panzudo había llamado Eudectes, llegó por detrás y tapó la boca de Nerea con una mano de piedra. Algo frío se apoyó en su garganta, y Nerea vio con ojos desorbitados que era un cuchillo.

—Quieta, o te degüello como a una cabra —la amenazó Eudectes con una voz que le heló la sangre en las venas.

La amordazaron con un trapo sucio y le ataron las manos a la espalda. Después la bajaron por el sendero a empujones. Mientras descendían, Nerea oyó gritos lejanos que provenían de la aldea y vio cómo de los tejados salía humo y luego

lenguas de fuego. Cuando llegaron a la altura del mar, la obligaron a correr hacia la playa. Entonces se juntaron con ellos otros hombres que traían sus presas: cabras, un par de cerdos y tres o cuatro cochinillos, gallinas, unos sacos que podían contener cualquier cosa menos, sin duda, oro. También llevaban entre gritos a dos muchachas. Nerea reconoció a Lampra y a una chica rolliza llamada Sósipa.

Después Nerea se enteró de que los piratas eran de la isla de Léucade y que, aunque no esperaban encontrar grandes riquezas en la aldea, les había parecido una presa fácil. Sin embargo, su capitán, un hombre grande y barbudo como un oso, venía cojeando y sangrando de una herida en el muslo, y con grandes voces los apremiaba a retirarse de allí. Tras ellos venían algunos hombres y muchachos de la aldea, los que no estaban pescando aquel día, y les arrojaban piedras y palos y hasta alguna lanza herrumbrosa. Entre ellos Nerea distinguió la figura morena y nervuda de su padre y trató de gritar para pedirle socorro, pero el pestilente trapo que la amordazaba ahogó su voz. Mientras los demás seguían huyendo, cuatro piratas clavaron la rodilla en tierra, tensaron sus arcos y dispararon. De la primera andanada un aldeano cayó muerto y otro quedó malherido, retorciéndose y maldiciendo en el suelo. Los demás se dispersaron y se escondieron tras los arbustos que crecían junto a la playa, y desde allí siguieron tirando piedras e insultando a los piratas, pero no se atrevieron a acercarse más. El hombre panzudo se echó a Nerea al hombro y entró en el agua. Mientras la subían por la borda de la nave, la última imagen que tuvo de su isla quedó velada por las lágrimas. El aldeano que había quedado tendido en la arena con el astil de una flecha saliéndole de la garganta era su padre.

Con la pericia que nace de la práctica, los piratas desencallaron la nave y se alejaron de la orilla a golpe de remo y de riñón. A Nerea y a las otras dos chicas las arrojaron sin contemplaciones a un pequeño sollado que se abría a popa, cerraron la portilla sobre ellas y las dejaron a

oscuras. Allí comenzaron sus miserias. Una vez, muy niña, Nerea había montado con su padre en la barca de pesca, pero era un día en que el mar estaba liso como una tabla y apenas se habían alejado a cien codos de la orilla. Ahora, no bien dejaron atrás los arrecifes que resguardaban la costa, la nave empezó a cabecear y a dar bandazos. Durante horas, Nerea y las dos muchachas, amordazadas y con las manos atadas a la espalda, rodaron por el suelo del pequeño sollado y se golpearon entre sí y con las paredes y las vigas de madera una y otra vez. Hubo momentos en que consiguieron trabarse unas con otras a fuerza de piernas y aguantar más o menos quietas, pero los golpes no eran lo peor. Al cabo de una o dos horas de zarandeos, Sósipa echó todo lo que tenía en el estómago, y sus dos compañeras de cautiverio, que habían resistido como podían, al oler los vómitos, vomitaron a su vez.

Una eternidad después la nave dejó de moverse y se abrió la portilla. Uno de los piratas asomó la cabeza y se tapó la nariz.

—¡Cómo atufan estas lechoncillas! —exclamó con una carcajada.

Las sacaron de allí como si fueran fardos. El barco estaba embarrancado en una playa desierta orientada al sur. El sol era una bola rojiza que se hundía en el mar, pero ya no miraba a Nerea ni se compadecía de ella. Los piratas tendieron sus mantas en el suelo y prendieron hogueras para cocinar y calentarse. Lavaron a las muchachas junto con sus ropas por el sucinto procedimiento de sumergirlas en el mar, y las llevaron a la orilla. Allí, tiritando como estaban, las dejaron apartadas junto a unas piedras, lejos del fuego. Después las desamordazaron y les desataron las manos, pero sólo para volver a anudárselas delante del pecho. Uno de ellos les trajo agua, pan y un poco de pescado en salazón, y las dejó allí.

Sin apenas probar bocado, conjeturaron en susurros lo que les podría suceder. Los piratas comían y se pasaban odres de vino entre chistes y canciones, alegres como si vinieran de conquistar Troya o la Hiperbórea y no de asaltar una mísera

aldea. La noche cayó y algunos se quedaron dormidos en el sitio. Pronto la propia Nerea, fatigada, cerró los ojos y se desplomó sobre la arena.

La despertaron unas voces sofocadas. Abrió los ojos bajo un cielo estrellado y a la luz de la luna menguante vio sobre su cabeza el rostro de Eudectes, el hombre alto y oscuro que la había raptado. La misma mano callosa volvió a taparle la boca y el mismo cuchillo se apoyó en su cuello.

—Chilla y ya sabes lo que te pasará —susurró el pirata.

Había más hombres a su alrededor, formando un corro. A las otras dos muchachas ya les habían arrancado la ropa. Un pirata empujaba su trasero peludo entre las piernas de Sósipa. Otro se sacó una verga corta y gruesa, la apuntó hacia el sexo de Lampra y se la clavó de un solo golpe. La muchacha gritó, pero alguien le tapó la boca. Eudectes tenía sujeta a Nerea y le sobaba los pechos por encima del peplo, pero por el momento parecía conformarse con eso.

—Mira bien lo que te espera —le dijo al oído, mientras le apretaba los pezones. El aliento le apestaba a vino.

Habría tal vez nueve o diez hombres ocupados con las muchachas. Fueron follándolas por turnos, pero había algunos muy impacientes. Uno de ellos se sacó la *posthe*, se la metió en la boca a Lampra y empezó a moverse como si aquello fuera una vagina más. La muchacha miraba con cara de pánico, pero no se atrevió a morder el miembro del pirata, pues también tenía un cuchillo presionando su garganta. Otro decidió imitarle y aprovechó la boca de Sósipa, que estaba libre. Los primeros ya habían eyaculado y se apartaban para dejar su puesto a otros.

—Deja que empecemos ya con la guapa, Eudectes —apremió otro pirata, que no podía reprimir la excitación y se estaba masturbando de rodillas junto a las piernas de Nerea.

—Espera. Sujétala tú por los brazos. Voy a estrenarla yo —contestó Eudectes.

Le dieron la vuelta a Nerea como si fuera un saco. Eudectes le arremangó el peplo hasta la cintura y le separó

las piernas. Ella trató de juntarlas, pero el pirata tenía mucha más fuerza. Cuando le acarició el sexo con sus dedazos, Nerea no sintió nada parecido al placer, sino un frío pánico.

—¿Qué coño está pasando aquí? —rugió una voz.

Eudectes se detuvo, ya con la *posthe* fuera, y miró hacia arriba. Un hombre alto y de espesa barba los observaba con gesto ceñudo a la luz de una antorcha. Nerea reconoció al pirata que había sido herido y que ordenó a los demás retirarse de la isla.

—Sólo nos estamos divirtiendo un poco, Pasión —contestó Eudectes recomponiéndose las ropas.

Los demás abandonaron por un momento su tarea y esperaron a ver qué ocurría. El recién llegado se agachó, tomó la mano de Nerea y la ayudó a levantarse. Ella aprovechó para colocarse la ropa. Pasión la examinó a la luz de la antorcha.

—Hmmm. Es como había supuesto.

La pellizcó en los pechos, en los muslos y en las nalgas, pero no lo hizo con dedos lascivos, sino como lo hubiera hecho la propia Nerea con sus cabras para comprobar si tenían leche en las ubres.

—¿Eres *párthenos*?

Asustada, Nerea asintió con la barbilla. Pasión miró a Eudectes y dijo:

—Pues seguirá siéndolo, ¿entendido? Vamos a ganar más con esta niña que con toda la mierda que hemos recogido. Mírrina pagará un buen dinero por ella.

—Entendido, capitán —repitió Eudectes con tono envenenado.

—Es evidente que os habéis ocupado de que esas dos ya no sean *párthenos*. Pero dejadlas en paz. Si las estropeáis demasiado, no nos las comprarán ni para dar de comer a los perros.

El capitán, que no se fiaba demasiado de sus hombres, se llevó a Nerea consigo. Subieron al barco y allí, sobre la cubierta, Pasión extendió una gruesa manta de lana.

—Dormirás aquí conmigo, muchacha. ¿Cómo te llamas?

—Nerea —respondió ella con voz temblorosa.

—No tengas miedo. Esos cabrones ya no te harán nada.

Pasión le puso un dedo bajo la barbilla y, casi con delicadeza, la obligó a levantar la mirada. Hasta entonces Nerea no se había dado cuenta de que llevaba tapado el ojo derecho con un parche de fieltro. El pirata volvió a examinar a la niña.

—Los dioses te han otorgado el don de la belleza, Nerea. Mi suerte es que yo puedo sacar tajada de ese don.

Nerea empezó a hipar.

—¿Y ahora qué coño te pasa?

Lloraba por ellas, explicó Nerea. Eran sus amigas. Mintió, pues no las tenía por tales, y menos a Lampra, que siempre le hacía burlas y se reía de ella. Pero desde el barco seguía oyendo las risotadas de los marinos y los gemidos de las muchachas, y estaba bien segura de que no había ningún placer en esos lamentos.

—Mierda. Quédate aquí.

Pasión bajó a la orilla con trabajo, pues la herida, aunque no era grave, le hacía cojear, y se acercó a sus hombres mientras gritaba con su vozarrón cavernoso que las dejaran en paz de una puta vez, que ya estaba bien, que les iba a cortar las pollas y colgarlas del palo, y otras lindezas parecidas. Al cabo de un rato volvió con las dos muchachas, que se tambaleaban de un lado a otro como si estuvieran borrachas, y las ayudó a subir a la nave. Se abrazaron a Nerea, sollozando, y quisieron tumbarse con ella, pero el pirata les dijo que dejaran de gimotear y que se acostumbraran a lo que les esperaba; a ver si se creían que las iban a vender como modelos para un escultor con esos culos tan gordos que tenían.

Las mandó a proa y él se quedó con Nerea en la popa, que era la parte que habían encaramado a la orilla. Se metieron bajo la manta y el pirata no tardó en roncar. Nerea se acurrucó dándole la espalda y empezó a llorar quedamente. Lloró por su padre, pues aunque en los últimos tiempos la miraba de aquella forma tan extraña jamás le había pegado, y cuando era pequeña se la subía a los hombros y corría por la playa relinchando como un caballo, y nunca había sido un

mal hombre. Lloró por lo que había visto, por cómo habían violado a Sósipa y a Lampra y les habían hecho daño y les habían pringado las piernas y la cara y el cuerpo con su repugnante semen. Lloró de alivio, porque ella se había salvado. Lloró de abandono, porque no sabía si volvería a ver a su madre y también ignoraba adonde la llevarían y cuánto tardarían en hacerle lo mismo que a las otras dos chicas.

Pero entre sus piernas se había vuelto a aposentar ese calor misterioso y cosquilleante. ¿Por qué lo sentía ahora, cuando había visto morir a su padre, cuando a un palmo de ella alguien había metido su asquerosa *posthe* en la boca de Lampra? Se dijo que era mala, perversa, sucia, pero el calor no se disipó. En algún rincón de su mente pensó que si aquel hombre grandullón que roncaba a su lado quisiera poseerla, ella se dejaría. Tal vez sería amable, tal vez con él no sufriría demasiado.

La luna era una boca tristona que bajaba hacia el oeste. La noche estaba cuajada de luces titilantes. Una estrella fugaz atravesó el cielo y su estela se mantuvo un par de segundos antes de desvanecerse. Nerea pensó que debía ser un mensaje de los dioses, pero no sabía qué pedirles. Cuando apacentaba las cabras y oteaba el mar desde el acantilado, soñaba con salir de su isla y conocer las tierras que según decían se extendían más allá. Pero no de esa manera.

En sueños, Pasión rodó sobre su corpachón y rodeó a Nerea con el brazo. Aunque era su raptor, Nerea le agarró la mano, que era como la de su padre, dura y callosa, pero mucho más grande. Dejó de llorar, su respiración se hizo más profunda y poco a poco el sueño la venció. No era más que una niña y quería sentirse protegida. Aunque fuera por un pirata.

Poco después de que rayara el sol, los piratas deslizaron la nave sobre la arena y se hicieron a la mar. Navegaron hacia el este durante dos días por un estrecho mar. Al norte se alzaban moles montañosas, y al sur, un terreno ondulado por suaves colinas. Sósipa y Lampra seguían encerradas en la

bodega, aunque ya no las ataron, pues no tenían donde escapar. En cuanto a Nerea, Pasión dejó que se quedara a popa, junto al piloto, un joven delgado de cabellos pajizos y piel tostada que se llamaba Proclo y que estaba encantado de nombrarle a aquella niña de ojos marinos todos los sitios por los que pasaban. Le señaló los promontorios de Río y Antirrío, que se elevaban a ambos lados del barco en un pasaje angosto, amenazando con encerrarlo como las Simplégades, que casi aprisionaron la nave *Argos*. Y le habló también de la gran batalla naval que se había librado allí unos años antes entre los atenienses, dueños del mar, y los orgullosos y sombríos espartanos. Más de cien naves se habían enfrentado por cada lado, buscándose los costados con sus espolones de bronce para hundir a sus rivales en el fondo de las oscuras aguas.

—¿Eran barcos tan grandes como éste?

El sol estaba en lo alto y Nerea agachaba la cabeza y miraba a través de las pestañas para no deslumbrarse. El piloto se rió.

—Mucho más grandes. —Le señaló a los hombres que remaban a babor y estribor, atezándose las espadas al sol, pues aquella nave no tenía cubierta superior—. Nosotros llevamos cincuenta remeros, ¿los ves? Por eso estos barcos se llaman penteconteras. Los barcos de los atenienses son trirremes. Hay una primera bancada de remeros, que se llaman talamitas, y luego, por encima de ellos, están los zeugitas y por último los tranitas. Reman tan juntos que si un tranita se tira un pedo, lo hace en la boca de un zeugita. En total, son ciento setenta remeros para impulsar un barco que no es mucho más largo que éste, pero sí más ancho y mucho más rápido.

Nerea bostezó, en parte porque le aburría hablar de barcos y en parte porque el vaivén de las olas le seguía revolviendo el estómago y necesitaba aire fresco. Proclo procuró entretenerla con relatos más interesantes para una niña. Así, cuando al norte atisbaron las picudas elevaciones del Parnaso, le explicó que allí se hallaba el santuario de Delfos. Le sorprendió que ella no hubiera oído hablar del

oráculo más famoso de Grecia y sin duda del mundo entero, así que le contó su historia.

—Zeus quería saber dónde estaba el centro del mundo…

—¿Para qué quería saberlo?

Proclo parpadeó perplejo. Sin duda, nunca se había hecho esa pregunta.

—Pues no sé, tendría curiosidad…

—¿Y por qué?

—Bueno, ¿quieres que te siga contando la historia o no?

—¡Sí, sí, por favor!

Zeus, siguió explicando Proclo, llevó a los dos extremos del mundo, el oriental y el occidental, dos enormes águilas cuyas alas desplegadas habrían cubierto toda la pentecontera. Una vez allí, las soltó y les encomendó que volaran en sentidos opuestos hasta encontrarse una con otra. Durante días las águilas sobrevolaron tierras y mares, desiertos, bosques, volcanes, y por fin se reunieron en un punto que, dado que ambas habían viajado sin descanso y a la misma velocidad, no podía ser sino el centro del mundo. Y aquel lugar no era otro que Delfos.

—Por eso a la piedra que hay en Delfos se la llama *ómphalos*, el ombligo del mundo.

Nerea soltó una risita. Siempre le habían hecho mucha gracia los ombligos, tal vez porque en el suyo tenía muchas cosquillas. Al oírla reír nadie habría pensado que era una víctima raptada por unos crueles piratas que, tras saquear su aldea y matar a su padre, tenían la intención de venderla como esclava. Pero le habían dado bien de comer y dejaban que se moviera por el barco a su antojo («A quien le plante un dedo encima le cortaré los cojones», había dicho Pasión, y todos sabían que solía cumplir sus amenazas). El sol lucía espléndido en un cielo sin nubes, las montañas boscosas al norte, el mar oscuro, el crujido de los remos en los escálamos, el flamear de la gran vela parda, la blanca estela que dejaba la nave a popa, la brisa que se colaba por las mangas del peplo y le acariciaba los pechos en flor: todo parecía hermoso. Tenía doce años y pocas raíces, y era como una semilla llevada por el viento.

Proclo, que era pirata en primavera y verano, y pastor y poeta en los meses de invierno, cuando el mar estaba demasiado revuelto para navegar, le seguía narrando la historia de Delfos. Miles de años atrás, el oráculo había pertenecido a la diosa Tierra, y lo custodiaba Pitón, un dragón de sangre corrosiva que vomitaba llamas. (Proclo tal vez adornaba con detalles de su propia invención, pero ¿quién no lo habría hecho para conseguir que el asombro abriera aún más aquellos inocentes ojos de color azul ahumado?). Apolo pensó que asentar sus reales en aquel lugar, justo en el centro del mundo, era lo mínimo que requería su dignidad, ya que, en el fondo de su corazón, se sentía el más importante de los dioses tras su padre Zeus. Incluso en los días en que su propia y apolínea belleza lo hacía sentirse más exaltado, concebía planes para derrocarlo, aunque hasta ahora no se los había confesado a nadie ni se había atrevido a ponerlos en práctica por temor a la invencible arma de su padre, el rayo celeste.

—¿Y tú cómo lo sabes si no se los ha confesado a nadie?

Proclo miró a los lados y bajó la voz.

—Es un secreto. Los dioses susurran al oído de los poetas.

Nerea, que ya había visto al dios Pan y no tardaría en conocer a otros númenes más poderosos, asintió muy seria. Proclo siguió con su relato. Apolo se echó al hombro la aljaba y el arco y descendió de las cumbres del Olimpo. Resonaban las flechas sobre sus hombros, e iba cubierto como la noche. Cuando llegó a la entrada de la cueva que albergaba a Pitón lo desafió a grandes voces. El dragón asomó su cabeza escamosa y, al ver al dios, soltó un bramido que hizo retemblar las raíces del monte Parnaso, y después escupió unas llamaradas que convirtieron en cenizas humeantes los pinos de la ladera. Pero de entre ellas salió indemne y majestuoso Apolo; eso sí, desnudo, pues el fuego había consumido su túnica.

A Nerea le hizo gracia imaginarse al dios desnudo y volvió a reírse. Proclo prosiguió. Apolo tensó su arco y disparó una y otra vez contra la bestia Pitón: una flecha al ojo derecho, otra al cuello, una más al ojo izquierdo y, por

fin, la que acabó con su vida, un certero proyectil que se clavó en su boca abierta, penetró en el paladar y atravesó su cerebro dracontino.

—Desde entonces, el oráculo de Delfos pertenece al dios Apolo. Pero en recuerdo de ese terrible dragón, las sacerdotisas que predicen el futuro en su templo reciben el nombre de pitonisas.

—Pero ¿es verdad que adivinan el futuro?

—Como te lo cuento. La pitonisa se levanta temprano, bebe las aguas proféticas de la fuente Casotis y se baña en las puras aguas de la fuente Castalia. Después se sienta sobre un trípode de bronce, al borde de una grieta de la que emanan vapores tóxicos que, sin duda, a ti y a mí nos matarían. Pero a ella, que está inspirada por el dios y ha masticado laurel, la planta de Apolo, los vapores le inspiran visiones de lo que ha de suceder.

—¿Y nunca se equivoca?

—¡Nunca!

Los peregrinos, prosiguió Proclo, acudían de todos los rincones de Grecia y aun del mundo entero para consultar al dios. Pero no siempre obtenían respuesta. Antes de que la Pitonisa se sumergiera en su trance, los sacerdotes traían un cabrito sin destetar junto al altar de Hestia y le arrojaban encima un balde de agua fría. Si el cabrito se ponía a temblar, lo sacrificaban y procedían a la consulta. Si no tiritaba, se suspendían las preguntas al oráculo hasta la siguiente ocasión.

—¡Pobre cabrito! —se compadeció Nerea, que se acordaba de Manchado, la cría aún lechal a la que había dejado en su explanada. Al recordar la isla y todo lo que había quedado atrás, se le saltaron las lágrimas. Proclo la estrechó entre sus brazos para consolarla, y le habría gustado hacerlo a solas, en la bodega del barco, pero no se atrevió a seguir pensando en ello por temor al capitán.

Un día después llegaron al final de su viaje: Lequeo, el puerto occidental de Corinto. Una vez atracada la

pentecontera, los piratas se desperdigaron por las tabernas y los burdeles del puerto, donde Pasión vendió a Sósipa y a Lampra por un precio razonable. El destino de Nerea estaba tierra adentro, en la ciudad.

Lequeo sorprendió a Nerea, quien preguntó al pirata si aquélla era la gran urbe de Corinto. Pasión se rió y le dijo que esperara a ver. Un arriero, que había bajado una carga de calderos de bronce al puerto y que subía de balde a la ciudad, los montó en la parte trasera de su carro por un óbolo. Subieron a la ciudad por un sendero empedrado, entre dos muros que aseguraban la comunicación entre Corinto y su puerto. Pronto apareció la mole pétrea del Acrocorinto, la masa granítica que dominaba la ciudad, sembrada de templos cuyos tejados, en la distancia, reflejaban el sol. Según se acercaban, las formas de los edificios se iban singularizando y los ojos de Nerea se abrían aún más.

Ya en la ciudad, poco antes de llegar al ágora, el arriero detuvo su carro junto a una gran fuente adornada con losas de mármol blanco y estatuas pintadas. Allí se apearon y se despidieron de él. Pasión explicó a Nerea que aquella fuente era la Pirene, la más célebre de las muchas que había en la ciudad; algunos sostenían que si el bronce de Corinto se distinguía de los demás era por la calidad que le daba sumergirlo en su agua. La niña se agachó para beber y, tras la solanera que habían sufrido en el carro, la encontró deliciosa.

Nerea nunca había visto tal aglomeración de gente, ni sospechaba que el mundo albergara tantos habitantes. Temerosa de perderse entre la multitud, se aferró a la callosa mano de Pasión y se pegó a su brazo. Caminaron abriéndose paso merced a los codos del pirata. Nerea miraba a todas partes con la boca abierta de asombro, incapaz de concentrar la vista en ningún sitio, pues todo llamaba su atención: las casas, cuyos tejados no eran de paja, sino de madera y arcilla, con paredes encaladas que a veces trepaban hasta dos y tres pisos; las fuentes de mármol, que despilfarraban el agua potable por sus caños broncíneos; los enormes templos, rodeados por columnatas que parecían bosques de piedra, desde cuyos frontones las estatuas de dioses y terribles

gorgonas parecían mirarla sólo a ella; el propio gentío, que atestaba las calles y vestía abigarradas ropas de vivos colores y lujosos tejidos. Comentó que aquél, y no Delfos, debía de ser el ombligo del mundo, pues no podía existir otra ciudad tan grande como aquélla. Pasión se rió y le explicó que Atenas era aún mayor, aunque también era más sucia y caótica.

—Pero en la Acrópolis de Atenas se encuentra el templo más grande y hermoso del mundo, el Partenón.

El pirata señaló un templo que dejaban a su izquierda y le dijo que estaba consagrado a Apolo, pero que el Partenón de Atenea lo doblaba en tamaño.

—Proclo me ha dicho que el templo de Apolo estaba en Delfos.

—Los dioses están en todas partes, niña, así que en todas partes hay que consagrarles templos. Pero a mí el que más me gusta de Corinto es aquél.

Y le señaló un hermoso edificio que se alzaba sobre las pétreas laderas del monte. Nerea preguntó cuál era, y Pasión le contestó que el de Afrodita, la diosa del amor.

—En cuanto puedas, debes visitarlo para dar gracias a la diosa.

—¿Por qué?

—Voy a llevarte a la casa más rica de todo Corinto. Allí vivirás mejor de lo que jamás habrías soñado y tendrás más lujos que muchos que se llaman a sí mismos ciudadanos libres. Y eso se lo debes a los dones que te ha otorgado Afrodita. No lo olvides nunca.

Nerea apretó más la mano de Pasión, casi agradecida. En su imaginación pseudoinfantil, deseosa de encontrar un punto de apoyo en la nueva vida que la esperaba, Eudectes era el malvado pirata que la había raptado y había asesinado a su padre, mientras que Pasión representaba el papel del capitán bondadoso que la había rescatado de sus garras. El hecho de que el capitán fuera a venderla a una meretriz y a guardarse los beneficios de la venta no lo tenía en cuenta.

Se detuvieron ante una gran mansión de dos pisos y paredes de mampostería, rodeada por una tapia embardada.

Cuando cruzaron la cancela, les salió al paso un gigante pelirrojo que le sacaba a Pasión media cabeza.

—Bienvenido, señor. ¿Ha sido propicia tu navegación?

—Tú mismo puedes verlo, Tratto. Llévame ante Mírrina.

La cabaña de Nerea, que era una de las casas más lujosas de su aldea, tenía el techo de chamiza y el suelo de tierra batida. En cuanto a aquella mansión, tan sólo el recibidor era ya tan grande como toda su choza, y su suelo estaba enlosado con piedra pulida y reluciente. Había grandes ánforas de arcilla, pintadas con figuras rojas de hombres y mujeres que banqueteaban y bebían vino, y también se dedicaban a prácticas acrobáticas que a Nerea la hicieron enrojecer.

Tras atravesar un patio rodeado por columnas, en cuyo centro había un estanque donde nadaban peces de escamas rojas, llegaron a los aposentos de la dueña de la casa. Allí, el gigante Tratto los dejó solos.

Mírrina estaba esperándolos. Era una mujer de cabello negro y corta estatura; la cabeza pequeña y el cuello fino la hacían bien proporcionada. Había dejado atrás la flor de la edad, pero sus ojos brillaban con viveza y las carnes de los brazos se mantenían prietas. Vestía un quitón de telas transparentes, ceñido al cuerpo por un cinturón alto que ayudaba a enderezar sus pechos más que generosos. Las muñecas y los tobillos le tintineaban con el alegre sonido del oro, y llevaba el oscuro cabello recogido en un moño trenzado dentro de una redecilla dorada. Cuando se levantó para recibir a Pasión, su perfume llegó hasta Nerea. Entre los mil olores que había captado, en la aglomeración de la ciudad, casi todos desagradables, aquél le pareció maravilloso. Luego supo que era nardo y que Mírrina pagaba su peso en oro por hacérselo traer de un país que se encontraba más allá de donde sale el sol.

Mírrina se puso de puntillas para besar a Pasión, y éste aprovechó para magrearle las nalgas. Mientras se saludaban, una cortina de color azafrán se descorrió y durante un instante asomaron por ella tres cabezas. Eran tres muchachas, con las cejas y los labios pintados y los cabellos recogidos con pasadores de marfil. A Nerea le parecieron guapísimas y

deseó maquillarse como ellas. Dos de ellas le sonrieron, pero la tercera, una morena pizpireta a la que luego conocería como Fano, le sacó la lengua.

—¡Fuera de aquí, cotillas!

El tono de Mírrina recordó a Nerea el que usaba su madre para regañarla. Para hacer más intensa aquella sensación, la mujer se acercó a ella, le tocó el pelo y arrugó el ceño con desaprobación.

—¡Gorgo!

A su llamada acudió una esclava ya entrada en años y algo encorvada; una arruga le dividía la frente en dos como una zanja y le daba un gesto perpetuo de vinagre rancio. Mírrina le ordenó que diera un baño a Nerea y descubriera qué se escondía debajo de tanta mugre.

El baño hizo que Nerea experimentara una mezcla de sensaciones contradictorias. A Nerea le encantó la bañera, que era un gran asiento de arcilla decorado con escenas en las que chicas vestidas con gasas jugaban a la pelota a orillas de un río. Pero estaba acostumbrada al frío del mar, y cuando metió los pies en el agua humeante chilló y dijo que no quería morir escaldada. Gorgo le puso la mano en la cabeza y apretó hacia abajo hasta que consiguió que plantara el trasero en el fondo de la tina.

—¡Aaaauuu!

—Estate quieta y verás qué pronto te acostumbras. El agua tiene que estar caliente para que salga bien la roña.

Lo cierto fue que al cabo de un rato la sensación le pareció deliciosa. Gorgo le cortó y le limpió las uñas de las manos y de los pies, y le frotó la espalda con un paseador. También le levantó los brazos, le examinó las axilas y comprobó que no tenía vello en ellas. Si eso le pareció bien o mal, Nerea no lo supo, porque la arruga de su frente siguió tan vertical y profunda como antes. Después, con una jarra, empezó a verterle agua sobre el cabello y se lo lavó. A Nerea no le disgustó el masaje de aquellos dedos duros en su cabeza, pero cuando la esclava empezó a cepillárselo y le dio el primer tirón, chilló y la golpeó en la muñeca. Gorgo le soltó una bofetada que hizo arder la mejilla de la niña.

—¡Modera tus modales! ¿Quieres que el ama te eche? ¿Quieres ponerles el culo a los marinos del puerto por un par de óbolos y que te peguen sus repugnantes ladillas? ¡Serás muy afortunada si el ama te admite en esta casa!

Por fin, Nerea se dejó peinar. Cuando salió de la bañera, Gorgo la secó con fricciones tan vigorosas que la hacían tambalearse sobre los tobillos. Después la ayudó a vestirse con un quitón de tela fina, casi transparente. Nerea no tenía un espejo en el que verse, pero le bastaba mirar hacia abajo para ver cómo la mancha parda de los pezones se adivinaba a través del tejido. Se le antojó que la habían vestido con una piel de cebolla.

—¿No me voy a poner nada más?

La vieja se rió y le preguntó dónde creía que estaba. Después le dio una palmada en el trasero y la sacó de los baños. Volvieron a los aposentos de Mírrina. La dueña de la casa estaba comiendo y bebiendo vino junto a Pasión. A Nerea, que siempre había comido sentada en una dura silla de madera, le extrañó que ellos lo hicieran reclinados en un lecho cubierto de cojines, y pensó que debía de ser incómodo, pues se apoyaban sobre el codo izquierdo y tan sólo podían utilizar el brazo derecho. Sin embargo, a ellos no parecía importarles, e incluso se las apañaban para cruzarse las muñecas y beber el uno de la copa de la otra. En un pebetero ardían hierbas aromáticas, mientras que en un rincón de la estancia una muchacha apenas vestida tocaba el arpa y canturreaba a media voz.

Gorgo dejó allí a Nerea, descalza sobre una piel de cordero, y se fue. Mírrina se levantó y se acercó a la muchacha. Sin decir nada, le soltó los cordones que prendían el quitón a los hombros y dejó que éste se deslizara hasta los pies de Nerea. Cuando el suave tejido rozó su pecho, los pezones se le irguieron, y eso la hizo aún más consciente de su desnudez. Nerea enrojeció y agachó la cabeza, pero Mírrina la sujetó por la barbilla y la obligó a mirar a Pasión. El único ojo del pirata la contempló con una intensidad nueva, y su nariz se dilató como si fuera un macho en celo venteando a la hembra. Mientras, Mírrina deslizó la palma de

su mano por la espalda de Nerea, que sintió un escalofrío.

—Qué piel tan suave… ¿Cuántos años tienes, Nerea?

—Doce.

La mujer siguió examinándola. Caminaba dando vueltas alrededor de Nerea, a menos de un palmo de ella. De cerca, su perfume era aún más intenso. Cuando le miró los pechos y vio lo puntiagudos que se le habían puesto los pezones se sonrió.

—Esas tetas no darán tanto placer a los hombres como las mías, pero a ti sin duda te harán gozar más.

—No te entiendo, señora —dijo Nerea, y mentía, porque se había acordado de Zósimo, de cómo su boca se apoderó de sus pechos y del delicioso temblor que había estremecido todo su cuerpo.

—Ya lo entenderás.

Mírrina hizo que se diera la vuelta para que Pasión, sin levantarse, pudiera apreciar su parte posterior.

—Tiene una espalda bonita —susurró Mírrina, y le pasó un dedo por la espina dorsal, donde se abría un surco desprovisto de grasa—. Tal vez demasiado delgada, aunque hay hombres a los que les gustan más así. Y el culo es perfecto, ¿no crees? A las griegas se nos suele caer el culo pronto.

—Que dé saltos como hacen las espartanas junto al Eurotas —sugirió Pasión—. Así se le subirá el trasero.

—¿Te ha venido el periodo? —preguntó Mírrina.

—Perdona, señora, pero no te entiendo —contestó Nerea, en tono humilde, pues aún le ardía la mejilla por la bofetada de Gorgo.

Émmenon, insistió Mírrina, y le explicó lo que era. Nerea volvió a enrojecer y respondió que no.

Mientras ella misma volvía a ponerle la túnica, Mírrina le explicó en tono casi ausente que aún no la adiestrarían. Conocía a alguien que pagaría una buena suma por ser el primer varón en su lecho, pero a ese hombre le gustaba la inocencia, así que debería conservarse *párthenos* en todos los sentidos. La muchacha tenía un cuerpo divino; una vez perdiera el virgo, la iniciaría en las artes de Afrodita y, sin

duda, le haría ganar mucho dinero.

—Pórtate bien conmigo y yo seré generosa contigo —le explicó Mírrina mientras le acariciaba los hombros y le daba un beso en la mejilla—. Yo misma fui esclava una vez y entonces pagaron quinientos dracmas por mi virginidad. Ahora esta casa es mía, y llevo pendientes y ajorcas de oro, tengo quince arcones llenos de vestidos, bebo vinos de Tasos y de Quíos en hermosas copas atenienses y en mi mesa no faltan las anguilas del lago Copáis.

—¿No podría ser yo mismo el afortunado que inaugure a esta preciosidad? —bromeó Pasión.

Mírrina se acercó a él, le acarició los labios con la lengua y, sin el menor recato, le apretó la verga por encima de la túnica.

—La chica te la ha puesto bien dura, sinvergüenza. Pero no creo que un viejo pirata como tú quiera perder sus ganancias por beneficiarse a un lechoncillo inexperto.

Durante unos segundos se besuquearon y acariciaron delante de Nerea, que volvió a sentir entre las piernas el hormigueo que tan bien conocía. La esclava que tañía el arpa la miró y sonrió.

«Protégeme, señora Afrodita», imploró Nerea entre dientes.

La alojaron en una pequeña habitación en la planta alta, a la que se llegaba por una escalera de madera que todas las noches crujía por el constante trajín de quienes subían y bajaban. Durante mucho tiempo apenas salió de allí, así que llegó a conocer la estancia como la palma de su mano. El suelo estaba entarimado, y en el centro había una gruesa alfombra de la lejana Persia que representaba una escena erótica. En el rincón que quedaba a la izquierda de la puerta se hallaba la cama, un colchón relleno de lana sobre un armazón de madera y correas de cuero. A los pies de la cama, un arcón que servía tanto para sentarse como para guardar los vestidos. En la pared opuesta a la puerta se abría una pequeña ventana cerrada por un postigo, y a su derecha

había una jofaina con agua y un objeto de metal que Nerea no había visto nunca. Tenía una base formada por tres patas de bronce, que se juntaban en una escultura de un codo de altura que representaba a un hombre y una mujer desnudos y abrazados; y por encima de ella había un disco de metal brillante. Nerea se acercó y, para su sorpresa, vio un rostro en él. Retrocedió asustada pensando que aquel artefacto había invocado a algún alma del averno, y el rostro se alejó con ella. Entonces se rió al darse cuenta de que se trataba de su propia imagen y se acercó más para contemplarla. Había oído hablar de los espejos, pero jamás había visto uno; en su aldea habrían sido un lujo inútil. Ahora se quedó fascinada ante su propio rostro, y lo examinó de frente y de medio lado, y sólo renunció a verse de perfil porque los ojos le dolían si intentaba torcerlos tanto. El espejo, un disco de estaño pulido, tenía una montura que permitía girarlo arriba y abajo. Nerea lo inclinó para verse el cuerpo. Pensó que quería contemplar sus senos desde otro ángulo, y no como lo había hecho siempre, desde encima de su propia barbilla; así que corrió el arcón para bloquear la puerta y se desnudó. Vistos de frente sus pechos le parecieron más bonitos, e incluso se dedicó a pellizcarse los pezones para que se pusieran de punta y comprobar el efecto. Se dijo que no entendía por qué les gustaban tanto a los hombres, pero lo cierto es que, de haber llegado, ella misma se los habría acariciado con la lengua.

Aquella noche le costó conciliar el sueño, pues aunque el lecho era mucho más cómodo que el de su casa y el quitón y la manta más suaves que la ropa a la que estaba acostumbrada, no dejaba de acordarse de sus padres y estuvo llorando hasta que se durmió. Muchas más noches los recordó y derramó lágrimas por ellos, aunque cada vez eran menos amargas, y el recuerdo, más borroso.

La vida en casa de Mírrina resultaba más difícil y exigente que en su perdida isla. No la obligaban a traer leña ni agua, ni a lavar ropa, ni a apacentar y ordeñar cabras. Pero a cambio se habían empeñado en hacer de ella una joven refinada. El día empezaba siempre con un baño. Ése era un

momento placentero, pues acabó acostumbrándose a la temperatura y le encantaba estirarse todo lo que la bañera le permitía y disfrutar del agua caliente. La vieja Gorgo le raspaba la espalda con el rascador y la ungía con aceites aromáticos. A veces la bañaba otra esclava poco mayor que Nerea, una muchacha morena y de ojos tristes llamada Crisis. Sus dedos eran más suaves y no tenía callos en las palmas. Le gustaba entretenerse frotando la espalda de Nerea. Luego, cuando la ayudaba a vestirse, se arrodillaba y le masajeaba las pantorrillas y los muslos con dedos sinuosos, y Nerea disfrutaba de ello hasta que se acercaba demasiado a sus ingles y la apartaba porque le entraban cosquillas.

Hacía tres comidas al día, las tres muy frugales, ya que como apenas realizaba esfuerzo físico en todo el día, Mírrina temía que su silueta se estropeara antes de terminar de formarse. Comía mucho marisco, y también anguila y erizos de mar, y un pan muy especiado, pues un médico llamado Asclepíades había dicho a Mírrina que esos alimentos eran afrodisíacos. También empezaron a darle vino, aunque muy rebajado con agua. Con el tiempo, Nerea comprendería que aquella dieta, como todo lo que la rodeaba, estaba destinada a despertar su cuerpo y estimular su deseo. Sin embargo, Mírrina apenas dejaba que se juntara con las demás pupilas de la casa: comía sola, se bañaba sola y se quedaba la mayor parte del tiempo en su cuarto, donde, aburrida, podía pasarse horas contemplando su cuerpo parte por parte en el pequeño espejo de estaño.

Mírrina la obligó a caminar con cojines sobre la cabeza para que aprendiera a mover el trasero con gracia y no anduviera despatarrada como una cabrera. También le enseñó a ponerse el quitón y el manto de forma elegante, aprovechando cada pliegue y cada caída del tejido para realzar las líneas de su cuerpo. Le explicó cómo debía comer y beber, casi con desdén, como si nunca tuviera hambre y mordisqueara los alimentos sólo por obligación. Además, contrató a un maestro llamado Cefisodoro para que instruyera a Nerea en los rudimentos de la lectura y la escritura. El maestro era un hombre joven, pues sin duda no

había cumplido aún los treinta años, pero llevaba la barba muy larga y se movía con lentitud, como si tuviera algún achaque. En realidad gozaba de una salud perfecta, fuera de una ocasional pirosis después de comer, pero le gustaba fingir gravedad y cachaza para dar la impresión de ser más viejo y respetable. El primer día escribió una alfa grande en una tablilla de cera y luego tomó la mano de Nerea, le puso en ella un punzón y guió sus movimientos con mimo para que siguiera la forma de la letra. Le debió de gustar el tacto aterciopelado de su muñeca, porque durante los siguientes ocho días se dedicó a hacer lo mismo, aunque cada vez con una letra diferente.

Mírrina subió una noche a su alcoba y le pidió que le escribiera algo. Nerea sacó la tablilla, cogió el punzón y le pidió que la agarrara de la muñeca para ayudarla, pues estaba convencida de que ésa era la única manera de hacerlo. Mírrina le tiró de la lengua, y cuando se enteró del método del maestro tuvo que contenerse para no tirarle a él de las barbas.

—¿Cuánto tiempo tardas en enseñar a leer y a escribir a un alumno?

—¡Es una tarea de años! —contestó ofendido Cefisodoro. Lo cierto era que demoraba la enseñanza de las letras recurriendo a ejercicios inútiles e interminables para retener el máximo tiempo posible a los alumnos y exprimirles hasta el último dracma.

Mírrina era de las que seguían la máxima de escatimar el cobre para acumular el oro. Le subió los emolumentos a Cefisodoro, pero a cambio le hizo prometer que Nerea aprendería a leer y a escribir en menos de medio año. Una vez que el maestro cambió de método, Nerea demostró ser una alumna muy dotada. No tardó en copiar sin faltas las líneas que Cefisodoro le proponía como ejemplo y empezó a aprender de memoria poesías de Píndaro, Safo y Teognis. De vez en cuando el joven agarraba su mano para corregir la posición y enderezar alguna línea. Nerea se dio cuenta enseguida de que, cuando lo hacía, el pulso y la respiración de Cefisodoro se aceleraban, y no dejó de hacerle gracia que

fuera el maestro y no la discípula quien se pusiera nervioso por tal intimidad.

Cuando Nerea empezó a soltarse leyendo, aunque todavía lo hacía con la torpeza de un pajarillo recién salido del nido, Mírrina le dio papiros para que practicara a solas. De día, junto a la ventana abierta o de noche a la luz de un candil, Nerea desentrañaba, una tras otra, apretadas columnas de aquellos signos que hasta entonces le habían parecido arañazos de gato y que ahora le mostraban mundos nuevos y emociones insospechadas. En parte para mantener el interés de la niña, y sin duda también por seguir excitando su sensualidad, los libros que le dejaba Mírrina eran florilegios de poesía erótica y colecciones de cuentos licenciosos. De noche, a solas, Nerea leía palabras que hasta entonces no se había atrevido a pronunciar en voz alta, y oía por primera vez hablar de aquella pequeña muerte que seguía a la satisfacción del deseo y que era diez veces más intensa en la mujer que en el hombre. Solía leer sentada en la cama y con la espalda apoyada en la pared. Al hacerlo, doblaba sus piernas de junco hasta que un talón le quedaba debajo del trasero, y entonces se movía de tal manera que los huesos de su propio calcañal se le clavaban entre las piernas. Aquello le producía un placer que se extendía por todo su vientre y que se hacía cada vez más intenso y cálido, hasta el punto de que una vez se le escapó un gemido sin darse cuenta. Mírrina, que pasaba con un candil camino de alguna otra alcoba, oyó su involuntaria efusión y abrió la puerta sin llamar. Nerea dio un respingo en la cama y la meretriz le preguntó por qué se había asustado. Al observar el brillo de sus pupilas, lo agitado de su respiración y lo arrebolado de sus mejillas, comprendió que había estado entregándose al placer solitario, y le bastó ver la posición de sus piernas para saber cómo. Aunque en el fondo se sentía indulgente y hasta divertida, delante de la muchacha fingió un gran enfado. Si volvía a tocarse allí, la amenazó, ella misma la llevaría al puerto de Cencres y la entregaría por un óbolo al más piojoso y mugriento marinero ateniense que encontrara. Eso después de raparle el cabello al cero y despellejarle la espalda a verdascazos.

Durante unos días Nerea casi ni se atrevió a mirarse el *choiríon*. Para apagar el ardor que atormentaba su cuerpo, se dedicó a practicar con la lira durante horas y horas, hasta que se le acalambraban los antebrazos y se le pelaban las yemas de los dedos. Mírrina, muy ahorrativa, no había contratado a ningún maestro profesional, sino que encomendó a Sosibia, la joven que solía tocar y cantar durante sus cenas, que ejerciera de *kitharistés* para Nerea. Sosibia tenía una voz dulce, pero un temperamento agrio y unas manos duras, y la castigaba con palmetazos y pellizcos cada vez que daba una nota mal templada o fuera de ritmo.

Por lo general, Nerea no solía ver a las demás habitantes de aquella casa, y tan sólo podía saber de su existencia por los ruidos (risas, jadeos, gemidos, gritos prolongados que la hacían pensar en aquella pequeña muerte de la que hablaban los papiros) o por fugaces visiones que atravesaban los corredores, cuerpos semidesnudos o envueltos en gasas sutiles como rayos de luna. Pero una noche en que Mírrina había bebido más vino de la cuenta y se desplomó como un tronco sobre el triclinio, una de las pupilas más jóvenes, Fano, una morena vivaracha de nariz respingona y grandes ojos negros, aprovechó para colarse en la habitación de Nerea.

—Hola. Tú eres Nerea —afirmó—. Te vi el día en que llegaste.

Nerea se acordó de las tres chicas que se habían asomado al cuarto donde Mírrina la examinó. Fano era la que le había sacado la lengua.

—Yo también te vi —contestó Nerea, y le sacó la lengua a su vez.

Las dos se rieron, y pronto empezaron a parlotear sin respiro. Nerea estaba deseando hablar con alguien de su edad, y Fano, que sólo le sacaba dos años y medio, se mostró más que dispuesta a hablarle de cómo funcionaba aquella extraña casa y de todo lo que pasaba en ella.

Una noche, Fano la tomó de la mano y entre risitas la sacó al corredor. Iluminadas tan sólo por la luz de la luna que bañaba el patio, recorrieron la balaustrada de madera que lo

rodeaba y llegaron hasta el ala norte. Caminaban de puntillas, para evitar que el suelo de madera del segundo piso crujiese bajo sus pasos furtivos. Pasaron junto a varias puertas cerradas, a través de las cuales se oía jolgorio y ruidos de canciones. Fano abrió una puertecilla más pequeña y, agachándose, se coló en una especie de despensa donde olía a cerrado. Nerea la siguió, y ambas se acurrucaron en la oscuridad. Nerea, que no llevaba más que el ligero quitón con el que se acostaba, se estremeció de frío, y Fano le frotó los brazos para que entrara en calor.

—¿Para qué me has traído aquí? —susurró Nerea.

—¡Chist!

Fano movió una tabla que bailaba sobre un clavo y se abrió una rendija por la que se coló un rayo de luz que le iluminó el ojo derecho. Miró y vio algo que la hizo sonreír; después le dijo a Nerea que se asomara por la abertura. La muchacha se retorció en la oscuridad de la pequeña despensa y acercó el ojo. Al otro lado del tabique se hallaba la sala de banquetes, en la que hasta entonces no había entrado. Había en él varios triclinios formando una especie de *pi*, grandes tapices con escenas eróticas en las paredes, y en el centro veladores de hierro forjado y mármol. La francachela debía de aproximarse a su apogeo, porque por las mesas había copas tiradas y en el suelo manchas de vino y raspas de pescado. Contó hasta cinco hombres, cuatro de ellos vestidos con túnicas y el quinto con un manto de lana parda. Tumbadas junto a ellos había unas cuantas chicas, con quitones de color azafrán que dejaban transparentar todo lo que había debajo. Otra, desnuda salvo por una cadena de oro en el tobillo, tocaba la flauta doble en cuclillas sobre uno de los triclinios, mientras el hombre del manto la acariciaba entre las piernas. Algo más apartada estaba Nesias, una hermosa cortesana que escuchaba con displicencia las bromas de dos de los invitados. Los hombres parecían muy borrachos, y las chicas fingían estarlo: Mírrina siempre insistía en que no debían abusar del vino, aunque no se aplicara a sí misma su consejo.

Aquella escena no le pareció demasiado divertida a Nerea,

así que le preguntó a Fano por qué la había llevado allí. Por toda respuesta, la joven volvió a colocar la tabla en su sitio y luego apartó un trozo de fieltro que estaba clavado en el tabique opuesto. Allí no se abría un resquicio accidental, sino un agujero ovalado y con los bordes lijados; era evidente que la despensa servía de escondite para los mirones.

—Asómate. Esto te va a gustar más.

Nerea tuvo que acomodarse entre las piernas de su amiga. No le molestó, porque allí estaba más caliente y además Fano se dedicó a masajearle los hombros mientras miraba.

Aquel orificio se asomaba a una alcoba iluminada por dos candelabros de bronce. En el centro había un gran lecho lleno de cojines y mantas de color púrpura, todo ello revuelto y desordenado por la batalla que se estaba librando sobre el colchón. Había un hombre tumbado de espaldas, con el cuerpo robusto y muy velludo, y cabalgando sobre él una mujer cuyos abultados pechos se bamboleaban arriba y abajo al ritmo de sus movimientos. Los negros cabellos ocultaban su rostro. En un momento dado arqueó la espalda hacia atrás, apoyó las manos en las rodillas del hombre y apuntó con sus erguidos pezones hacia el techo. Su rostro quedó al descubierto y, con sorpresa, Nerea descubrió quién era.

—¡Mírrina! —cuchicheó.

—Ahí tienes a nuestra ama —susurró Fano acercándose tanto al oído de Nerea que su aliento le hacía cosquillas—. Aunque se quiera dar ínfulas de gran señora, sigue siendo tan puta como la que más.

—No hables así de ella…

Fano le dio un besito en la mejilla y luego deslizó su lengua traviesa por el lóbulo de su oreja. Nerea apartó un poco el rostro y se limpió la huella de saliva.

—¡No hagas eso!

—¡Ja, ja, ja! ¿No te gusta lo que estás viendo?

Aunque su amiga lo creyera así, aquélla no era la primera cópula que presenciaba Nerea. Se le ocurrió hablarle a Fano del día en que sorprendió a Pan fornicando con una ninfa, pero pensó que tratándose de dioses era mejor guardar la *eufemía*, el silencio sagrado. También recordó cómo Sósipa y

Lampra habían sido forzadas por la vagina y por la boca justo a su lado, pero aquella imagen le resultaba desagradable. En cambio, lo que estaba presenciando ahora era tan intenso que notó cómo algo se le agarraba entre sus piernas como un garfio y no la soltaba. No se trataba ya de un cosquilleo, sino de oleadas de placer difuso y cálido. Con cuidado de que Fano no lo notara, se metió la mano bajo el quitón y buscó su sexo. Los labios se separaron casi por sí solos al sentir sus dedos, y Nerea se dio cuenta de que tenía el *choiríon* empapado y el botoncito prohibido estaba tan hinchado y sensible que el contacto casi resultaba doloroso. Tuvo la tentación de seguir tocándose para ver qué sucedía, pero la cercanía de Fano y la amenaza de la propia Mírrina la disuadieron.

—Vámonos de aquí.

—No, espera.

—Si Mírrina se entera, nos despellejará.

—No digas tonterías. Este agujero lleva aquí toda la vida y Mírrina lo sabe perfectamente. Siempre lo hace en esta habitación porque le gusta que la vean follando.

Fano la sujetó entre sus piernas, pegó su mejilla a la de ella y la obligó a presenciarlo todo hasta el final. Mírrina fue acelerando sus movimientos hasta que llegó al paroxismo y profirió tales gritos que sin duda todos los habitantes de la casa pudieron oírla. El hombre se contagió de su placer y también llegó al orgasmo, pero mientras se descargaba agarró las piernas de la mujer y frenó sus movimientos.

—Mírale —susurró Fano—. Mírrina es una bestia corriéndose. Cuando lo hace, es capaz de partirle la polla a un hombre si no se anda con cuidado.

—¿Que es una bestia haciendo qué?

—Corriéndose, tonta. ¿No sabes lo que es correrse?

Nerea culebreó con el cuerpo para librarse del abrazo de Fano y alejarse de la abertura.

—No soy tan tonta. Me imagino que es lo que acaba de pasarles.

—¿Tú nunca te has corrido?

—¡Pues claro que sí!

—Ah, vaya. Pues cuéntame qué se siente.

Nerea intentó varias veces empezar a explicarse: «Es…, es…», pero al final, mientras se escurrían fuera de la despensa, confesó a Fano que Mírrina la había sorprendido acariciándose y se lo había prohibido. No podría tener un orgasmo hasta que llegara el momento de acostarse con su primer hombre.

—¡Pobrecita! —se compadeció Fano—. No sabes lo que te pierdes. Si quieres, yo misma puedo ayudarte. Si utilizo la lengua, puedo hacer que termines en menos que canta un gallo.

—¡Puaj, qué asco! ¿Cómo puedes decir eso?

Fano se rió y le dijo que se trataba tan sólo de una broma, pero Nerea sabía bien que las caricias de su amiga eran algo más que inocentes. De puntillas, llegaron a la puerta de la habitación de Nerea. Fano le preguntó si podía pasar y ella contestó que no, pues tenía mucho sueño. Lo cierto era que los ojos se le habían quedado tan abiertos como los de un búho y sabía que tardaría en dormirse, pero le daba miedo dejarse llevar por Fano. Sentía un deseo irresistible de dejarse acariciar entre las piernas, pero temía que aquello la acarreara un castigo de Mírrina o de los propios dioses. Fano la miró ofendida, se dio la vuelta y se alejó por el pasillo, difuminándose entre un aleteo de gasas. «Si me lo hubieras pedido una vez más…», se lamentó Nerea. ¿Cuándo llegaría el momento?

Al final, todo llega, se desee o no. Poco antes de cumplir los catorce años, Nerea empezó a sentirse extraña. Tenía un dolor sordo y continuo en el abdomen, por encima de las ingles, que se hacía más intenso cuando pensaba en algo excitante. También le dolían los pechos, sobre todo cuando saltaba o bajaba por las escaleras. Al tocárselos, descubrió que estaban plagados de una multitud de bultitos que se escurrían huidizos entre sus dedos. Se asustó y se lo contó a Crisis. Mientras la bañaba, la joven esclava le palpó los senos.

—¡Ay! ¡Cuidado, que me duele!

—No te pasa nada, Nerea. Es sólo que vas a tener la primera regla.

Y así fue. Unos días después, cuando se despertó, sintió que algo se desgarraba en su interior. De pronto, se encontró caliente y húmeda, con una sensación viscosa que le resultó extrañamente familiar, como si siempre hubiese estado preparada para eso. Se tocó entre las piernas y se miró. Un líquido oscuro manchaba sus dedos. Nerea llevaba unos días sintiéndose muy triste sin saber por qué, y ahora lloró. Las lágrimas parecieron disolver su pena. «Ahora sólo me falta una cosa para ser una mujer», se dijo.

Cuando Mírrina se enteró de que Nerea había tenido su primer *émmenon*, se frotó las manos. Unos días después le dijo que el comprador ya estaba listo. Agachando la mirada por no parecer insolente, Nerea le preguntó de quién se trataba. Un hombre muy rico, contestó Mírrina: ateniense, y uno de los más adinerados de su ciudad, que ya era mucho decir tratándose de la urbe que dominaba el comercio y los mares. A la muchacha eso le daba igual, pues sabía que no vería un mísero cobre de aquella primera transacción con su cuerpo, así que con rodeos trató de indagar si era un hombre guapo o por lo menos joven. De ninguna manera, contestó Mírrina. ¿Para qué quería que fuese guapo? Era un tipo bajito y rechoncho, de cuerpo peludo, panzón y medio calvo, pero tenía una buena *posthe* y no había nada mejor para inaugurar a una jovencita como ella.

Nerea se quedó mohína y alicaída, mientras Mírrina se iba muerta de risa. Al parecer, le hacía mucha gracia que su pupila fuera aplastada bajo la panza de un hombre velludo como un oso. Pero Nerea la odió por eso.

Una mañana, Nerea sospechó que había llegado el día, pues Mírrina ordenó que no se bañara. Era la primera vez, descontando los días impuros de su menstruación. Al principio pensó que el hombre panzudo querría estar con una

muchacha que oliera como él: Nerea se lo imaginaba sucio y de sudor rancio, como su antiguo pretendiente, el cabrero Nicón. Las horas fueron cayendo como gotas de resina. Para almorzar le llevaron media langosta del Sigeo y dos huevos de codorniz. Aunque tenía un nudo en la garganta, procuró comérselo todo, pues la vieja Gorgo le advirtió que tal vez no cenaría. Después acudió a verla Mírrina, frotándose las manos como si ya sintiera en ellas el radiante contacto del oro.

—Hoy es tu día, Nerea. Descansa un rato y trata de dormir para estar más hermosa. Después Gorgo te bañará…

—¿No podría ser Crisis? —imploró Nerea, zalamera.

Mírrina accedió entre risas. Después dio algunos consejos a la muchacha.

—Sobre todo —insistió—, no hagas nada que no te pidan y no hables a no ser que te pregunten. Tienes que parecer una muchacha modosita. En realidad, eres una muchacha modosita, ¿verdad? Va a ser un día inolvidable para ti.

Después le dio un beso en la frente y se marchó sin esperar respuesta.

Nerea se tumbó y trató de dormir, pero le fue imposible. Se levantó y cerró los postigos para que no entrara la luz, aunque hacía calor y el aire era sofocante en el pequeño cubículo. Volvió a acostarse boca arriba y extendió manos y piernas para no agobiarse con el contacto de su propia piel. Intentó cerrar los párpados varias veces, pero los ojos se le abrían solos y se quedaban mirando el artesonado del techo, aunque ni a oscuras ni con luz había nada que ver en él. El corazón le palpitaba tan fuerte que le parecía oír el torrente de sangre en sus oídos, y donde corría con más fuerza era entre sus piernas. Pero tenía el vientre encogido de miedo.

Por fin llamaron a la puerta. Era Crisis, que la avisaba para el baño. Bajó con ella. Por el camino se abrieron puertas y se descorrieron cortinas, y los rostros curiosos de las demás chicas se asomaron para verla. Antes de llegar a los baños se cruzó con Fano, que se había hecho la encontradiza y le dio un pellizco en la cintura.

—¡Suerte! —le deseó.

La sonrisa de su amiga desató un poco el frío nudo de su

vientre. Entraron en la sala de baños, donde la esperaba el agua humeante. Crisis la frotó a conciencia, le limpió las orejas con bastoncillos y también le escarbó entre los dientes buscando restos de comida. Después le limó las uñas de manos y pies y le lavó el pelo. Cuando terminó el baño, la secó con suavidad y la ungió con aceites aromáticos, sin descuidar ningún rincón. Nerea se dio cuenta de que, pese a los nervios, su cuerpo estaba aún más sensible de lo normal. Se le había puesto la carne de gallina y los pezones de punta. Crisis la observaba con admiración.

—Tienes un cuerpo precioso, Nerea. Me gustaría ser como tú.

Nerea no supo qué contestar. En verdad, gracias al espejo conocía bien su propio cuerpo, aunque fuera por partes. En los últimos meses había crecido mucho, de modo que ya le sacaba la cabeza a Mírrina y dos o tres dedos a la propia Crisis, que no era baja. Sus piernas eran largas, bien torneadas en tobillos y rodillas. En su encierro, ella misma se había dedicado a levantarlas rectas hacia atrás mientras se apoyaba en la pared y, como resultado de sus ejercicios y de la propia naturaleza, tenía las nalgas tan prietas y respingonas que ni pellizcándolas se veía un hoyuelo en ellas. Los pechos, que no habían dejado de crecerle, como si alguien tirara de ellos, habían alcanzado casi el tamaño que finalmente tendrían. No eran pesados ni grandes, sino más bien extensos, un tanto aplanados y separados, como si alguien hubiera rellenado de suave carne los pectorales de un efebo. Cabían justo en la copa de una mano y se percibían tiernos si se rozaban, pero firmes en cuanto el dedo apretaba. Lo más llamativo en ellos eran los pezones. Aunque se veían sonrosados, tenían ya una forma de guinda que pedía a los labios rodearlos en un suave pellizco. Las areolas eran planas y sensibles, y desde ellas se proyectaba la punta, gruesa y redonda como un botón. En cuanto tenía frío o se excitaba, se hinchaban, y no habría hombre que los viera que no sintiera la sangre afluir a sus ijares.

Aún no habían terminado. Tras ungirla con aceites, Crisis hizo que se sentara y separara los muslos. Después se

arrodilló entre ellos, con la cabeza tan cerca de su sexo que Nerea podía sentir su aliento, y le puso los dedos en los labios para separarlos. Nerea sintió vergüenza y a la vez el deseo de juntar las piernas y frotárselas. Pero Crisis se lo impidió con sus rodillas. Después recorrió su vientre con una cuchilla afilada y fría, y Nerea contuvo el aliento. La piel se le erizó y el escalofrío le llegó hasta los pezones, que ya le dolían de rigidez. Crisis la miró de reojo con una sonrisa fugaz y siguió depilándola. Nerea tenía miedo de que la cortara en una zona tan delicada, pero Crisis tenía el pulso firme. Primero tiró de un labio, luego del otro, y fue rasurándolo todo. No era difícil, pues el vello de Nerea era ralo y suave. La cuchilla acabó convirtiéndose en una caricia. Por accidente o no, Crisis rozó con su mano el botón carnoso que crecía en medio de sus labios, donde Nerea sabía ya que se hallaba el corazón secreto de toda aquella zona, y un latigazo le recorrió la columna y le puso de punta el vello de la nuca. Después, la esclava la untó con una pasta blanquecina y la secó con un paño suave. Nerea se mordió los labios. Qué desgracia que tras aquellos deliciosos preparativos tuviera que entregarse a un comerciante tripudo y sudoroso.

—Ya estás lista, Nerea —dijo Crisis. Y bajando la vista añadió entre susurros y ruborizada—: Ojalá yo fuera hombre por un día.

Nerea subió a su habitación en una nube, sin duda como le pasó a París cuando su protectora Afrodita lo sacó del campo en plena batalla y lo llevó a la alcoba de la hermosa Helena. Cuando se quiso dar cuenta, estaba desnuda en la cama, tapada tan sólo con un leve cobertor. A cada lado ardía una lamparilla de aceite. Al cabo de un rato, se oyeron cuchicheos en el corredor. Eran dos voces, la de Mírrina y otra más grave, de hombre. Cerró los párpados con fuerza y esperó. La excitación había desaparecido; sólo quedaba la sensación de que una mano helada le oprimía el vientre.

La puerta rechinó sobre sus goznes. Unos pasos hicieron crujir la tarima. Por instinto, Nerea supo que aquellos pies cargaban más peso que los de Crisis, Fano o la propia Mírrina, que eran quienes solían entrar en la alcoba, y al

imaginarse al hombre barrigón que habría de poseerla decidió que no abriría los ojos. Pero un segundo después la curiosidad la venció.

En la entrada se recortaba una silueta alta, de cintura escurrida y hombros anchos, vestida tan sólo con una túnica. El hombre dio un paso más y cerró la puerta. A la tenue luz de las lamparillas, Nerea vio que tenía el cabello crecido casi hasta los hombros y la barba recortada. Es el sirviente del hombre panzudo, se dijo, aunque el corazón le latía como un tambor rogando para que no fuera así, para que aquél fuese su comprador en persona. El hombre se acercó un par de pasos más. Nerea trató de incorporarse. Con un gesto, él le indicó que se quedara donde estaba, y después se sentó al borde de la cama.

Su visitante estaba tan cerca que Nerea ya podía percibir su olor. No apestaba a sudor revenido ni a lana sucia, como otros hombres. Olía a aceite perfumado con mirto, y, por debajo de la cintura, desprendía un aroma cálido y muy particular, como pan tostado y arena después de la tormenta, un olor que se quedaría grabado para siempre en el recuerdo de Nerea.

Pero, sobre todo, era el hombre más guapo que había visto en su vida. A la luz ambarina de las lamparillas, sus rasgos eran delicados, pero la boca revelaba la firmeza de un hombre decidido. Tenía los ojos azules, casi como la propia Nerea, y cuando los clavó en ella, la joven sintió que una fuerza casi animal la taladraba y que el aliento se le quedaba congelado en un punto diminuto por debajo de los pechos.

El hombre tomó la mano de Nerea, la volvió, la examinó como si fuera un orfebre revisando una joya. Los dedos de él eran largos y espatulados, y llevaba las uñas recortadas en una curva perfecta. Sin duda percibió el temblor de la muchacha, pues la tranquilizó.

—No tienes por qué ponerte nerviosa. Respira hondo.

Su voz era suave y de tono medio, pero había en sus *rhos* y en sus *lambdas* un curioso defecto que le añadía gracia. El hombre soltó la mano de Nerea sobre la cama y le apoyó la suya en el pecho, bajo las clavículas. De esta manera sosegó

el ritmo de su aliento, acompañando sus subidas y bajadas con pequeñas presiones de la palma hasta que la respiración de la muchacha se calmó.

—Eso está mejor. ¿Cuántos años tienes?

—Trece, noble señor —contestó Nerea con una voz que a ella misma le sonó aflautada.

Él soltó una carcajada. Al reírse mostró unos dientes que en la penumbra relucían como el marfil. Nerea volvió a pensar que nunca había visto a un hombre tan guapo; pero no era la belleza de un efebo, sino la de un hombre adulto, lo más opuesto que podía existir a una mujer. Y lo que más deseaba ella en aquel momento.

—He pagado mucho dinero para tenerte aquí, pero creo que habría entregado gustoso mil dracmas más. Esperaba que fueras bella, pero no tanto.

—Gracias, señor. —Nerea enrojeció, pero añadió lo que creía que era oportuno decir—: Espero no defraudarte.

—No lo harás.

—¿Puedo preguntarte tu nombre, señor?

Él volvió a reírse antes de contestar.

—Hoy puedes llamarme Amor, mi dulce niña. Es el más poderoso de todos los dioses, y el que aparece en el centro de mi escudo de guerra.

El hombre deslizó la mano hasta el cuello de Nerea y se lo masajeó despacio. La muchacha suspiró y cerró los ojos. La sensación era tan placentera que el nudo que atenazaba su vientre se deshizo como sal en el agua. Él le acercó el rostro; aunque tenía los ojos cerrados, Nerea lo adivinó por el suave soplido de su respiración y por su aliento, en el que un suave aroma a vino se mezclaba con el olor a menta. Después vino el beso. Los labios de él abarcaron totalmente los suyos. Al principio fue una sensación cálida y tierna, y luego húmeda, porque su lengua pedía que Nerea le abriera el reducto de su boca. Besaba mucho mejor que Zósimo, o así le pareció a ella, pues su corazón se había desbocado tanto que no era capaz de escuchar ni pensar otra cosa. Él también empezó a jadear, y cuanto más rápido respiraba más le hundía la lengua en la boca.

Dejó de besarla y se apartó. Nerea abrió los ojos y estuvo a punto de pedirle que siguiera, pero recordó que tan sólo era una esclava y que lo más prudente sería seguir callada. El hombre se levantó, fue a los pies de la cama y tiró del cobertor. Éste se deslizó sobre la piel de Nerea, se enganchó un instante en sus pezones y terminó de bajar hasta sus pies. Nerea, pese a haber sido exhibida tantas veces en aquella casa, se sintió desnuda por primera vez en su vida. Era como si su piel hubiese crecido hasta abarcar el doble de superficie, o como si, a semejanza de una crisálida, hubiera perdido una capa externa y sólo entonces mostrase a la vista su verdadero ser. El hombre la observó durante un rato, y luego volvió a sentarse en la cama y recorrió su cuerpo acariciándolo con la punta de las uñas. Nerea ronroneó y se retorció. El cosquilleo le llegaba desde los talones hasta la nuca, una sensación deliciosa pero insoportable que debía cesar o crecer. Deseó un contacto más intenso, un pellizco, un mordisco, incluso un golpe. Sus muslos empezaron a frotarse por propia voluntad, pero él los separó.

—En mi ciudad hay muchos hombres que consideran esto que voy a hacer una infamia, la mayor de las porquerías. ¡Estúpidos!

Con una sonrisa de picardía, el hombre hundió el rostro entre los muslos de Nerea. Ella gritó. Por fin alguien se decidía a tocar ese botón hinchado de sangre. El placer era mucho mayor de lo que había sospechado, tanto que se encontró gimiendo enardecida, y aunque sospechaba que había más de una oreja pegada a la puerta de la alcoba, no le importó lo más mínimo. Sintió vértigo, como si el águila de Zeus la arrebatara a los cielos, y se encontró al borde de un precipicio y supo que aquello era correrse, el clímax del que había hablado con Fano. Pero su comprador no tenía la intención de llevarla tan pronto a aquel lugar desconocido. Se puso en pie y por fin se quitó la túnica. Tenía el cuerpo de una estatua, afeitado y con las líneas marcadas como una figura de bronce. Incluso llevaba recortado el vello del pubis, bajo el cual asomaba un pene largo y más bien fino. Nerea recordó la porra nervuda del dios-cabra y agradeció que el

miembro de su amante no fuera tan grueso. El hombre la cubrió con su cuerpo, se sujetó la *posthe* con la mano izquierda y por fin la penetró.

Fue una sensación tan repentina que Nerea no se la esperaba. Hubo un instante de resistencia, y luego aquella cosa caliente se hundió en ella. Le dolía, como si algo estuviera intentando hacerse sitio en una cavidad estrecha (justo lo que estaba sucediendo), pero el placer ahogaba el dolor.

—Ha entrado muy bien. Se nota que tenías ganas de hacerlo —dijo él.

Ella no dijo nada, tan sólo abrió los brazos y las piernas y se dejó hacer.

—Contesta: tenías ganas de hacerlo…

—Sí, sí —jadeó Nerea.

—Tócame —ordenó él.

Ella le abrazó, le arañó los hombros, le apretó el pecho musculoso. Deseaba ser aplastada, poseída, absorbida, cubierta, disuelta en aquella calidez. Era mucho mejor de lo que había imaginado, y le dio gracias a Afrodita de que fuera aquel hombre tan hermoso quien gozara de su doncellez, y no el malvado Eudectes, ni el velludo Pasión, ni el comerciante tripudo que le había prometido Mírrina.

De pronto él sacó el miembro. Nerea se le agarró a los riñones para tratar de evitar que se alejara de ella, pero él, que era más fuerte, se rió y se apartó. «Ya veo que te ha gustado», le dijo, y la obligó a darse la vuelta para ponerse de medio lado. Nerea se acurrucó y sintió que él se pegaba a su espalda, a sus nalgas y a sus piernas. Cuando se quiso dar cuenta, el cálido miembro de su comprador ya estaba otra vez alojado en su húmedo *choiríon*.

—¿Te has tocado alguna vez?

Ella se resistió, pero ante la insistencia de él, confesó al fin que no se lo habían permitido, pues tenía prohibido llegar al *orgasmós*. El hombre le acercó la boca al oído y susurró con aliento cálido:

—Pues hoy te vas a correr.

Sin dejar de follarla por detrás, le deslizó una mano por el

vientre, la retorció para hundírsela entre las piernas y empezó a acariciarle el clítoris, mientras con la otra le amasaba los pechos. Nerea cerró los ojos y se sintió rodeada de carne, de manos, de jadeos. El placer crecía y crecía. El águila volvió a atraparla con sus garras y la subió hacia el monte Olimpo.

Nerea chilló y después se clavó los dientes en el brazo. Creía que iba a morir de placer, y cuando, para su alivio, la sensación empezó a remitir, su amante le oprimió aún más el clítoris, que, dolorido, volvió a responder, y una segunda y una tercera oleadas sucedieron a la primera mientras algo muy cálido, que no era suyo, se expandía dentro de su cuerpo. Por fin, las fuerzas la abandonaron, se sintió morir y su cabeza se derrumbó sobre el cojín, como si los huesos de su cuello se hubieran vuelto líquidos.

El hombre le dio la vuelta, como si fuera un guiñapo. Nerea lo miró y le sonrió por primera vez. No había esperado que fuera algo tan dulce y a la vez tan intenso. Él la acarició entre las piernas. Nerea incorporó a duras penas el cuello y se vio una mancha pardusca sobre el muslo. Al mismo tiempo, algo viscoso empezaba a deslizarse entre sus piernas. Estaba demasiado cansada para avergonzarse. Pensó que, en cuanto recobrara las fuerzas, querría volver a experimentar aquella sensación embriagadora. Sin embargo, el hombre se levantó de la cama, se puso la túnica y, después de besarla casi con tristeza, se fue sin decir nada. Nerea quiso llamarlo para que no se fuera, para que volviera a la cama y la hiciera suya de nuevo, hasta que se hiciera de día o hasta que el dios Apolo se decidiera a arrebatarle el poder a su padre Zeus. Pero la voz no le salió y la puerta se cerró. Hasta muchos años después.

Porne

Por una paradoja, la primera experiencia de Nerea en la cama fue tan placentera que no quiso repetirla. Acababa de descubrir que la pasión que había creído sentir por Zósimo el aedo no era más que un remedo del amor verdadero y que, aunque sólo tenía trece años, ya nunca volvería a experimentar aquella arrebatadora embriaguez que su misterioso comprador le había hecho conocer. Durante un tiempo sufrió de mal de amores y, como tantas muchachas antes que ella, creyó que era la primera que lo padecía en la larga historia del ancho mundo. Al día siguiente no quiso salir de su alcoba, se negó a bañarse y a comer y dijo que no hablaría con nadie. Para que no pudieran entrar, atrancó la puerta con el pesado arcón de roble. Mírrina trató de abrirla en vano, así que recurrió a Tratto, que cargando con su enorme corpachón logró mover el baúl y de paso desquiciar la puerta. Mírrina entró furiosa por el estropicio, y cuando además vio a Nerea lloriqueando boca abajo en la cama, la levantó de los pelos y la abofeteó. Pero luego se compadeció de su llanto, porque era difícil no conmoverse con aquellos ojos azules anegados en lágrimas. Con la ayuda del esclavo tracio, la bajó hasta los baños y allí la lavó ella misma. Mientras le frotaba la espalda, la arrulló con dulces palabras. Ella también había sido joven y, como Nerea, había pensado que no habría otra vez comparable a la primera. Pero después había conocido placeres mucho mayores. ¿Qué decía? Muchísimo mayores. A Nerea la aguardaba un futuro brillante, pues su belleza causaría estragos entre los hombres.

—Se dejarán los nudillos llamando a tu puerta, día y noche. Esperarán bajo la lluvia como perros, con las orejas gachas y el rabo entre las piernas, tan sólo para que te asomes un momento y les regales una sonrisa. Te traerán

regalos sin cuento: perfumes en tarros de alabastro, pendientes de oro, ajorcas con rubíes engastados, sedas del Oriente, jarrones esmaltados y decorados por los mejores pintores de Atenas y Corinto…

Mírrina insistió días y días con la misma cantinela, pero como era una mujer comprensiva dejó pasar un tiempo para que Nerea se repusiera de la honda impresión que aquel hombre le había causado. Una vez que la muchacha tuvo su segunda menstruación, juzgó que ya era más que suficiente, de modo que la hizo llamar a su presencia y, en el mismo aposento en que la había recibido la primera vez, le preguntó:

—¿Cuánto tiempo piensas que voy a tenerte aquí comiendo a mis expensas?

Nerea agachó la cabeza y un lagrimón grueso y redondo como una perla le rodó por la mejilla.

—¡Deja ya de llorar, niña! ¿Vas a empezar a trabajar para ganarte el pan o tendré que ponerte en la muralla para que ofrezcas el culo por dos cobres?

Nerea se enjugó la lágrima, levantó la mirada y dijo que no.

—¿Sabes que el pecado que más castigan los dioses es la ingratitud?

—Yo no quiero ser ingrata contigo, madre —contestó Nerea, pues Mírrina la había acostumbrado a llamarla así.

—¡Pues empieza a hacer algo por mí! ¿Trabajarás?

—Haré lo que me digas —contestó la muchacha con la voz atenazada por un nudo.

Mírrina se retrepó en el asiento y suavizó la voz.

—Lo que te he dicho es cierto. Tu futuro es brillante. Pero antes tendré que adiestrarte.

—¿En qué?

Mírrina sonrió con picardía.

—En dar placer a los hombres. Cuando aprendas a llevarlos hasta la cima más alta del gozo, podrás negárselo: ahí residirá el poder que te hará invencible.

—No te entiendo, madre.

—Lo entenderás.

Así comenzó la segunda parte de la educación de Nerea. Las lecciones de cítara, canto, poesía y elegancia continuaron, pero ahora se alternaban con otras más crudas y carnales. Nerea descubrió que el escondrijo de la despensa no era el único que había en la casa. A través de celosías disimuladas, Mírrina la obligó a espiar lo que ocurría en otras alcobas, y aquellos espectáculos lograron que recobrara el deseo prematuramente agostado. Además, aprovechando su reciente afición por la lectura, la meretriz le dejó un manual titulado *Sobre las doce posturas de Cirene*, en el que otras tantas ilustraciones dibujadas por una mano maestra y atrevida iluminaban con toda procacidad las diferentes maneras en que un hombre y una mujer podían acoplar sus sexos.

Desde el principio le tocó recibir a sus propios clientes. Mírrina la instruyó sobre las tarifas que debía cobrar por cada postura.

—Ahora eres una *porne*, porque me conviene que así sea para que aprendas el oficio. Pero no debes quejarte, pues eres hermosa, cara y tienes una cama limpia donde apoyar los lomos, mientras que otras tienen que apoyar las manos en cualquier esquina mugrienta y dejar que se la metan por detrás. Aquí comes pescado, marisco y fruta tierna, y bebes vino de Falero y de Lesbos, mientras que otras deben conformarse con gachas de cebada y aguapié, aunque tampoco les viene mal, porque la mayoría ha perdido los dientes. Tú aprovecha todo lo que puedas y pronto podrás convertirte en una *hetaira*. ¿Me estás escuchando, niña?

—Sí, madre —contestaba dócil Nerea, pues sabía que Mírrina, pese a ser más bajita que ella, tenía la mano muy larga.

—Cuando seas una cortesana, no nos darán monedas por abrirte de piernas, sino que nos traerán regalos para que les sonrías, les digas lo guapos y lo listos que son y, de vez en cuando, si te apetece o yo te lo digo, te acuestes con ellos. Pero aún te falta categoría para ello, querida. Tienes dones naturales, pero esos doce años de cabrera no se quitan ni con un raspador de hierro. Hay que seguir puliéndote como un

trozo de ámbar en bruto.

—Sí, madre.

—Aprende a volver locos a los hombres, Nerea. Cuando empiecen a llegar los regalos, te permitiré que te quedes con la décima parte. Así, algún día podrás establecerte por tu cuenta, como hice yo. ¿No te parece justo?

—Eres muy generosa, madre.

Nerea seguía añorando a aquel efímero amante que se llevó su *parthenía*. A solas, se recitaba versos de Safo para olvidar, o más bien para recrearse en la tristeza agridulce de su recuerdo. Cada vez que sentía pasos de varón crujir en la tarima de su alcoba, el corazón se le desbocaba con la esperanza de que fuera su primer comprador. «Algún día él vendrá para pagarle mi libertad a Mírrina», se repetía una y otra vez, pero siempre era otro hombre el que entraba en su alcoba y se quitaba la túnica.

Sin embargo, cuando se ponía manos a la obra y le tocaba retozar en el lecho, hacía crujir las correas y las tablas bien a su gusto. Muchas de las demás pupilas confesaban que les costaba mucho correrse o que nunca lo hacían. A la mayoría les era indiferente; se limitaban a separar las piernas, mirar al techo, a la pared o al suelo, según la postura, y gemir de una forma lo más gutural y convincente posible. Nerea, por el contrario, era de humedad fácil y orgasmo temprano. Si se lo proponía, podía prolongar el clímax y convertirlo en dos o tres más, tras los cuales terminaba desmadejada y sudorosa en la cama.

—Me das envidia —le decía Fano, que, traviesa como siempre, estiraba la mano para metérsela entre las piernas—. ¿Por qué no me dejas que te lo haga yo? Quiero ver qué cara pones al correrte.

Pero Nerea se apartaba siempre, convencida de que la diosa Afrodita no la perdonaría si caía en la depravación de amar a una mujer. A lo más que accedió una vez fue a follar en una alcoba donde se abría una celosía oculta. Mientras cabalgaba sobre su cliente, se imaginó que Fano estaría masturbándose al otro lado del tabique, y ese pensamiento la excitó tanto que ella misma se pellizcó los pechos hasta que

los convirtió en dos doloridos pitones.

A veces Nerea descuidaba el placer de los hombres por dar gusto a su propio cuerpo. Alguno se quejó a Mírrina, pero la mayoría de ellos estaban contentos, porque ver a una criatura tan hermosa corriéndose una y otra vez los excitaba aún más. La postura favorita de Nerea era la *keles*, el caballo de carreras. No acababa de entender que fuese la más cara, puesto que a ella le resultaba la más placentera. Sentada a horcajadas, no tenía por qué soportar el peso del hombre, y además controlaba sus propios movimientos y podía frotarse el clítoris contra el pubis masculino hasta conseguir el orgasmo. A sus clientes también les gustaba porque la veían entusiasmarse de verdad, en vez de fingir un placer que no sentía. Nerea procuraba ofrecerles un espectáculo que compensara con creces lo que pagaban. Cuando se acercaba a la culminación, cimbreaba el cuerpo como un coribante, azotaba al cliente con sus largos cabellos, le arañaba los hombros y saltaba arriba y abajo sobre sus caderas para que sus tetas, aunque menudas, se agitaran al compás de sus gemidos.

Lo malo era que ella misma se hacía daño en tales exhibiciones gimnásticas. Ahora que por fin había conocido la embriaguez del orgasmo, se había aficionado tanto a él que muchas mañanas se masturbaba antes de levantarse del lecho, e incluso más de una noche, tras haberse entregado a su trabajo. A veces acababa con el clítoris tan hinchado y los labios tan irritados que acostarse con un nuevo cliente era un suplicio. Mírrina la reprendía por abusar de su cuerpo.

—El placer debe ser para los clientes, no para ti. Tú has de conseguir que escupan su simiente lo antes posible. De esa manera te desgastarás menos. Hazme caso si quieres durar muchos años.

Le enseñó los trucos para conseguir que los clientes se corrieran antes. Estuviera encima, debajo o bien ofreciendo el trasero en la posición de *kybda*, debía arreglárselas para acariciarles los testículos y el perineo; eso estimulaba la secreción de semen, como aseguraba el médico Asclepíades (que, de paso, lo practicaba con la propia Mírrina). También

ayudaba susurrarles halagos, como «qué grande y dura la tienes», aunque el cliente fuera de aquellos que se presentan con una flácida lombriz entre las piernas.

—No me extraña que Mírrina sepa tanto sobre putañear —le comentó Fano a Nerea—. Ha tenido una carrera muy larga.

Una noche, mientras daban cuenta de una jarrita de vino que habían conseguido escamotear de la bodega, Fano le contó la asendereada vida de Mírrina. La edad de la meretriz no se la pudo asegurar, aunque debía de frisar los cuarenta años.

—¡Por los dioses! ¡No pensaba que fuera tan vieja! —exclamó Nerea, a quien todo lo que excediera de los veinticinco años le parecía tiempo robado a la muerte.

Mírrina era esclava desde muy niña. Al parecer, su madre se la había vendido a una mujer llamada Eortilis, que se dedicaba a comprar niñas en las que reconocía futuras bellezas. Al principio, Mírrina trabajó en Corinto, donde antes de los veinte años ya había conseguido reunir multitud de amantes. Como era una mujer muy intrigante, logró arrancarles dinero a unos y a otros. A cada uno de ellos le aseguraba que tenía ahorrado un peculio y que sólo le faltaban unos cientos de dracmas para comprar su libertad. De este modo, les decía, podría dejar de trabajar para Eortilis y entregar su cuerpo únicamente al amante en cuestión. Cuando alguno se resistía a darle lo que le pedía, se dedicaba a excitarlo y en el momento culminante se retiraba alegando que tenía la vulva irritada y la espalda dolorida de tanto dejar que otros hombres la montaran. Como no había otra como ella en dar placer a los hombres (al parecer, explicó Fano, no ponía reparos en cumplir ningún deseo, por repugnante que fuese), sus amantes acababan rindiéndose y aflojando los cordones de la escarcela. Esta maniobra la repitió nada menos que con nueve víctimas, hasta conseguir una suma de treinta minas, de las cuales le entregó dos mil dracmas a Eortilis para pagar su manumisión, mientras que las mil restantes las empleó en huir de sus amantes y establecerse en Atenas.

Allí, en la ciudad de los dueños del mar, Mírrina tuvo también varios amigos y se compró una casa lujosa. Para su desgracia, Peonio, uno de sus antiguos clientes, al que había estafado casi quinientas dracmas, era ateniense, y aunque había vivido durante años en Corinto dedicado al comercio de telas, tuvo que regresar a su ciudad cuando estalló la gran guerra entre Atenas y Esparta. Al enterarse Peonio de que Mírrina estaba en su ciudad, dudó entre denunciarla, como era costumbre entre los atenienses, de los cuales se decía que el que no tenía un litigio entre manos era porque andaba en dos, o tomarse la justicia por su mano. Al final optó por esto último y con una banda de encapuchados irrumpió una noche en casa de Mírrina, donde quemó tapices y cortinas, robó copas y cubiertos y de propina le dio una paliza a su antigua amante, de resultas de lo cual le fracturó una pierna y un brazo y le saltó un par de dientes.

Mírrina tardó en recobrarse de los golpes, pero en cuanto se encontró mejor, pensó en cómo se las ingeniaría para no estar nunca más a merced de ningún otro hombre. Lo primero que hizo fue acudir en novilunio al mercado de esclavos y elegir entre ellos al que tenía los músculos más abultados y el gesto más torvo. Así fue como compró a un gigantesco tracio, al que llamó Tratto y del que consiguió que, pese a su natural salvaje, acabase comiendo de su mano. Después se buscó un amante rico y que estuviera dispuesto a protegerla ante la ley, pues estaba expuesta a problemas ante los tribunales por su conducta desenvuelta y su doble condición de mujer y extranjera en Atenas. Esta segunda elección no fue tan acertada como la primera. Conoció y sedujo a Fanias, miembro de una familia de eupátridas, la más rancia nobleza ateniense, pero cuando ya se había amancebado con él descubrió que la mayor parte de su fortuna estaba empeñada por culpa de su afición a los dados y a los caballos.

Aun así, ambos estuvieron juntos un tiempo. Fanias era muy aficionado a acudir a banquetes, en los que bebía como un pez, y como solía llevar a Mírrina, se contaba que ésta aprovechaba la embriaguez de su amante para acostarse con

todo aquel que le apeteciera y de paso completar sus ingresos, ya que el eupátrida le había salido de mucho abolengo y poca bolsa. En cualquier caso, la pareja se vio tan cerca de la ruina que tuvo que recurrir a métodos aún más indignos para conseguir dinero.

A estas alturas de su relato, Fano ya estaba algo achispada y entre carcajada y carcajada aprovechaba para apoyarse en el hombro de Nerea y rozar su piel.

—¡Imagínate! Nuestra buena Mírrina se hacía pasar por una mujer casada. Como las atenienses decentes sólo pueden abandonar su casa para asistir a los funerales de la familia, Mírrina se vestía de luto y salía de procesión como si se le hubiera muerto alguien.

Así, prosiguió Fano, era como captaba a las víctimas de su nuevo timo. Dado que seguía manteniendo una pequeña red de pupilas, éstas le informaban de cuáles de entre los ciudadanos eran los posibles pardillos y también de las tabernas, gimnasios y barberías que frecuentaban, y después la escoltaban a modo de plañideras. Los fingidos entierros siempre tomaban la dirección más adecuada, aunque tuvieran que desviarse dando extraños rodeos y recorrer las calles más alejadas del cementerio del Cerámico. Luego, todo era cuestión de detenerse un momento en el camino para descansar y seguir llorando al finado, alzarse el velo, mirar a la eventual víctima y desplomar las pestañas con gesto más provocador que compungido. El resto se llevaba a cabo por medio de intermediarias y notas escritas. Dado que los atenienses parecían tener tanta pasión por proteger entre gruesas paredes a sus mujeres legítimas como por descubrir qué se escondía bajo los ropajes de las esposas ajenas, una de cada cuatro veces la estafa llegaba a buen puerto. Durante días se intercambiaban cartas y luego la víctima recibía una copia de las llaves de la casa y del gineceo. Por fin, la noche señalada, Mírrina informaba al futuro adúltero de que su marido, Fanias, había salido de la ciudad por unos días para atender una finca que tenía en Ramnunte (no había sitio más alejado en toda la comarca) y de que era una ocasión inmejorable para consumar su pasión.

Por supuesto, Fanias no había salido de la ciudad, ya que de sus fincas del Ática no había una sola que no hubiese perdido a los dados. Por el contrario, se quedaba a cenar en casa de un amigo, y cuando ya estaba bien entrada la noche, reunía a unos cuantos testigos ya conchabados, compraba antorchas y se encaminaba a su casa. Cuando llegaba a ella, por lo general, su mujer ya había gozado un par de veces del nuevo amante; mas, en cualquier caso, al derribar la puerta aún los sorprendía ocupados en las tareas de Afrodita. Para salvar las apariencias, amenazaba a Mírrina con terribles palabras, le daba una bofetada y ella se retiraba desnuda y lloriqueando a otro rincón de la casa. Después, la víctima, desnuda e inerme, se enfrentaba a solas al marido ofendido y a los testigos armados de porras. Por la ley de Solón, un esposo estaba autorizado a matar al adúltero si lo sorprendía en flagrante delito. Fanias espumeaba de rabia y fingía ser incapaz de controlar su ira, pero sus compinches lo sujetaban para evitar que le rompiera la cabeza al criminal. Al final, todo se arreglaba con la intervención de los arcontes, y Fanias dejaba en libertad al adúltero bajo la promesa legal de pagarle una indemnización. De este modo, solía conseguir hasta dos mil dracmas por cada supuesto amante al que sorprendía.

—¡No me digas que Mírrina hacía eso! —exclamó Nerea con los ojos muy abiertos—. ¿Y nunca se metió en líos?

—Pues sí. Tanto va el cántaro a la fuente que al final se rompe. Llegó a haber tantas víctimas de aquel chantaje que varios de ellos hicieron indagaciones y descubrieron que Mírrina era una hetaira, y no la mujer legítima de Fanias, así que los denunciaron a ambos por usurpar la ciudadanía. A él le quitaron todos los derechos y lo expulsaron de Atenas, y a Mírrina habrían vuelto a venderla como esclava si no hubiera sido porque una noche se acostó con los magistrados encargados de la custodia de los reos y la dejaron escapar de la ciudad.

Nerea estalló en carcajadas. Fano le dijo que aún faltaba oír lo mejor.

—¿Sabes cómo se llaman esos magistrados?

—No.

—¡Los Once! ¡Nada menos que los Once, Nerea! ¡En una noche!

El vino se había terminado y Fano se empeñó en que estaba un poco bebida y en que quería dormir con Nerea. Ésta se negó una vez más a los deseos de su amiga y la escoltó hasta su habitación. Desde el comedor llegaban los ronquidos de Mírrina, y Nerea se preguntó si, cuando su juventud empezara a marchitarse, tendría que llevar una vida tan azarosa como la de aquella aguerrida mujer.

La paz reinaba en Grecia. Muchos pensaban que no sería duradera, pues el conflicto entre atenienses y espartanos había quedado sin decidir y tarde o temprano ambas potencias tendrían que enfrentarse de nuevo para dirimir de una vez por todas la supremacía entre los griegos. Mientras tanto, comerciantes y mercaderes procuraban aprovecharse de que a las lanzas les salían telarañas para hacer negocios y atesorar riquezas que les vendrían bien cuando llegaran tiempos más difíciles. Corinto, situada en todas las encrucijadas, recibía miles de viajeros, y los más nobles y pudientes pasaban por la mansión de Mírrina para dejarse buena parte de su dinero con sus afamadas muchachas.

Pronto circuló la fama de que en aquel exquisito burdel había una pupila que no sólo descollaba entre las demás por su belleza, sino por el ardor con el que se entregaba a los trabajos de Afrodita. Había clientes que tan sólo querían acostarse con Nerea y que, si por sus negocios debían permanecer cinco o seis días en Corinto, la visitaban otras tantas noches, aunque eso les supusiera dilapidar todas las ganancias del viaje y volver a casa extenuados y macilentos de tanto trajín en la cama.

Uno de los asiduos era Éuporos, un ateniense que comerciaba en paños y telas y que, según se rumoreaba, andaba en intrigas con la facción antiespartana de Corinto, la más débil en la ciudad. Entre negocios y política, siempre encontraba un rato para visitar la mansión de Mírrina, e

invariablemente acababa tumbado debajo de Nerea y agarrándola por las nalgas. En las furiosas cabalgatas de la muchacha muchas veces era la montura la que debía controlar al jinete para que no le hiciera daño. Éuporos tenía treinta años y aún tensaba el arco con facilidad, pero de vez en cuando no tenía más remedio que descansar. Sudorosos los dos, se sentaban en el lecho y Nerea le daba a beber vino de Naxos en una copa de plata mientras él se dedicaba a juguetear con sus pezones, que lo tenían fascinado, mientras le contaba historias del ancho mundo. En particular le hablaba de Atenas, de las riquezas que transportaban sus barcos, de los maravillosos monumentos de la Acrópolis y de los fascinantes personajes que paseaban por sus pórticos: poetas, trágicos, filósofos, médicos, arquitectos, historiadores, sofistas, adivinos.

—Algún día yo mismo te llevaré allí —le decía, y se detenía un momento para trazar círculos con la lengua alrededor de un pezón, y luego del otro—. A una belleza como tú, Corinto se le queda pequeña.

Éuporos pagaba a Mírrina con generosidad; pero además, a Nerea le llevaba regalos a escondidas: un tarro de perfume, una ajorca de plata, una bolsita con monedas. Ella había levantado una tabla de la tarima debajo de la cama y escondía allí sus pequeños tesoros. Como no tenía apenas sitio, acabó pidiéndole a Éuporos que redujera el tamaño de sus obsequios, y él se rió, pero desde entonces empezó a traerle oro en vez de plata.

Casi sin darse cuenta, Nerea se estaba convirtiendo en una cortesana. No sólo recibía regalos, sino que empezaba a hacerlo de forma arbitraria, pues a veces se negaba a entregarse a Éuporos. Pero aquellos encelamientos duraban poco, pues aún guardaba cierta inocencia y su cuerpo recién despertado al placer estaba demasiado caliente. Éuporos sabía cómo encenderla. Aunque ella se resistía entre bromas y veras, él le abría las piernas a la fuerza, hundía la cabeza entre sus muslos, le atrapaba el clítoris entre los labios y empezaba a chupetearlo con gula. A veces Nerea le agarraba la cabeza y le obligaba a seguir hasta el final, y entonces se

corría a gritos y apretaba tanto los muslos que el pobre Éuporos acababa medio asfixiado y con las orejas rojas. Pero casi siempre lo apartaba de un empujón, lo tumbaba boca arriba y ella misma se empalaba en su miembro para empezar una nueva cabalgata.

A Éuporos le encantaba la voz de Nerea, y también los gemidos que se le escapaban durante el orgasmo, y más aún la combinación de ambos. Por eso a veces le pedía que recitara algún verso a la vez que llegaba al clímax o que le describiera en palabras lo que le estaba sucediendo. El resultado era algo confuso de entender, pero a Éuporos le excitaba tanto que eyaculaba sin tardanza aunque ya hubiera disparado su arco antes.

—Tu voz es muy hermosa —le decía luego—, pero mejoraría mucho si cambiaras ese bárbaro dialecto dórico.

—A mí el que me parece bárbaro es el tuyo.

—¡No seas ignorante! Intenta repetir lo que yo digo tal como yo lo diga.

Entre orgasmos y tragos de vino, Nerea aprendió a pronunciar una *e* larga donde hasta entonces había dicho *a*, a no sesear y, sobre todo, a aspirar las consonantes como lo hacían los atenienses. Ese pequeño soplido y el toque gutural que añadía a su voz, aseguraba Éuporos, se volvían irresistibles.

—Cuando vayas a Atenas habrá más ciudadanos haciendo cola a la puerta de tu casa que en la asamblea.

A menudo, cuando oía hablar a Éuporos, Nerea recordaba al misterioso amante de su primera noche. Mírrina se había negado a decirle su nombre, pero Nerea, que recordaba cada una de las escasas palabras que él había pronunciado, estaba convencida de que era ateniense. «Sí, algún día iré a Atenas», se decía. «Y lo encontraré. Él me hizo suya y yo lo haré mío».

Muchos alababan la blancura de Nerea. Sin embargo, ella añoraba los tiempos en que correteaba con sus cabras, se bañaba desnuda en el mar y doraba su cuerpo al sol. Por eso, cuando supo que algunas muchachas de la casa iban a acudir

al Acrocorinto para la fiesta en honor de Afrodita, porfió y porfió a fin de que Mírrina le dejara asistir con ellas. La meretriz se hizo de rogar, pero al fin accedió, no sin advertirle que fuera ataviada como una mujer decente y se cubriera los cabellos.

—No sois putas de Cencres —le insistió, con su característica obsesión por los bajos fondos portuarios—. Sois muchachas de la casa de Mírrina, y debéis guardar la compostura.

Cuando amaneció el día señalado, Nerea estaba tan emocionada con la perspectiva de abandonar por unas horas su encierro que ni siquiera se acordó de masturbarse, como solía hacer en cuanto se despertaba. Fueron cinco las mujeres que salieron de la mansión para llevar a Afrodita las ofrendas debidas: Fano, dos muchachas llamadas Belidria y Manticlea, la propia Nerea y Nesias, una cortesana que moraba con ellas en la mansión y que había comprado su manumisión, aunque aún no se había establecido por su cuenta. Tratto las escoltaba a unos pasos de distancia, y su mirada patibularia bastaba para evitar que a algún viandante se le ocurriera proferir alguna obscenidad.

La mañana era espléndida y Nerea no tardó en dejar caer el velo para disfrutar del sol. Nesias hizo chasquear los dedos y le dijo que volviera a ponérselo.

—Ya sé que sois putas, pero no hagáis que yo también lo parezca.

—Tú no eres nuestra ama —contestó Nerea, ofendida.

—No me contestes así o haré que tu ama te desuelle el trasero —respondió Nesias entrecerrando los ojos.

Fano se acercó a Nerea y le volvió a cubrir los cabellos.

—Tápate y no seas mala con Nesias. ¿No ves que si los corintios te ven la cara ya no volverán a hacerle regalitos a ella?

—¡En buena hora he ido a juntarme con cuatro *pornai*! —resopló Nesias, y apretó el paso para ir por delante de ellas. Fano soltó una carcajada.

—Si algún día me convierto en cortesana y ves que arrugo la nariz como esa puta fina, que parece que huele una boñiga

pinchada en un alfiler, te doy permiso para que me des veinte azotes en las nalgas.

Esta vez fue Nerea quien rió.

—¡Eso es lo que tú querrías!

Fano la enlazó por el talle y la apretó contra sí.

—Tarde o temprano te convencerás, Nerea —susurró—. El cuerpo de una mujer encierra muchas más delicias que el de un hombre. ¿No te gustaría acariciar unos senos suaves y lampiños en vez de un pecho huesudo y lleno de pelambre?

Nerea se rió y le dijo a Fano que dejara de decir tonterías, pero en el fondo se sentía turbada. Hacía unas noches había soñado con aquel primer amante. Él, como solía hacer en las fantasías de Nerea, estuviera despierta o dormida, le hundía el rostro entre las piernas y le lamía el sexo. Nerea gemía de placer, con un gozo mucho más profundo que el que sentía con los demás hombres, pues sabía que nunca habría otro como él. Mas, como suele suceder en el mundo inestable y cambiante de los sueños, aquel hombre se había transformado en una mujer, y Nerea se encontró de pronto con los ojos burlones de Fano mirándola entre sus muslos mientras su boca y su nariz desaparecían tapadas por el pubis que estaba lamiendo. Nerea se había despertado empapada y con la impresión de que había tenido un orgasmo en sueños. No le contó nada a su amiga, pero no dejaba de preguntarse cómo se sentiría compartiendo el lecho con ella.

El templo de Afrodita estaba situado a media ladera del Acrocorinto. Sus mármoles y estatuas competían en colorido con las túnicas y los mantos del gentío que ascendía por el empinado sendero hasta el altar. Se habían congregado allí miles de corintios, y también muchos extranjeros que acudían a la ciudad atraídos por su reputación de santuario del amor y la lujuria.

—¡Nerea! ¡Nerea!

Al escuchar su nombre, Nerea volvió la mirada. Le sorprendió que alguien conociera su nombre fuera de la casa de Mírrina. Dos mujeres con la cabeza descubierta codeaban para abrirse paso hacia ella. Cuando estuvieron más cerca reparó en que sus rostros le resultaban familiares.

—¿No te acuerdas de mí? —dijo una de ellas, la más regordeta y morena—. ¡Soy Lampra!

Nerea abrió los ojos, asombrada, y abrazó a aquella mujer que en el pasado había sido casi amiga suya. Lampra estaba tan cambiada que no era extraño que no la hubiese reconocido. Sus pechos se mantenían erguidos, pero al abrazarla Nerea notó la faja de tela que los sujetaba por debajo de la túnica, tan rígida como un andamiaje. En las caderas le habían crecido unos salientes de grasa en los que podría descansar los codos, y sus tobillos parecían tan rectos como columnas. Pero lo más estropeado era el rostro. Al igual que el de la rubia Sósipa, parecía haber pasado por quince años de trabajos y privaciones, cuando hacía poco más de tres que todas ellas habían sido raptadas por los piratas. Las comisuras de la boca, hundidas por los sinsabores; las arrugas que surcaban sus frentes y, sobre todo, el velo opaco que amortajaba sus miradas bastaron para revelarle a Nerea cuál habría sido su vida si Pasión no la hubiese llevado a la casa de Mírrina.

—¿Cómo te va? —le preguntó Lampra—. Hemos oído hablar de ti.

—¿De veras? —preguntó Nerea fingiendo alegría.

Durante un rato subieron juntas hacia el templo. En cuanto la pendiente se acentuó, Lampra y Sósipa empezaron a resollar y se quedaron atrás. Nerea se compadeció de ellas, llamó a Tratto y le pidió la cesta que llevaban para almorzar, de la que sacó dos manzanas y un racimo de uvas. Ellas le dieron las gracias y se comieron la fruta con tal ansia que a Nerea se le hizo un nudo en la garganta.

—Tomad, tomad —les dijo poniendo un puñado de monedas de plata en la mano de cada una.

—¿Qué haces? —le preguntó Lampra, pero no tardó un segundo en guardarse el dinero.

Fano, que pese a sus palabras sobre Nesias también tenía sus ínfulas y no quería tener nada que ver con aquellas rameras de baja estofa, tiró del brazo de Nerea para que acelerara el paso. Mientras se alejaba, Nerea prometió que les enviaría comida y más dinero, pues en aquel momento no se

le ocurrió pensar en lo difícil que le resultaría volver a encontrarlas en una ciudad como Corinto.

Delante del templo había una explanada en la que se alzaba el altar. Con ayuda de Tratto, lograron abrirse paso entre la muchedumbre hasta llegar casi a la primera fila. Era ya la hora en que se llena el ágora y el sol calentaba con fuerza, aunque en aquellas alturas se levantaba de cuando en cuando una racha de viento que traía humedad del mar cercano. Nerea aprovechó que Nesias miraba a otra parte para descubrirse, levantó los ojos y miró al sol. Como le solía suceder de niña, la luz directa la hizo estornudar.

—¡Zeus! —dijo Fano.

—Gracias —contestó Nerea.

—¿Tú eres Nerea, de la casa de Mírrina?

Nerea se volvió a la derecha. Quien se había dirigido a ella era una mujer alta y de anchos hombros, vestida con un peplo dórico y un manto blanco.

—Soy yo. ¿Quién eres tú?

La mujer se acercó más y le susurró al oído:

—Debes acompañarme al templo. Es la voluntad de la diosa.

Nerea le dijo que no podía, pues no era una mujer libre y aquel día se hallaba bajo la vigilancia de Tratto. La desconocida llamó al gigante tracio, le dijo que se llamaba Sambatus, que era sacerdotisa del templo de Afrodita y que se iba a llevar a Nerea. No le pasaría nada, aseguró, y en breve estaría de vuelta. Fuera por la mirada casi hipnótica de aquella mujer o por influencia de la propia diosa, Tratto se limitó a mostrar su aquiescencia inclinando la barbilla.

Sambatus se abrió paso entre la multitud como un cuchillo, seguida por Nerea. El templo estaba encaramado sobre un basamento de escaleras talladas en la piedra del propio monte. Antes de llegar a ellas, Nerea se detuvo y levantó la mirada. Seis columnas de mármol se alzaban, como árboles gigantescos y severos, para sustentar un techado de tales proporciones que Nerea temió que se derrumbara sobre ella de un momento a otro.

—Nunca había visto algo tan grande —confesó.

Sambatus era una mujer impaciente y de rasgos duros, pero la ingenuidad de Nerea la hizo sonreír. Aquel templo no era ni mucho menos tan grande, le dijo, aunque entendía que impresionara a una muchacha criada entre cabras y que llevaba años encerrada en una casa. Nerea, mientras señalaba las estatuas de vivos colores que parecían representar una escena en el espacio triangular que se abría por encima de las columnas, le preguntó a la sacerdotisa qué estaban haciendo. Las esculturas del frontón, respondió Sambatus, representaban el nacimiento de Afrodita. Era ella la diosa que se hallaba en el centro, con los pies descalzos, sobre una enorme venera y vestida con una túnica que se pegaba a su cuerpo tras haber salido de las aguas del mar. A su izquierda estaba el viento Céfiro, que la impulsaba hacia las costas de Citera (aunque la mayoría de la gente, ignorante, sostenía que la primera tierra firme donde puso los pies fue Chipre), y a su derecha las Horas, preparadas para engalanarla con todas sus gracias y enviarla hacia el Olimpo. Muchas otras figuras rellenaban el frontón, más pequeñas conforme se acercaban a los ángulos externos, pero Sambatus no tenía tiempo para explicarle ahora su significado.

Las grandes hojas de madera de roble que daban paso al vestíbulo estaban abiertas, aunque al templo sólo entraban las sacerdotisas y hieródulas encargadas del culto de la diosa. Tras cruzar el pronaos, pasaron a la nave principal, que estaba rodeada por otra columnata. Un servidor cerró tras ellas. Al oír el portazo, Nerea se encontró de súbito en otro mundo. Allí dentro la temperatura era más baja. Sus pezones se contrajeron de frío, pues Nerea no llevaba ni necesitaba la banda que otras mujeres vestían bajo el quitón para sujetar los pechos. A izquierda y derecha ardían sendas hileras de antorchas; sus llamas rojizas invocaban sombras huidizas en aquel bosque de piedra callada. Aquella penumbra casi se agradecía tras la reverberación del sol en la piedra. El jolgorio del exterior había quedado enmudecido al cerrarse la puerta, y allí sólo las pisadas de las sandalias de madera profanaban el silencio.

Al final de la gran sala había otra puerta más pequeña.

Sambatus la abrió y le dijo a Nerea que siguiera adelante.

—¿Tú no entras conmigo?

—Sólo tú debes pasar al *ádytos*.

Nerea pasó un pie sobre el umbral, pero vaciló antes de seguir. Impaciente, Sambatus la empujó y cerró la puerta tras ella. Al oír cómo bajaba el cerrojo, el pánico la invadió. Se encontraba en una estancia sumida en la negrura cuya extensión ignoraba. Se dio la vuelta y aporreó la puerta, suplicando que la dejaran salir, pero fue en vano. Sin obtener respuesta, se sentó con la espalda contra la pared, se abrazó las rodillas y cerró los ojos, tratando de imaginar que estaba de nuevo en su playa y que su amante secreto la llevaba de la mano por aquellas arenas blancas.

El silencio y la oscuridad eran tan profundos que no tardó en quedarse dormida. Soñó con imágenes confusas de su infancia, en las que personajes de la aldea se juntaban con habitantes de la casa de Mírrina en una despreocupada mezcolanza. Entonces una mano apretó su hombro y la despertó.

Nerea levantó la mirada. Dos antorchas se habían encendido, y su luz permitía apreciar que se hallaba en una sala cuadrada de unos veinte pies de lado. En la pared contraria a la puerta se levantaba la estatua de madera de la diosa, pintada y cubierta con un peplo. Pero delante de ella había alguien más, una mujer de carne y hueso. Nerea se levantó y examinó a aquella desconocida, que era casi un palmo más alta que ella. Vestía una túnica de gasa que caía sobre su cuerpo como la niebla en la montaña, ceñida por debajo de los pechos por una cinta brillante. Tenía los cabellos largos, del mismo color que el sol un segundo antes de hundirse en el mar. Sus ojos eran verdes y sufrían de un ligero estrabismo que volvía más enigmática su mirada. Emanaba de ella un intenso olor, como si dentro de su cuerpo ardieran todo tipo de esencias e inciensos.

—¿Quién eres, señora? —preguntó Nerea.

—Viste fornicar a Pan. ¿Sabes lo que les pasa a quienes presencian la cópula de las criaturas sagradas?

—Yo no quise ver nada, señora —respondió Nerea

mientras el temor le erizaba el vello de todo el cuerpo.

—Sé que sigues asomándote a escondidas para presenciar el misterio de mi acto —prosiguió la mujer—. La mirada acarrea poder, pero tiene sus consecuencias. Una vez, un hombre llamado Tiresias vio dos dragones de la tierra apareándose. Al verse sorprendida en la cópula, la hembra se abalanzó sobre el intruso y abrió las fauces dispuesta a incinerarlo con su llamarada. Pero Tiresias le clavó el bastón en la garganta, el fuego estalló en el interior de la dragona y la abrasó. Por este delito, la madre Tierra castigó a Tiresias convirtiéndolo en mujer. Lejos de sufrir por ello, el muy bandido se dedicó a la prostitución y llegó a ser una de las putas más afamadas de su época, más lasciva incluso que tu ama Mírrina. Pasó siete años fornicando por todas las tierras de Grecia y parte de las bárbaras, y no hubo *posthe* que se le resistiera. Mas, transcurrido ese plazo, se encontró por azar en el mismo paraje donde, también por casualidad (o eso creyó él, pues así de ingenuos sois los mortales), presenció el mismo espectáculo. Esta vez fue el dragón macho quien le atacó y quien resultó muerto por su bastón, y al momento Tiresias recobró su forma de hombre. Y tal vez fue entonces cuando recibió su verdadero castigo, pues jamás volvió a gozar de tal placer como había conocido en su cuerpo femenino.

»Pues las mujeres gozan del sexo mucho más que los hombres, ya que ellos tienen poco más que su torpe pene para disfrutar del amor, y en cambio en nosotras cada rincón de nuestra piel puede ser una fuente de placer. En una ocasión, Hera discutía con su marido Zeus y sostenía lo contrario a sabiendas de que estaba mintiendo, sólo por el placer de negar la verdad. Pero Zeus, que aunque varón es sabio, llamó como experto a Tiresias y le pidió que, puesto que había sido hombre y mujer, confirmase cuál de ambos sexos lleva las de ganar en el lecho. Tiresias contestó que si el placer se divide en diez porciones, tan sólo una de ellas va a parar al hombre, y las otras nueve las recibe la mujer. Hera, que siempre tuvo mal perder, lo dejó ciego en venganza. Pero el padre Zeus lo recompensó otorgándole el don de la

profecía y una larga vida que abarcó siete generaciones de hombres, una por cada año que había pasado disfrutando en un cuerpo de mujer.

»Ahora bien, Nerea, tú, que viste fornicar al gran Pan, ¿qué te daremos a ti, una recompensa o un castigo?

Nerea cayó de rodillas y agachó la mirada. Comprendió que se hallaba ante un numen, una potencia del Olimpo que sin duda había bajado del cielo para vengar aquel antiguo sacrilegio.

—¡Perdóname, señora! ¡Yo sólo te sirvo a ti!

La mujer le puso la mano en la barbilla y, con una caricia, le dijo que se levantara.

—No temas, Nerea. Tú naciste con un don. Tu belleza complace a los dioses, así que no serás destruida ni castigada a pesar de lo que viste. Tendrás el destino que merecen aquellos a quienes los dioses aman. Pero a cambio me harás un servicio cuando llegue el momento.

—¡Ordéname y te obedeceré, señora!

—Por un falso respeto, los escultores me representan en sus imágenes vestida con túnicas y mantos. Ellos temen mi secreto. He aquí cómo soy y cómo quiero que se me vea.

La mujer soltó los broches de su túnica, dejó caer el ceñidor y se quedó desnuda delante de Nerea. Su piel alabastrina brillaba con una luz interior. El peso vencía ligeramente sus pechos, aunque los pezones se erguían puntiagudos y desafiantes. Entre las caderas rotundas lucía un delta de vello rojizo y tupido. Al quitarse la ropa, el aroma almizclado de su cuerpo emanó aún más intenso. Nerea pensó que aquel olor no entraba por la nariz, sino por el sexo, y notó cómo el suyo empezaba a chorrear. La mujer dio un paso al frente y al hacerlo sus senos se balancearon; Nerea se descubrió imaginando qué dulces sabrían bajo sus labios. En ese momento sintió un revoloteo a su espalda, como el de un abanico, y unos dedos traviesos le soltaron los nudos del quitón. La túnica se le deslizó hasta los tobillos y quedó desnuda, salvo por la redecilla que le recogía el pelo y la ajorca que rodeaba su tobillo. Giró un poco el cuello y vio tras de sí a un niño, una criatura que no podía tener más de

tres o cuatro años y que flotaba en el aire merced a unas alitas blancas que se agitaban rápidas como las de una mariposa. Sin embargo, sus ojos azules la miraban chispeantes como los de un anciano pícaro.

—Voy a otorgarte mis dones, Nerea —le dijo la mujer aproximándose otro paso—. Para que todos los puntos de tu cuerpo conserven su belleza y te proporcionen un placer inagotable, debo tocarlos. No tengas miedo.

La mujer dio un paso más. Estaba ya tan cerca que Nerea podía ver sus pupilas dilatadas de deseo. *Yo soy el deseo*, le decían aquellos ojos turbios. Su aliento olía a sándalo y almizcle y se mezclaba con el aroma intenso de su sexo, que subía en profundas vaharadas. La mujer le rozó la cara, los labios, los párpados, y luego la nuca, que gracias a la redecilla que recogía el cabello estaba libre para ser acariciada. Todo lo que podía erguirse en el cuerpo de Nerea se irguió, todo lo que podía abrirse se abrió, todo lo que podía humedecerse se humedeció. Cada uno de aquellos dedos tenía vida propia. De sus yemas brotaba una vibración diminuta como el zumbido de una abeja, y un calor que se expandía corría en oleadas por la espina dorsal de Nerea y bajaba hasta provocarle escalofríos en la punta de los pies. Las manos de la mujer siguieron su sendero descendente, la sensación se hizo más penetrante. Nerea cerró los ojos y empezó a escuchar sus propios gemidos. Tuvo la ilusión de que un amante le acariciaba el pubis, pero al abrirlos se dio cuenta de que las caricias aún no habían pasado de las clavículas y todavía faltaba un mundo para llegar al vientre. Los dedos de la mujer empezaron a rodear sus pechos dibujando espirales, y cuando por fin llegaron a los pezones de Nerea, la asaltó el primer orgasmo.

—Para, por favor. ¡Para, para!

—¿De verdad lo deseas?

—No, sí… No, no, no… ¡Sigue, te lo suplico, sigue!

Nerea no quería ni pensar qué sucedería cuando aquellas manos llegaran más abajo. Cuando le acariciaron el vientre, sintió que las entrañas se le relajaban. Temió que la vejiga se le vaciara allí mismo y pensó que se moriría de vergüenza,

pero no le llegó a ocurrir. La mujer había frenado sus caricias. Nerea cerró los ojos y sintió cómo aquella tibia presencia pasaba junto a su costado y luego se apretaba contra su espalda. Los pezones de la mujer se le clavaron entre los hombros. Eran duros como pequeños cuernos y quemaban un poco. Los dedos aletearon en sus nalgas. Uno de ellos descendió travieso por el surco que las separaba y jugueteó con la abertura secreta. Nerea jadeaba, temiéndose un nuevo orgasmo. Entonces notó un cosquilleo en el sexo y, pese al miedo que sentía, se le escapó una carcajada. Al abrir los ojos vio que el geniecillo alado revoloteaba a media altura frente a ella, y de su cabecita infantil había brotado una lengua larga y fina como un estilete que le buscaba el vientre.

—¡No hagas eso! —le regañó la mujer—. Debes provocar el deseo, no sentirlo tú.

—¡Pero madre —contestó la criatura con voz atiplada—, yo también soy un dios! Si ella es la amada de los dioses, también yo tengo el privilegio de amarla.

—Que sea como quieras —se rió la mujer.

Entonces la cogió por las axilas y la levantó en vilo. Nerea se encontró colgando de puntillas, con el cuerpo arqueado e indefenso. La mujer cruzó sus manos para tocarle los pechos y le clavó los dientes en la nuca. Mientras, la criatura alada agarró a Nerea por las caderas con sus manitas y empezó a libarle el sexo con aquella finísima lengua que se movía a una velocidad imposible. Nerea empezó a gritar y trató de librarse de aquella pareja demoníaca, pero incluso el niño era demasiado fuerte para ella. El placer le recorrió el cuerpo en mareas que subían y bajaban de la cabeza a los pies, tan dolorosas que no las podía soportar. Tuvo un orgasmo, y otro, y otro más, y perdió la cuenta, y de su sexo brotó un chorro de líquido que bañó el rostro del crío; pero él siguió libando insaciable. «Por favor, no, dejadme, me quiero morir, me muero», gritó mientras sentía que todos los huesos de su cuerpo se convertían en pulpa.

Se despertó tirada sobre las baldosas del *ádytos*, desnuda y

con la túnica puesta y arrebujada contra el vientre. Su cuerpo se agitaba presa de violentos temblores. Una sacerdotisa a la que no conocía la ayudó a levantarse y a vestirse.

—Sambatus, ¿dónde está Sambatus? —preguntó.

—No conozco a ninguna Sambatus —contestó la sacerdotisa tocándole la frente—. Estás ardiendo. Ven, te sacaré de aquí.

Nerea apenas se tenía de pie. Le ardía el cuerpo y a la vez sentía un frío que se le había calado en sus huesos. Con los escalofríos, la espalda se le había encogido y todos los músculos le dolían por la tensión. La sacerdotisa sola no podía con ella, de modo que pidió la ayuda de una hieródula y entre ambas la llevaron hasta la puerta del vestíbulo. Allí se desplomó Nerea y ya no hubo forma de levantarla.

Durante días Nerea permaneció en cama, consumida por la fiebre. Aunque a veces parecía despertar y bebía algo del caldo que le traían Crisis o la vieja Gorgo, no contestaba cuando le hablaban y su mirada andaba extraviada. A ratos deliraba y hablaba en sueños, llamaba a sus padres, le pedía perdón al dios-cabra y prometía a la diosa que la obedecería. Mírrina meneaba la cabeza, sin comprender nada; tan sólo pensaba en el dinero que estaba dejando de ganar, y aún más en el que perdería si Nerea llegaba a morir. Pero ella misma ayudaba a limpiarla y le mojaba la frente con un paño fresco, pues en cierta manera aquella muchacha delgada y de sexo ardiente era para ella como una hija.

Diez días después de su visita al templo, Nerea despertó y se levantó de la cama, desorientada. En la alcoba reinaba un olor ácido y pegajoso, como si no la hubieran ventilado en mucho tiempo. Se levantó, abrió el postigo y respiró hondo. En ese momento Crisis entró en la estancia con una palangana para lavarla, y al verla de pie y desnuda dio un grito.

—¿Qué te pasa? —preguntó Nerea.

Crisis dejó la palangana en el suelo y la contempló con incredulidad.

—¿Es que tengo algo raro?

—¡Mírate en el espejo, Nerea! ¡Mírate, por favor!

Nerea se asustó. ¿Tanto había adelgazado? ¿Se le habría arrugado el rostro como una manzana podrida? ¿O le habría encanecido el cabello, como les sucede a aquellos a los que se les aparecen los espíritus de los muertos? Con pasos tímidos se acercó al espejo. La placa de metal apuntaba hacia el techo. Nerea la giró muy despacio hasta que le mostró su rostro.

Era ella misma, y sin embargo algo había cambiado. Sus ojos relucían con un brillo nuevo, eran pequeños mares en los que se reflejara una luna diurna. Los labios se veían más carnosos, las mejillas más llenas. Se tocó la cara con los dedos. No recordaba tener el cutis tan suave. Las propias manos no parecían las mismas. Era como si nunca hubiese tenido callos, como si jamás se hubiese cuarteado una uña trepando por el acantilado o guiando a las cabras a pedradas. Se volvió para mirar a Crisis, que seguía boquiabierta, y la vio más baja de lo que la recordaba. Se miró los pies, contempló su propio cuerpo. Su piel insinuaba un brillo interior; pensó que si volvía a cerrar el postigo y también la puerta, reluciría en la oscuridad. Se rozó los pechos y las puntas se irguieron al momento, enviándole un latigazo de placer más intenso de lo que recordaba.

—¿Qué me ha pasado?

—Has estado muchos días con fiebre. Hemos ofrecido sacrificios a Asclepio por tu salud, Nerea. Temíamos por tu vida.

Nerea movió el espejo arriba y abajo y se giró para contemplarlo todo: espalda, nalgas, caderas, piernas. De niña ya le había ocurrido que tras una fiebre prolongada había dado un estirón. Pero ahora, en vez de adelgazar, su cuerpo se había llenado y, con apenas quince años, era el de una mujer casi perfecta.

En el baño, Nerea se dio cuenta de que su piel era más sensible de lo que nunca lo había sido. Cuando Crisis le pasó el rascador por los hombros, Nerea se puso en cuclillas en la bañera y, como una gran gata, arqueó la espalda para que se

la frotara. Los dedos de la esclava corrieron solos a acariciar el surco de su columna, que se veía casi tan marcado y apetitoso como el de las nalgas.

—Estás bellísima, Nerea —confesó Crisis con voz jadeante.

Nerea se arqueó un poco más y ofreció el culo para que Crisis siguiera frotando. Pero la esclava se había olvidado del rascador y acarició con los dedos esa fruta que se le ofrecía jugosa. En ese momento entró Mírrina, y Crisis se apartó turbada.

—¿Cómo se te ha ocurrido bajar a…? —Y entonces reparó en el cambio sufrido por Nerea—. ¡Potnia Hera!

Mírrina escupió a un lado para alejar el mal, pues pensó que allí sin duda había un maleficio, un engaño de los dioses. La belleza de Nerea parecía una trampa demoníaca: ella misma, que jamás había deseado a una mujer, sufría un deseo casi irreprimible de acariciarla y besarla. Mandó fuera a Crisis y ordenó a Nerea que saliera de la bañera. Mientras la secaba y la ungía, se dedicó a examinar cada palmo de su cuerpo y no dejó de jurar por todos los dioses. Su vulva humedecida la incitaba a besar aquella piel, pero su mente práctica, más poderosa, le susurraba que allí había una mina de oro. Había llegado el momento de empezar a convertir a Nerea en cortesana. Pero antes tendría que enseñarle algunas habilidades más.

Unas noches después, Mírrina hizo llamar a Nerea. La muchacha se presentó en los aposentos de la meretriz descalza, sin maquillar y con el pelo suelto, vestida tan sólo con una túnica muy ligera. Para su sorpresa, descubrió que Mírrina estaba acompañada. El hombretón recostado en el triclinio no era otro que Pasión, el pirata, que al verla entrar se puso en pie y la saludó con un gesto de genuina sorpresa.

—¡Por el perro! —exclamó guiñando su único ojo—. ¡Así que ésta es la niña a la que recogimos en aquella isla de mala muerte!

A Nerea no le agradó el comentario, pero agachó la

cabeza y miró al pirata a través de sus largas pestañas, con un gesto que, bien lo sabía, surtía un efecto devastador.

Frente a la pareja, sobre dos veladores de mármol y hierro forjado, había un surtido de manjares. Sin embargo, a aquel pequeño banquete tan sólo asistían dos comensales, Mírrina y Pasión.

—Esta noche nos servirás tú el vino, Nerea.

—Sí, madre.

Dos pebeteros perfumaban la estancia con hierbas aromáticas mientras, al fondo, Sosibia, tan inexpresiva y ausente como un mueble más, tocaba una cadenciosa melodía frigia. Nerea tomó una jarra y la llenó en una gran crátera decorada con escenas de sátiros y ninfas que, por supuesto, fornicaban por todos los rincones que les ofrecía el ánfora. Después se acercó a la mesa y escanció las copas. Cuando se inclinó sobre Pasión, éste la olisqueó dilatando los ollares como un animal de presa.

—Cuéntanos cosas del ancho mundo, Pasión —pidió Mírrina—. Es conveniente que Nerea se desasne un poco si queremos que pueda dar conversación a nobles amigos, ¿no crees?

El ancho mundo, explicó Pasión, andaba tan mal como siempre, así que él procuraba robarle todo lo que podía mientras le quedara vida en el cuerpo. Atenas y Esparta seguían en paz, pero había muchos notables en ambas ciudades que intrigaban para provocar la guerra. De entre todos aquellos aventureros, el más ambicioso era Alcibíades, un noble ateniense de gran talento y pocos escrúpulos. En el breve tiempo que llevaba en política, se las había arreglado para conspirar contra Esparta, pese a que su familia estaba unida a aquella ciudad por antiguos vínculos de hospitalidad, y también para organizar por su cuenta una poderosa coalición de ciudades del Peloponeso.

—La coalición llegó a plantar cara a los espartanos en campo abierto, en Mantinea. Esos melenudos con aliento a cebolla lograron vencer en el último momento, pero estuvieron a punto de ser aniquilados. Ya sé que los espartanos son aliados de Corinto, pero no me habría

importado verlos morder el polvo por una vez. ¡No los soporto! Alcibíades lo planeó todo para salir airoso: si los hubiera derrotado, le habrían atribuido todo el mérito a él y ahora sería el amo de Grecia. En cambio, a pesar de su fracaso nadie lo ha culpado, como si los responsables de aquella batalla hubieran sido los aliados peloponesios y no él.

Nerea observó un extraño gesto en Mírrina cuando oyó el nombre de Alcibíades. Se imaginó que conocía a aquel hombre, y que sin duda era uno de sus amantes. Por alguna razón, el personaje despertó su curiosidad.

—¡Es un demonio! —insistió Pasión—. Se dice que ha dilapidado toda su fortuna, y sin embargo ha sido capaz de presentar siete carros a las Olimpiadas. ¿A quién habrá engañado para que le preste tanto dinero? Con siete carros no es extraño que haya conseguido los tres primeros puestos. ¡Jamás había ocurrido algo así!

Por fin, Nerea se atrevió a preguntar quién era ese tal Alcibíades. Mírrina soltó una carcajada.

—¡El mayor sinvergüenza de Grecia! Por lo que cuentan por ahí —añadió, haciendo hincapié en que no era ella quien lo afirmaba—, todas las atenienses, decentes o no, se mueren por llevárselo a la cama, mientras que los hombres matarían por ser como él.

—¡Y también por acostarse con él, los muy bardajes! —subrayó Pasión—. En fin, un hombre que le corta la cola a su perro de raza para que le critiquen por esa majadería y no por algo peor, merece todos mis respetos. ¡Por Alcibíades!

—Puedes beber tú también, Nerea —dijo Mírrina—. Pero no brindes por Alcibíades: es mejor que nunca conozcas a un hombre así —añadió con una mirada enigmática.

Entre noticias del mundo exterior, chismes e historias picantes, las viandas fueron desapareciendo de la mesa, para acabar casi todas en la generosa panza de Pasión. Nerea tuvo que acudir a la crátera más de tres y de cuatro veces para rellenar la jarra. Ella misma bebió lo justo para que se le encendieran las mejillas. Cada vez que le escanciaba vino al pirata, se agachaba más, hasta que Pasión, medio borracho, estalló:

—¡Muchacha, si sigues enseñándome esas tetas que los dioses te han dado, no respondo de mí!

—¿Ahora te gustan más las chicas con pecho de efebo que las mujeres de verdad? —protestó Mírrina agarrándose sus propios senos para realzar aún más el escote.

Pasión le dio un azote a Nerea, y luego apretó los dedos en las nalgas y los movió con fuerza para comprobar cómo se agitaban. La muchacha procuró no inmutarse, aunque el dedo corazón del pirata escarbaba entre sus piernas como una lombriz traviesa.

—Sólo estaba alabando a tu pupila. Eres una magnífica anfitriona, Mírrina.

—No sabes hasta qué punto tienes razón.

Mírrina se levantó del triclinio con cierto trabajo, porque había comido bien y no había bebido mal, y se llevó a Nerea a un rincón. Ahora, le dijo, iba a explicarle por qué la había hecho venir.

—Voy a enseñarte otro de los trucos con los que volverás locos a los hombres. Pero debes utilizarlo muy de vez en cuando y siempre a capricho, para que ellos no sepan nunca a qué atenerse. Ven.

Mírrina se acercó a Pasión por los pies del triclinio. El pirata se giró, intrigado, pero no soltó la copa de vino. Sin ningún pudor, Mírrina le subió el quitón hasta la cintura y lo dejó medio desnudo. El miembro del pirata era grueso como una salchicha, y en cuanto se vio al aire libre y delante de dos damas, empezó a desperezarse y a crecer hasta unas dimensiones más que respetables.

—No hay nada que excite más a un hombre que una buena mamada —explicó Mírrina—. Las mujeres de Lesbos tienen mucha fama por sus labios, pero voy a demostrarte que algunas corintias tampoco lo hacemos del todo mal.

Nerea sintió un escalofrío, pero procuró no poner cara de asco. Mírrina agarró el miembro del pirata con la mano derecha, se inclinó sobre él y le explicó a Nerea lo que debía hacer. En primer lugar era necesario cubrirse los dientes con los labios, para no morder esa zona tan delicada. Se lo mostró ella misma y luego se metió la *posthe* de Pasión en la boca.

Primero se tragó la punta, y luego bajó un poco, hasta casi la mitad del pene, para volver a subir enseguida. Repitió aquella operación unas cuantas veces y luego se apartó un poco para seguir hablando.

—Esto gusta a los hombres, aunque es un placer muy suave. ¿Ves como ya se le ha puesto más dura? Pero ese placer hay que refinarlo.

Mírrina sacó la lengua, que se veía cárdena por el vino, la apoyó en la base del miembro y subió dando un largo lametón hasta la punta. Una vez llegada allí, bajó el prepucio con la mano y se dedicó a trazar círculos alrededor del glande. Pasión resopló y suspiró, pero no dijo nada. Mírrina siguió dando explicaciones sin dejar de chupetear. En el frenillo había que apretar bien, pues era una de las bases del placer, y allí clavó la punta de la lengua y lamió con ansia. Se podía hacer con y sin manos, añadió, y también hizo una demostración práctica. Primero cogió los testículos con una mano y la base del pene con otra, mientras seguía chupando. Después apoyó las manos en el triclinio y utilizó tan sólo la cabeza y la fuerza de su cuello para subir y bajar. La polla de Pasión abultaba ya tanto que los labios de Mírrina se veían tirantes, y cada vez que se la introducía en la boca se marcaba su bulto en sus mejillas. También había que dedicarse a los huevos, prosiguió la meretriz, mientras masturbaba a Pasión con la mano derecha y le daba lengüetazos en los testículos. Por fin se enderezó y le dijo a Nerea:

—Te toca a ti. Vamos.

Nerea tragó saliva y se agachó. Estaba convencida de que se iba a ahogar. Tenía tan cerca el grueso glande de Pasión que sin querer se puso bizca para verlo. Adelante, se dijo, cerró los ojos, abrió la boca y se lo metió.

Mírrina fue dándole instrucciones que ella siguió con la mayor precisión posible. El sabor del pene no era tan repugnante como se había imaginado: cálido, vagamente dulce, extraño. Pasión se había bañado antes de cenar y aún quedaban restos de aceites aromáticos en su miembro, así como el regusto ácido de la saliva de la propia Mírrina. Nerea

descubrió para su sorpresa que le gustaba imitar a las famosas mujeres de Lesbos. Su boca era mucho más sensible que su vagina. En ésta, el pene era una presencia interna, una presión difusa que se sentía hacia las paredes en la primera parte del recorrido, y tan sólo al final si el hombre estaba muy bien dotado y su miembro llegaba hasta el fondo. En la boca, en cambio, Nerea descubrió que podía explorar todo el relieve del falo con la punta y el dorso de la lengua, con los labios, la parte interna de los carrillos, el paladar, incluso con los dientes si los utilizaba con cuidado. Los granitos de la base, la gruesa vena en forma de letra *phi*, sus afluentes, los repliegues del prepucio que subían y bajaban encajándose con sus labios, el delicado corrugado del glande, la ranura que coronaba la punta… Pasión, que lo más que podía sentir era el tacto de su mano encallecida al hacerse una paja, jamás alcanzaría ese contacto tan íntimo con su propio cuerpo. Ah, si le pudiera revelar a aquel hombre los secretos del arma que llevaba entre las piernas. Era un animal magnífico, algo que ni él mismo se merecía. Pero no sería Nerea quien se lo explicara, ni a él ni a nadie: no, la polla de aquel hombre, de cualquier otro, era más aliada de ella que de él. Era el ariete con el que derribar la puerta, el caballo de Troya con el que rendir la fortaleza. En ese momento le pertenecía a ella más que a Pasión; y cuando terminara de chupársela, el pirata llevaría siempre algo de Nerea colgando entre sus piernas.

Mientras Sosibia seguía tocando la lira (excitada o no por el espectáculo, era imposible saberlo), Mírrina bebía, observaba e insistía en sus consejos. Pero Nerea ya no la escuchaba. Probó de todas las formas posibles: sin manos, con una mano, con las dos. Se tragó la polla de Pasión hasta que la punta le llegó al paladar y le entraron arcadas. Dejó caer un hilo de saliva, formando un puente líquido y blanquecino entre su boca y el glande del pirata, y luego utilizó esa saliva para lubricar todo el capullo y frotarlo con la mano. Subió por todo el pene trazando espirales, círculos concéntricos, apretando entre la lengua y el labio superior y luego utilizando el inferior. Por fin, llegó un momento en que

sintió que la polla de Pasión hervía, como un volcán a punto de estallar. La vena se hinchó y algo empezó a borbotear en lo más profundo. «No te apartes», le dijo Mírrina, y el propio Pasión agarró su cabeza con las manos para acelerar sus movimientos. Pero Nerea no tenía ninguna intención de apartarse. Aquellos embates que tan bien conocía su vagina los sentía ahora contra sus labios. Una sacudida fuerte, como un lanzazo, y algo caliente y amargo saltó contra su paladar. Pero Nerea siguió chupando y chupando, mientras el pirata eyaculaba. Nerea entreabrió los labios, y el semen, que rebosaba de su boca, goteó por la base del pene. Por fin, el pirata tiró de la cabeza de Nerea para arriba.

—Ten piedad de mí, muchacha. Me vas a matar.

Nerea se pasó la mano por la barbilla, y luego observó el líquido pringoso que se le había quedado en la palma de la mano. Cuando Fano le había hablado de *aquello*, Nerea pensó que vomitaría y se moriría antes de hacerlo. Ahora, más bien se moría de ganas de repetir la experiencia. Aunque a ella nadie le había acariciado el sexo, los labios le palpitaban y tenía la entrada de la vagina apretada como si un pene fantasmal la hubiera penetrado.

«Antes este hombre tuvo poder sobre mi vida y mi muerte», se dijo. «Cómo han cambiado las cosas».

Pese al consejo de Mírrina, durante los primeros tiempos Nerea se aplicó al sexo oral con el mismo entusiasmo con el que se había iniciado en los misterios del coito. Era una nueva forma de conocimiento y de poder, pero también de placer. Sabía que cuando se arrodillaba desnuda ante los hombres, éstos creían dominarla, pero no era más que una ilusión. Llevándolos al orgasmo al ritmo que sólo ella imponía, se sentía como la diosa del amor, como la madre Tierra, como las tres diosas del destino, Cloto, Láquesis y Átropos en una sola lengua.

—No había sentido tanto placer en mi vida —reconoció el ateniense Éuporos una noche mientras Nerea escupía su semen en una palangana—. Si alguna vez vas a Atenas, te

llevaré a Eleusis para que te inicies en los Misterios.

Nerea había oído hablar de aquel extraño ritual, pero quiso saber por qué Éuporos, que ya era un iniciado, quería compartirlo con ella.

—Muy sencillo, mi bellísima y depravada lesbia: cuando yo muera y me presente ante los jueces del infierno, les diré las palabras secretas para que sepan que soy un iniciado en los Misterios de Core y Deméter. Entonces me llevarán a un jardín privilegiado que tenemos reservado en el Hades. Allí seré un muerto más feliz que los demás, pero…

—Pero ¿qué? —preguntó Nerea poniendo los brazos en jarras.

—¡Echaré de menos tus mamadas!

Por toda la ciudad se hacían lenguas de la belleza de aquella muchacha de ojos azules y rostro candoroso que follaba como una amazona y la chupaba como una lamia. Los magnates más ricos de Corinto y los visitantes más ilustres acudían a aquel exquisito burdel y se empeñaban en añadir a la tarifa (cada vez más alta) regalos para la propia Nerea. Mírrina se decidió por fin a invitarla a los simposios que se celebraban en el gran comedor. La muchacha, vestida como una princesa, se recostaba en el triclinio y bebía vino a sorbitos de pájaro, apretando los labios como un diminuto corazón en un gesto desdeñoso y a la vez provocador. Mientras las flautistas pasaban entre los clientes con túnicas tan cortas que cuando se agachaban dejaban al descubierto las nalgas y los labios depilados, y se llevaban pellizcos y palmadas y algún que otro beso, nadie se atrevía a ponerle un dedo encima a Nerea. Si alguno compartía su copa y conseguía posar los labios en el mismo lugar que habían rozado los de ella, se consideraba el más afortunado de los hombres. Cuando la fiesta avanzaba y el vino causaba estragos, Mírrina le hacía un gesto a la muchacha para que empezara a repartir sonrisas y miradas y dejara de mostrarse distante. Entonces se solía jugar al cótabo, y el premio que exigía el ganador, aquel que mejor atinaba en el blanco con los posos que quedaban en la copa, era siempre un beso de Nerea. Después, la muchacha solía retirarse. A veces dormía

sola, aunque después de contener su excitación en la fiesta le era imposible conciliar el sueño sin masturbarse una o dos veces. Pero en otras ocasiones, una esclava, casi siempre Crisis, bajaba al salón, se acercaba a un comensal, no siempre al más rico ni al más agraciado, y le susurraba al oído que la señora Nerea le aguardaba en su alcoba.

La cortesana Nesias seguía acudiendo a esos banquetes, pero la única manera que tenía de captar la atención de los demás era esperar a que Nerea se retirara o, a cambio, comportarse como lo que pretendía no ser, una auténtica puta. Entrecerraba los ojos y trataba de destilar entre las pestañas el odio que sentía por su rival, pero ella le contestaba con dulcísimas sonrisas. Meditando cómo vengarse, Nesias se dedicó a leer de todo un poco y tomó como amante a un sofista de segunda fila. Después, durante el simposio, opinaba de poesía, de política, de filosofía, de lo divino y de lo humano. Nerea se mantenía en silencio y tan sólo sonreía por encima de su copa. En el momento en que con más brillantez disertaba Nesias, ella se las arreglaba para capturar las miradas de los comensales. Sabía hacerlo a la perfección. Primero observaba a un hombre durante un rato, hasta asegurarse de que él se daba cuenta. Después, cuando su víctima giraba el cuello, Nerea agachaba la cabeza, aguantaba un par de segundos la mirada a través de las pestañas y por fin la apartaba revoloteando los párpados como un pajarillo asustado. Como el vino siempre le ponía un punto de rubor en las mejillas, le era más fácil fingir timidez. Al final de la velada, todos los invitados estaban convencidos de que habían seducido a Nerea.

Como era de esperar dada su edad, Nerea se volvió engreída. El primer candor empezó a desvanecerse. A veces, el placer de dominar al hombre superaba el goce del cuerpo. De vez en cuando dejaba a un amante a mitad de la erección o se la chupaba hasta que lo notaba a punto de eyacular y entonces lo mandaba fuera con cualquier excusa. Dolores de cabeza, náuseas, aburrimiento, ataques de moralidad, todo valía.

Lo extraño era que jamás se sentía mal, mientras que las

demás pupilas de la casa sufrían problemas de salud periódicos. A Nerea las reglas le llegaban puntuales y discretas, sin hemorragias abundantes ni grandes dolores. Nunca le brotaban llagas ni grietas en los labios. Jamás se vio forzada a tomar abortivos ni a llamar al médico Asclepíades para que introdujera agujas de metal en su matriz. Ni siquiera tenía problemas con el vello. Las demás sufrían auténticos tormentos para presentar a los hombres piernas sedosas y deltas recortados como primorosos prados, pues no sólo recurrían a la cuchilla sino también a leznas al rojo vivo que cauterizaban los brotes pilosos. Pero cuanto más se afeitaban, más híspido y vigoroso volvía a crecerles el vello. Así, Fano guardó cama durante días por culpa de unos pelos que se empeñaron en brotar hacia dentro y le causaron una infección que Asclepíades tuvo que sajar con la lanceta. En cambio, el vello de Nerea era suave como pelusa y salía más ralo y fino después de cada depilación. Llegó un momento en que Crisis dejó de afeitarle las piernas y las axilas. En cuanto al pubis, la joven esclava se lo rasuraba cada seis o siete días, y a diario se lo repasaba con una pinza, por si quedaba algún pelillo suelto que estropeara la línea perfecta que festoneaba sus labios.

—Tu piel es maravillosa, Nerea —le decía embelesada, con el rostro a un palmo escaso del *choiríon* de la muchacha —. Es un don de los dioses.

De la diosa Afrodita, pensaba Nerea, y le daba gracias a la hija de Urano por haberla bendecido con su belleza, por salvarla de tantas miserias y por despertarla aún a más placeres. Algún día tendría que pagar aquel regalo. *He aquí como soy y como quiero que se me vea*, le había dicho ella.

Pero, por favor, que no le otorgaran más dones. Que no volviera a aparecer ningún dios en su vida. El cuerpo de una mujer mortal no estaba preparado para soportar dos veces el placer de los dioses.

Una noche llegó un mendigo.

Era una noche de perros. Los cielos se habían rasgado y el

viento arrastraba cortinas de agua que azotaban las calles de Corinto. El suelo parecía hervir bajo la lluvia. Los rayos caían sobre el Acrocorinto y los truenos hacían retemblar puertas y ventanas. Mírrina le tenía pavor a las tormentas y se encerró en lo más recóndito de la casa con una jarra de vino y arrebujada en una gruesa manta. No tardó en quedarse dormida, como le sucedía cada vez con más frecuencia. En la casa se decía que, cuando se creía a resguardo de miradas, bebía vino como los bárbaros, sin mezclar, y que sólo se mantenía medio sobria cuando la visitaba Pasión, su verdadero amor.

Estalló un trueno más fuerte que los demás y todas las paredes se sacudieron como si el tridente de Poseidón hubiera taladrado la Tierra. Después llamaron a la puerta. Al principio creyeron que era un eco del trueno, pero la llamada insistía. Tratto abrió el cuarterón y se asomó. Nerea, que bajaba la escalera con una lamparilla, le preguntó quién era.

—Sólo un mendigo.

—¿«Sólo un mendigo»? —protestó desde el exterior una voz cascada—. ¡Insensato, recuerda que los mendigos vienen de parte de Zeus!

Nerea ordenó a Tratto que abriera la puerta.

—No podemos dejar a nadie ahí fuera con lo que está cayendo.

El esclavo, refunfuñando, al cabo obedeció. Al otro lado, bajo una cascada de agua, apareció el visitante. Era un anciano de barba y cabellos largos y grises, que ahora chorreaban como guedejas apelmazadas bajo un gran sombrero que debía de llevar horas calado. En la mano izquierda sostenía una escudilla de estaño, con la que había llamado a la puerta.

—Haces bien en acogerme, hermosa señora. ¿Recuerdas la fábula de Deucalión y Pirra?

—Sube conmigo, abuelo, y cuéntamela mientras tomas un caldo caliente.

En aquella época Nerea ocupaba los aposentos que pertenecieron a Nesias, pues ésta se había ido a vivir con un mercader de Cencres. Eran más amplios y lujosos que su

antigua alcoba. Ella se sentó en una silla de madera tallada, mientras Crisis, que tampoco había podido conciliar el sueño por la tormenta, le traía al viejo un tazón con caldo, pan y una copa de vino. El anciano sorbía entre sus encías desdentadas, y la esclava le lavó los pies en una palangana. Fuera, la tormenta seguía rugiendo y un río de agua caía calle abajo.

—¿Cuál es esa fábula que ibas a contarme, abuelo?

—Ah, hermosa señora, es una larga historia. Tal vez te fatigue con ella.

—Mientras siga la tormenta, me costará dormir.

Hace mucho tiempo, cuando existía la primera humanidad, empezó el mendigo, existió un rey impío llamado Licaón, que gobernaba la salvaje tierra de Arcadia. Sacrificaba niños, se bebía su sangre, y a los huéspedes los mataba para devorar su corazón y sus riñones, como si aquellos crueles ritos pudieran complacer a los dioses que moran las nublosas cumbres del Olimpo. Entonces Zeus se vistió con harapos de vagabundo y bajó a la Tierra a comprobar si en verdad Licaón era tan desalmado como se rumoreaba. El rey de Arcadia acogió al viajero en su palacio, pero en vez de ofrecerle un sabroso caldo como el que Nerea le había ofrecido al viejo, tuvo la desfachatez de presentarle a Zeus un plato en el que había guisado los despojos de uno de sus propios hijos, el infortunado Níctimo. El dios no se dejó engañar, derribó la mesa, arrojó lejos de sí aquella nauseabunda cena y transformó a Licaón y a sus hijos en lobos salvajes.

Sin embargo, Zeus no estaba satisfecho con aquel castigo, así que se dedicó a recorrer el mundo con su disfraz de mendigo para comprobar si los demás pueblos respetaban las leyes de hospitalidad que él había instituido. Viajó del Bóreas al Noto y del Céfiro al Austro, y no encontró en el ancho mundo más que codicia, lujuria, envidia y mezquindad. De algunos pueblos lo echaron a pedradas, en otros le arrojaron encima cubos de inmundicias, y los menos salvajes le quisieron cobrar monedas de oro por la comida que deberían haberle ofrecido por piedad. Zeus, cada vez más

encolerizado, meditaba en su corazón cómo destruir aquella humanidad que tan desvergonzada había salido.

Mas entonces llegó a Ptía, y allí el anciano Deucalión le ofreció la hospitalidad que ya creía olvidada. El anciano compartió su pan y su vino con él y le ofreció un lecho. Y no sólo eso (aquí el mendigo sonrió con picardía mientras le daba un sorbo a la copa de fina cerámica que Crisis le había traído). Aunque el mito que cuentan la mayoría de los griegos afirma que su esposa Pirra era anciana como él, en realidad se trataba de una mujer mucho más joven que su marido, y como él ya no era capaz de satisfacerla en la cama, se la ofreció también al vagabundo. Así que Zeus, de natural rijoso, gozó con ella y plantó en su interior innumerables semillas. Sólo después de yacer con Pirra, se reveló a Deucalión tal cual era, en toda su majestad, y le comunicó que iba a anegar la tierra para destruir la raza humana.

El rey de Ptía se postró ante él y le rogó que perdonara a los hombres. Pero Zeus no cedió. Tan sólo, dijo, tendría compasión del propio Deucalión y de su esposa. De modo que le ordenó que construyera una gran barca, y en ella se refugiaron Deucalión y Pirra cuando la lluvia arreció y cubrió casi todas las tierras salvo las montañas más elevadas. A los nueve días, las aguas remitieron y el barco se posó en el monte Parnaso. Pero cuando los esposos comprobaron que estaban solos en el mundo, rogaron a Zeus que les ayudara a repoblar la Tierra. Cuentan que les dijo que arrojaran hacia atrás los huesos de su madre, y que ellos interpretaron aquel enigmático oráculo como que debían sembrar piedras tras de sí, y de esta manera nació una nueva generación de hombres. Pero en realidad sucedió que las semillas que el poderoso miembro de Zeus había sembrado en el vientre de Pirra germinaron, y dieron lugar a una raza que, por tanto, sigue llevando la sangre del padre de los dioses.

—Así es como sabe compensar Zeus la hospitalidad de los hombres —terminó el relato el mendigo, y con una sonrisa desdentada añadió—: Y también sabrá compensarte a ti si tu hospitalidad es tan generosa como la de la noble Pirra.

Ambos estaban solos en la estancia, pues Nerea le había

dado permiso a Crisis para retirarse. La muchacha enarcó una ceja, desconfiada. ¿Qué quería decir el anciano?

—Te agradezco mucho la comida y el vino, hermosa señora. Oh, sí, has sido muy generosa. Pero hace tanto tiempo que… Oh, no, no me atrevo a pedirlo.

—¿Se puede saber qué pretendes, anciano?

—Hace tanto que estos ojos ya legañosos no ven una buena hembra desnuda… Si tú tuvieras la bondad de quitarte la túnica y enseñarme las tetas, sin duda yo podría morir en paz.

Nerea soltó una carcajada ante la desfachatez del viejo. Pero entonces percibió que algo raro flotaba en el aire, un olor picante, similar al de la tierra mojada o al hormigueo que la nariz percibe antes de la tormenta, y se calló de súbito. Los ojos del mendigo miraban anhelantes, pero también justicieros, como si la estuvieran sometiendo a una prueba imprevisible. «¿Por qué no?», se dijo Nerea, y se puso de pie. En la arbitrariedad se basaban el privilegio y el poder de la cortesana: dar nada a cambio de todo, regalar todo a cambio de nada. Se soltó los nudos del quitón y dejó caer la ropa hasta los pies. Siempre le había gustado exhibir así todo su cuerpo, pero en los últimos meses apenas había tenido ocasión de hacerlo porque ya no era una vulgar puta, sino que estaba convirtiéndose en una cortesana y debía encelar a los hombres escondiéndose detrás de capas y más capas de ropa, como si fuese una mujer decente.

Los ojos del viejo se quedaron clavados en sus pechos, la boca se le torció a un lado y un hilillo de baba empezó a gotearle por la comisura como una gota de resina. Nerea pensó que debería sentir asco por aquella ruina de hombre, pero lo que descubrió en su interior fue una dolorosa compasión. ¿Cuánto tiempo llevaría aquel mendigo sin acariciar una carne tersa como la suya? ¿Cuánto hacía que no gozaba del placer? «Algún día», se dijo Nerea, «mis pechos se caerán como dos odres exprimidos, las nalgas me colgarán como cortinas arrugadas sobre los muslos, el vientre flácido me tapará el vello del pubis y cuando se la chupe a un hombre no tendré que cubrirme los dientes con los labios

para no morderlo, pues no me quedarán dientes que cubrir». Aquella imagen de su propia decadencia se le apareció de pronto ante un ojo interior, como si un dios la hubiera puesto allí. «Pobre viejo», se repitió, y se acercó a él, que seguía sentado con los pies arrugándose como garbanzos en la palangana de agua caliente. Al aproximarse, Nerea sintió un zumbido muy bajo, como el de una cigarra enterrada bajo tierra, y la piel se le erizó de la nuca a los talones. Aun así, dio otro paso hacia el viejo. Olía a sudor, a lana mojada, a entrañas enfermas, pero el impulso que la guiaba era más poderoso. Nerea tomó la cabeza del viejo, clavó los dedos entre aquellas guedejas apelmazadas y lo apretó contra su pecho. El mendigo balbuceó algo, pero Nerea le tapó la boca con la teta izquierda. Al momento se arrepintió, pues la lengua del viejo cobró vida propia y empezó a reptar alrededor de su pezón como una babosa que buscara alimento, y sin embargo…

Después siguió la locura. El viejo succionó con tal fuerza que Nerea gritó de dolor mientras sentía que el alma se le salía del pecho. Una fortísima racha de viento hizo saltar el pestillo que sujetaba el postigo, se coló en la estancia y apagó las luces. El trueno volvió a retemblar sobre la casa con la furia de un seísmo. Nerea cayó al suelo y quiso gritar pidiendo auxilio, pero una mano terrible le tapó la boca y algo le separó las piernas desnudas. Nerea manoteó en la oscuridad, mientras una lengua enorme y rugosa como una lija le chupeteaba los pechos y el cuello y se los pringaba de cálida baba. En sus costados notó unas patas de piedra que la apretaban y apenas dejaban que respirara. Un rayo iluminó la noche. A su luz espectral, Nerea miró hacia arriba y gritó de terror. Sobre ella se cernía una cabeza de toro. La oscuridad volvió, y después el rayo y de nuevo las sombras, en una sucesión que dejaba en los ojos de Nerea imágenes enloquecedoras. El toro tenía una verga enorme, y la había apoyado en el sexo de Nerea y estaba clavando las pezuñas en el suelo para empujar. Nerea chilló y chilló. ¡Por los dioses, era imposible que aquel miembro descomunal pudiera entrar en ella sin desgarrarla! Pero lo hizo, y el dolor superó

todo lo que en su vida había sufrido o imaginado. Aquella inmensa *posthe* le estaba escarbando el cuerpo hasta la garganta. Cuando creía que la piel, la matriz y las mismas entrañas le iban a reventar, un dulcísimo calor estalló dentro de ella y la lengua de zapa se convirtió en una caricia exquisita. Un nuevo relámpago reveló que eran las alas emplumadas de un cisne las que rozaban su piel. El pene que tenía dentro de su cuerpo era ahora mucho más pequeño, fresco y juguetón. Nerea se abrazó al ave y, feliz por haberse librado de aquel dolor, lo acarició y le besó el pico. «Gracias, gracias», susurró. Entonces el cisne se esfumó entre sus brazos y sus piernas. El techo de la estancia había desaparecido para mostrar un cielo del que caía una lluvia de minúsculas estrellas doradas. Aquellas que se posaban sobre Nerea estallaban en una diminuta conflagración de chispas y estimulaban los nervios que se escondían bajo su piel, como si debajo de cada poro se escondiese un pequeño clítoris, tan sensible como su hermano mayor. Nerea empezó a gemir y a frotarse los muslos, consciente de que le caía saliva por las comisuras de la boca y de que el coño le chorreaba tanto que se estaba formando un charco bajo sus nalgas. El placer era sublime, chisporroteante, pero también doloroso. Una voz femenina y hostil resonó en las alturas. *Si tanto te gusta, ¿por qué no te unes a ella como lo haces conmigo, marido mío? ¡Poséela en toda tu gloria! ¡Calcínala de placer y nadie más disfrutará de ella!* Nerea tembló de pavor, pero la lluvia de oro que la empapaba se convirtió en un hombre grande de músculos inmensos que se frotaba entre sus piernas. Tenía una barba de espesos pelos que se agitaban como serpientes, y en lugar de ojos dos bóvedas celestes, una roja y la otra azul, en las que brillaban estrellas y relámpagos.

—No te haré daño, amada de los dioses.

Su miembro no era mucho menor que el del toro. El cuerpo de Nerea no aguantó más y se desmayó.

Hetaira

El 25 de Targelión era el día señalado para que regresara a Atenas el hombre al que todos llamaban ya el Salvador de la Ciudad: Alcibíades, hijo de Clinias, el mismo al que tiempo atrás habían condenado a muerte por sacrílego y traidor.

Aquél fue un día crucial en la vida de Nerea. Sin embargo, empezó con la rutina que ella misma había ido forjándose en los siete años que llevaba viviendo en la ciudad del Ática. Apenas había amanecido cuando despertó en la alcoba que ocupaba en el desván de la casa. No siempre sucedía así, pues a veces alguno de sus amantes se quedaba a pasar la noche con ella, y entonces ambos dormían en la cámara del piso inferior, más grande y lujosa. Pero lo normal era que despachara a los hombres después del sexo y se retirara a la soledad de su aposento privado, un santuario en el que los únicos varones que habían entrado eran el gigante Tratto y, aunque no por voluntad de Nerea, el mensajero que le trajo el espejo años atrás.

(Pero aquél no era en verdad un hombre. Los dioses no contaban).

En la alcoba se abría una ventana orientada hacia el este. Sus postigos permanecían abiertos desde los primeros días de la primavera hasta que el Bóreas arrastraba los fríos más madrugadores del invierno. La noche anterior Nerea se había acostado tarde, pues celebró un banquete con siete invitados; pero cuando los primeros rayos de luz entraron en la alcoba, se incorporó en la cama y saludó al sol estirando los brazos y ronroneando como una gata grande y perezosa. Después se sacudió de encima el cobertor y se levantó, vestida tan sólo con sus propios cabellos. La primera persona que la saludó fue ella misma, reflejada en el maravilloso espejo que le había traído el dios viajero de la vara serpentígera.

Aquel extraño regalo había llegado a su poder un año después del traslado a Atenas. Los acontecimientos que llevaron a Nerea a la ciudad de la diosa virgen fueron los siguientes: tras el encuentro con el mendigo, Nerea quedó postrada quince días, víctima de una fiebre voraz de la que, para asombro de los habitantes de la casa y de sus propios amantes, renació de nuevo más hermosa que antes. Unos meses después, Mírrina murió de un ataque de apoplejía. Asclepíades le echó la culpa al vino puro, Pasión lloró a su amante muerta, y los magistrados de la ciudad rasgaron los sellos del testamento que la meretriz había redactado no mucho tiempo antes. Al leerlo, se descubrió que Mírrina no sólo le concedía la libertad a Nerea, sino que además le asignaba la casa con el mobiliario, las pupilas y la servidumbre: en suma, todo lo que poseía, salvo unas cuantas joyas que le legó al pirata tuerto. Lo cierto es que Mírrina no tenía parientes, y lo más parecido a una hija que dejaba tras de sí era la propia Nerea, así que nadie, salvo ésta, se sorprendió demasiado.

Siguiendo el consejo de Éuporos, Nerea decidió instalarse en Atenas. Con la ayuda del comerciante ateniense y de algunos de sus amantes, vendió la casa, amancebó a algunas de sus pupilas y a las demás las instaló en un burdel más modesto que regaló a su amiga Fano junto con la libertad, pues no quería que tantas mujeres dependieran de ella. Tan sólo se quedó con cinco sirvientes. Después, tras despedirse de Fano con abrazos y lágrimas, cargó varios carros con dinero y ajuar, bajó hasta el puerto de Cencres y allí tomó un barco con destino a Atenas para empezar una nueva vida como cortesana independiente. Cuando llegó a la ciudad, utilizó la herencia de Mírrina y su propio peculio para comprar una casa en la Colina de las Ninfas, entre el ágora y la Pnix.

Había pasado un año en Atenas cuando llegó el espejo. Era el mes de Boedromión. Una tarde, alguien llamó a la puerta. Tratto, uno de los cinco criados que Nerea había

conservado, la informó de que se trataba de un mensajero que decía traer un regalo de parte de un viejo amigo. No era raro que la cortesana recibiera presentes, pues de hecho mantenía la casa y a la servidumbre gracias a aquellos pagos que fingía recibir con el mismo desinterés con el que sus amantes simulaban entregárselos. El emisario que se presentó ante ella era un hombre joven, de mejillas rasuradas y belleza andrógina. Vestía atuendo de viajero: una clámide que le cubría los hombros, un caduceo, sandalias de cuero adornadas por unas minúsculas alitas blancas y un sombrero de viaje, que se quitó para saludar a Nerea. Ni su porte ni sus ademanes parecían los de un sirviente, sino que caminaba con los hombros erguidos y miraba de frente con la insolencia de un aristócrata. Lo acompañaban dos porteadores que cargaban entre jadeos un objeto grande y de forma aplanada, envuelto en telas pardas y atado con sogas de esparto.

—Saludos, hermosa señora —le dijo el joven con voz de plata—. Esto que ves aquí es el humilde regalo de un antiguo amigo que desea compensar con él la hospitalidad que le brindaste antaño. Él habría querido traértelo en persona, pero es un importante político y las tareas de gobierno lo tienen muy ocupado.

Nerea pensó en varios de sus pretendientes, pero no se le ocurrió quién podía ser. Más tarde comprendería que el político al que se refería el mensajero era en verdad el más poderoso de quienes regían el cosmos, y que sus tareas de gobierno resultaban tan pesadas como la carga que el gigante Atlas sostenía sobre sus hombros de titán.

—Dejad vuestro regalo y pasad a la cocina. Allí os servirán un vaso de vino y algo de comer para la vuelta.

—Me han ordenado que suba este regalo a tu alcoba, señora. No es un presente adecuado para los ojos de cualquiera.

Nerea le hizo un gesto a Tratto. El esclavo tomó el objeto de brazos de los porteadores y se lo llevó hacia la escalera que subía al piso de arriba. Sin duda era muy pesado, pues incluso el gigantesco bárbaro resollaba por el esfuerzo. Nerea

lo siguió y, aunque nadie le había invitado a hacerlo, también lo hizo el joven del caduceo. Una vez arriba, Tratto depositó el presente en un rincón, aún sin abrirlo, y salió de la habitación tras recibir la aquiescencia de su señora. El mensajero se quedó en la alcoba, mirando expectante a Nerea.

—¿Y bien? —preguntó ella—. ¿Vas a desenvolver tú mismo el regalo?

—Se me había ocurrido que tal vez querrías darme una propina por haberlo traído.

La mirada del joven brillaba y las aletas de su nariz temblaban como si estuviera venteando a una hembra en celo. Nerea frunció el ceño.

—¿Acaso crees que soy una puta del Cerámico? ¡Llévate ese paquete infecto y sal por donde has venido!

Por toda respuesta, el mensajero se quitó la clámide y la arrojó sobre la cama de Nerea. Debajo no llevaba nada, salvo una considerable erección que desmentía lo afeminado de su cuerpo. Antes de que Nerea pudiera gritar, se abalanzó sobre ella, la abrazó con una fuerza inesperada y la besó. Su lengua era gélida y a la vez quemaba como el hielo. En cuanto la sintió en los labios, el sexo de Nerea empezó a chorrear contra su voluntad. Pero al reconocer en aquella lengua el mismo poder de la mujer del templo de Afrodita, del niño alado, del mendigo que se había transformado en toro, en cisne y en lluvia de toro, gritó de terror, apretó las palmas de sus manos contra el pecho del emisario y lo empujó con todas sus fuerzas. El joven trastabilló y se apoyó en la pared para no caer.

—¡No! ¡Otra vez no!

—¿Por qué no? Eres una mujer refinada, amante de los inefables placeres que sólo los dioses del Olimpo pueden conceder.

—¡No quiero saber más de los dioses! Vuestro amor es cruel, y vuestro placer provoca dolor. Cada vez que me tocáis me dejáis al borde de la muerte. ¡Márchate!

Nerea reculó hasta la pared. El emisario se acercaba a pasitos sigilosos mientras con voz de embaucador y pericia de

sofista desgranaba argumentos para convencerla de que se entregara a él. El amor nunca puede ser cruel, objetaba, y el placer se convierte en dolor cuando es exquisito, porque tan sólo las cosas más excelsas tienen la virtud de tornarse sus contrarias. Además, no debía quejarse: otros mortales que en el pasado habían tenido trato con los dioses sufrieron más que ella. Ío fue convertida en vaca y hostigada por un tábano, Sémele reducida a cenizas por un orgasmo tormentoso, a Acteón lo despedazaron sus perros por contemplar desnuda a Ártemis, Dafne se transformó en laurel, Aracne en araña, Apolo despellejó vivo a Marsias. ¿Qué mal había sufrido ella, salvo una fiebre que tan sólo duró algunos días? Y a cambio, ¿qué había recibido? Cada vez que un dios la amaba, ella renacía como una crisálida, embellecida como si se hubiese bañado en ambrosía o hubiera ceñido sus pechos con el cinturón de la propia Afrodita.

Aquella voz untuosa y trapacera era la misma que había logrado adormecer a Argos, la criatura de cien ojos a la que Hera encomendara vigilar a una amante de Zeus. No era extraño, pues, que Nerea empezara a sentir una pesada lasitud en los miembros y que por sí misma soltara las fíbulas de su túnica y se quedara desnuda ante el mensajero de pies alados. Mientras él se acercaba, sintió que algo sinuoso y frío le trepaba por la pierna izquierda. Bajó la vista al suelo, con la perezosa enajenación de un sueño, y se dio cuenta de que la serpiente del caduceo había cobrado vida propia, se había soltado del bastón y ahora le reptaba por la rodilla haciéndole cosquillas con su piel escamosa. El joven se arrimó más y tomó sus manos.

—No tengas miedo. Mi pequeño dragón no muerde.

Nerea sintió una pequeña punzada en los labios, casi junto al clítoris, y dio un respingo. El joven sonrió, enigmático y divino como una estatua arcaica.

—Quiero decir, casi nunca muerde…

La lengua del emisario invadió su boca y la de la serpiente su vagina empapada. Ambas parecieron juntarse en algún lugar de su interior y Nerea se sintió penetrada hasta las vísceras. Mientras la asaltaba el primer orgasmo, rezó en su

interior: «¡Dioses del Olimpo, tened piedad de mí! ¡Que este tormento acabe pronto!». Pero suplicar compasión a sus torturadores fue tan inútil como echar agua al mar.

Nerea meneó la cabeza para ahuyentar el recuerdo. Tras su encuentro con el joven de las sandalias aladas, de nuevo se consumió diez días en el lecho, y de nuevo renació como el ave Fénix. Pero esta vez los dioses le habían regalado algo más que belleza renovada. Cuando recuperó fuerzas para levantarse de la cama, Nerea desanudó las cuerdas y apartó las telas que envolvían el misterioso paquete. Lo que vio ante sí hizo que se le escapara un grito y huyera de la alcoba. Estaba ya en la puerta cuando se sintió ridícula. Se acercó con cautela y contempló al causante de su sobresalto. De nuevo la había asustado un espejo, como en su primera noche en casa de Mírrina. Pero esta vez su sobresalto era comprensible, pues no se trataba de un espejo de bronce, ni de plata, ni de estaño, sino una obra maravillosa e imposible, como nadie había visto aún en aquellos tempranos días del mundo.

Ahora, el 25 de Targelión, años después, Nerea volvió a contemplarse en él como hacía todas las mañanas. Ni la belleza del cristal ni su brillo sobrenatural se habían desgastado con el tiempo, como temiera al principio. Aquel espejo ovalado era tan alto como ella y basculaba arriba y abajo sobre una pesada armazón de bronce y madera. Lo maravilloso era que, al mirarse en él, no aparecía una triste imagen como las que se veían en otros espejos, pálidas sombras rellenas de colores desvaídos. No: era otra Nerea, invertida, pero real, que la saludaba con la mano izquierda cuando ella lo hacía con la mano derecha. Cada minúsculo detalle de su cuerpo estaba allí frente a ella, lunares en los que jamás había reparado e imperfecciones diminutas. Cuando Nerea se acercaba más y miraba hacia un lado dentro del espejo descubría que en su interior se abría una alcoba

igual que la suya, y si apuntaba el cristal hacia la ventana podía contemplar en él el cielo y los tejados del exterior. Había un mundo entero contenido allí dentro, separado de ella por aquella superficie lisa y fría. A veces se preguntaba qué vida llevaría la Nerea invertida cuando ella salía de la alcoba y tapaba el espejo con una manta. ¿Se quedaría esperándola? ¿Saldría a buscar aventuras y amoríos, como ella? ¿Añoraría a un amante perdido?

Junto con el espejo, el mensajero de pies alados había dejado una lámina de oro en la que su mano había grabado un mensaje en letras diminutas:

> «Nerea, quiero que compartas el gozo que los inmortales albergamos cuando contemplamos tu hermosura. Con mi lira adormecí al padre Tiempo, que mora en un palacio nevado sobre los ejes del mundo, y mientras roncaba con la cabeza apoyada sobre la mano arrugada por la edad, levanté con mi caduceo la pesada cortina de bronce con que el anciano cubre las cosas que están por venir. De entre todas ellas elegí una maravilla de la artesanía, este espejo que los hombres aún no han soñado. Se trata de una hoja de vidrio bañada en el huidizo metal al que las generaciones venideras darán uno de mis nombres; vidrio y mercurio, mercurio y vidrio, que reflejarán tu belleza como no lo podrían hacer siquiera las quietas aguas del arroyo de Donacón, en que Narciso quedó embelesado. Pero ten cuidado y no repitas su destino. Cuida de no abusar de tu propia belleza».

A pesar del consejo, a Nerea le resultaba difícil no caer en el trance del joven Narciso. Todas las mañanas se miraba y remiraba en el espejo, se vestía y se volvía a desnudar, se cepillaba la melena y se complacía examinando los reflejos cobrizos que el sol arrancaba a sus cabellos. A veces, ponía una silla delante y se sentaba frente al espejo, tan cerca que podía apoyar las puntillas de sus pies descalzos en su fría superficie. Entonces abría las piernas, con la mano izquierda

se separaba los labios y observaba lo que se escondía entre ellos. Si caía en aquella tentación, su mano derecha empezaba a acariciarse el clítoris, a correr por el valle que se humedecía de rocío por el deseo que despertaba en ella su propia imagen (las piernas largas, el talle de junco, el vientre que se encogía de placer al contacto de la palma, los pechos que tantas bocas y manos habían ayudado a moldear). A Nerea le gustaba masturbarse así, ante la otra Nerea, observar cómo sus pezones se erguían, el clítoris se hinchaba y oscurecía, el rubor coloreaba sus mejillas y su cuello. Cuando estaba a punto de correrse, doblaba la cintura y acercaba el rostro a la superficie bruñida. El aliento de la otra Nerea soplaba tan cercano que empañaba el espejo, aunque no lograba traspasar su superficie; sus pupilas se dilataban asomadas a sí mismas. Nerea estiraba un poco más el cuello mientras los movimientos de su mano se hacían más urgentes, y las piernas, deseosas de placer, estrujaban sus propios dedos contra las profundidades del sexo. Entreabría los labios, asomaba la lengua rosada y su aguzada punta acariciaba aquella otra lengua, la de la mujer de aquella alcoba invertida que existía en una ciudad y un mundo invertidos. El beso era gélido, como los de los dioses, pero no doloroso. Su vientre se sacudía en oleadas de placer. Los glúteos se le contraían sobre la silla, la contracción se transmitía a sus caderas, que se apretaban aún más, la mano aprisionada sufría apretada entre aquellos muslos simplégades y se vengaba frotando con rabia el botón del placer. Los ojos querían cerrarse para concentrar toda su percepción en el orgasmo que estallaba por dentro, pero la voluntad de Nerea los dominaba y obligaba a los párpados a abrirse, y así veía cómo la mujer sentada frente a ella se corría al mismo tiempo, y le parecía que el espejo de los dioses no sólo le devolvía su imagen sino también sus gemidos.

Pero Nerea procuraba no abusar de aquel regalo, pues comprendía que la fascinación podía paralizarla y hacer que le brotaran raíces como al joven del mito. Sólo de cuando en cuando se permitía la indulgencia de masturbarse delante del

espejo, y nunca lo había utilizado para fornicar con ninguno de sus amantes, puesto que no admitía a nadie en el santuario de su alcoba. Pero, se prometía a sí misma, si alguna vez regresara el hombre que se llevó su doncellez, el primero que la llevó al éxtasis, el último al que amó, entonces lo subiría allí y abriría sus muslos para él delante del espejo, y tal vez entonces se quedaría congelada —como le pasó a Narciso— en un instante de felicidad eterna.

Así pues, la mañana del 25 de Targelión Nerea estuvo poco tiempo delante del espejo, acaso el que su corazón tardó en latir mil veces. Para ella ese lapso era una breve ración de placer. No quiso sentarse, pues sabía que no resistiría la tentación de masturbarse. Tan sólo posó durante un rato, para sí misma y para la Nerea de enfrente: se acarició las caderas con las manos, apretó las manos por delante del ombligo para que apareciera un canal entre sus menudos pechos, se volvió para contemplarse las nalgas respingonas, le dio la espalda al espejo, se agachó y cabeza abajo saludó a su imagen, que le sonreía entre sus propias piernas. Pero no lo hizo más que un instante, pues no sería la primera vez que se masturbaba al ver sus labios abiertos como fruta jugosa en aquella posición, y no quería empezar el día corriéndose dos veces. Algo la hacía sospechar que sería una jornada de emociones intensas y no pensaba prescindir del orgasmo que siempre disfrutaba tras el baño matutino.

Por fin cubrió el espejo, pues no había otra manera de huir de su fascinación, y salió a la terraza, donde extendió una manta de lana decorada con una escena de la disputa entre Atenea y Aracne. Después se asomó sobre la balaustrada que miraba al este. El sol apuntaba ya por encima de la Acrópolis y sus rayos arrancaban reflejos broncíneos del tejado del Partenón y de la lanza de Atenea Prómacos, la estatua que se alzaba orgullosa para proteger la ciudad, tan alta que los barcos que llegaban del sur oteaban su brillo lejano desde el cabo Sunión. El aire fresco le erizó la piel y los pezones. Aun así, Nerea no se vistió, sino que se

tumbó desnuda sobre la manta y dejó que los rayos de aquel sol fresco y dorado acariciaran su piel. Había pasado muchos años encerrada en la alcoba de la mansión de Mírrina, alumbrada casi siempre por mechas y candiles y rara vez por luz natural. Ahora se había hecho construir aquella terraza para dorarse el cuerpo al arrancar el día, cuando los rayos del sol eran más benévolos. No soportaba ver su piel blancuzca como la tripa de un pez. Las mujeres atenienses de buena familia pasaban la mayor parte de sus días encerradas en los gineceos, aprisionadas en las profundidades de aquellas casas apiñadas, sin ventanas, de fachadas hoscas y mezquinas, y como resultado sus pieles eran lechosas y blandas. Las esclavas, las vendedoras de pescado, las prostitutas y todas aquellas mujeres que pateaban las atestadas calles de Atenas buscando su sustento, se encalaban los rostros con capas de albayalde cuando querían parecer bellas. En cambio, Nerea no se había vuelto a maquillar desde hacía años, si no era por una fina línea azul que se pintaba bajo los ojos para realzar su color natural. Y sin embargo los mismos poetas que cantaban las maravillas de una piel blanca como pétalos de nieve, se callaban ante ella y morían de deseos de rozar aquella piel dorada y aromática como un pan horneado.

Se adormiló al sol durante un rato, arrullada por los ruidos de la calle. Era un barrio tranquilo, aunque no distaba mucho del ágora. Según avanzaba la mañana, crecía el murmullo de voces y pisadas y el traqueteo de los carros. Estuvo un rato tumbada boca abajo, luego se dio la vuelta y estiró los brazos sobre la cabeza, totalmente ofrecida a la vista de Febo, el más chismoso de los dioses. Por un momento fantaseó que el propio Sol bajaba a amarla, y se preguntó si también los labios de aquel dios ardiente serían gélidos; pero ahuyentó aquel pensamiento, temerosa de que alguien pudiera leerlo, pues estaba convencida de que si un dios volvía a amarla le acarrearía la muerte.

Tal vez sería una buena manera de acabar sus días. Si así fuera, no podría quejarse de su vida. Cuando los piratas la raptaron de su isla lloró con amargura lo que había perdido y durante mucho tiempo añoró a sus padres. Sin embargo, si no

hubiera sido por el tuerto Pasión, ahora se dedicaría a cardar lana, sembrar una parcela de tierra ruin y limpiarles los mocos a unos críos de los que a buen seguro ya se le habrían muerto la mitad. Su piel no se vería dorada, sino renegrida, las uñas cuarteadas, las manos callosas, el vientre caído por un parto detrás de otro, los dientes negros, los pechos convertidos en dos salazones secas y colgadas bajo los hombros. No bebería vino de Quíos en una copa de plata, no se bañaría con aceites perfumados de Arabia, su piel no conocería ni el puro contacto del oro ni la caricia de las sedas del Oriente, no se deleitaría escuchando alados versos. No habría conocido aquella ciudad gigantesca y enloquecida de Atenas, vulgar y sublime, valiente y rencorosa.

Disfrutó del sol un rato más. En eso consistía su vida, en disfrutar de cada palmo de su piel, de cada repliegue de su cuerpo. En contemplar su propia belleza como un don, en dejarse admirar por otros. Ser un hermoso animal, una perezosa pantera. No pensar en lo que no tenía («No, diosecillo, no agites tus desvergonzadas alas delante de mis ojos, que los cerraré»), disfrutar de todo lo que se le había dado mientras aún tuviera tiempo.

Pero Nerea sentía en su interior un vacío, el que le había dejado la flecha del cruel monstruo alado. Aquella oquedad se desplazaba por su cuerpo todos y cada uno de sus días. Unas veces se aposentaba en su garganta y no le dejaba comer. Otras, le bajaba al pecho y le provocaba sudores y palpitaciones sin motivo. También le doblaba el estómago con una ansiedad que no conseguía saciar, y si descendía aún más y se asentaba en su sexo, Nerea buscaba orgasmos hasta que las piernas ya no la sostenían, pero el placer sólo dejaba en ella más vacío y soledad.

«No sigas por ahí, Nerea», se dijo. «En un día de Targelión, en una mañana de sol, no puedes dejar que la tristeza te empañe los ojos».

Nerea fantaseó para ahuyentar la pena. Como hacía a menudo, imaginó que su amado estaba a su lado. Se giró sobre el costado, se acurrucó y trató de sentirlo tras ella, encajado en su espalda, como aquella primera y última noche

en la mansión de Mírrina. Cerró los ojos durante unos segundos. Hubo un instante en que creyó sentir el calor en su espalda y se sintió protegida y acompañada. Pero la brisa sopló sobre sus riñones y le erizó la piel, recordándole que estaba sola bajo el sol.

Frustrada, Nerea se levantó, cruzó la alcoba sin mirar el espejo y bajó por las escaleras de madera, que recibieron su peso sin un crujido. Seguía vestida únicamente de cielo. Los sirvientes que se cruzaron con ella, hombres o mujeres, la saludaron con naturalidad, pues estaban acostumbrados a ver a su ama desnuda. Sin embargo, Nerea sabía que en cuanto creían estar fuera de su vista la observaban de reojo, pues más de una vez había sorprendido sus miradas de reverencia, de silenciosa y respetuosa adoración. Jamás les habría reprendido por ello, pues la caricia de los ojos ajenos era el mejor ungüento para su piel desnuda.

Nerea había gastado buena parte del dinero que sus amantes le regalaban en reformar aquella casa de la Colina de las Ninfas. En el patio interior, hizo excavar y ampliar la alberca que recogía el agua de la lluvia para convertirla en una piscina de más de treinta pies de longitud. Su amigo Éuporos, que en sus viajes visitaba litorales exóticos, le había traído sacos de arena blanca y cantos de colores. Nerea los había esparcido alrededor de la alberca, de modo que ahora poseía en el centro de su casa un pequeño recuerdo de la playa secreta donde su cuerpo de niña había empezado a despertar a los sentidos.

Mientras Sosibia pulsaba la lira en un rincón del patio, Nerea se zambulló en la piscina y durante largo rato nadó con brazadas fluidas, como si fuera una más de sus cincuenta hermanas onomásticas, las hijas del acuático Nereo. La natación le conservaba los hombros subidos, la cintura estrecha, el culo alto y los pechos duros, aunque si les hubiera preguntado a sus sirvientes, ellos habrían jurado que su ama no necesitaba ejercicio, pues su belleza era un obsequio de los dioses.

Después de nadar en agua fría, Nerea fue al baño y se sumergió en una tina humeante. Se había traído de Corinto a

la vieja Gorgo, pero la conservaba más por misericordia que por utilidad, pues la mujer estaba casi ciega y lo único que hacía era sentarse en la cocina todo el día y roer cortezas de pan duro y carne en salazón. De modo que quien atendía su servicio personal era la bella y melancólica Crisis. Tras el baño, Nerea dejó que la secara con una toalla de lana. Después se sentó y separó las piernas para que la joven pudiera arrodillarse ante ella con una pinza de plata. El vello de Nerea era tan débil que sólo brotaba en el delta del bajo vientre, y aun con timidez, pero a ella le gustaba retocárselo todos los días. Crisis fruncía las cejas, rastreaba entre los muslos y le arrancaba los pocos pelillos que se atrevían a salirse del redil. El vientre de Nerea era tan plano que, cuando se sentaba para la depilación, su pubis sobresalía como un montículo. Le gustaba ahuecar la palma de la mano y pasarla por encima rozándose apenas, y bromeaba diciendo que aquélla era la verdadera Colina de las Ninfas en la que se cimentaba su casa. Crisis acercaba mucho el rostro para poder encontrar los pelos rebeldes, tanto que su aliento tibio acariciaba el sexo de Nerea. Como los tirones eran a veces dolorosos, Crisis le daba un beso breve por cada pelo arrancado. Sin decir nada, Nerea iba abriendo las piernas un poco más. Al final, Crisis soltaba la pinza, asomaba la punta triangular de su lengua y, como si fuera un gatito bebiendo leche de un tazón, empezaba a dar delicados lametones. Nerea miraba al techo o cerraba los ojos y se dejaba llevar. Aquello había empezado un día, ya no recordaba cuándo, y ella lo había permitido. Desde entonces el ritual se mantenía, pero ninguna de las dos hablaba de ello. Crisis lamía y lamía, un poco más rápido cada vez. Nerea ronroneaba y disfrutaba. La lengua de una mujer era más delicada que la de un hombre, menos impaciente. O tal vez sólo fuera la de Crisis, pues a ninguna otra mujer le había consentido hacer aquello, ni siquiera a su amiga Fano. A veces Nerea tenía la tentación o la curiosidad de recompensar la dedicación de su esclava y se preguntaba cómo sería arrodillarse delante del sexo jugoso de otra mujer y probarlo. ¿Qué pasaría si besaba a Crisis en la boca y gustaba el sabor de su propia vulva en los labios de

la esclava? Pero siempre se contenía por el temor de quebrantar las reglas de aquel juego que tanto placer le brindaba todas las mañanas.

Al cabo de un rato, Nerea apoyó las manos en la cabeza de Crisis y acarició sus rizos crespos. La esclava entendió la muda señal y aceleró el ritmo de su lengua. Los lametones se volvieron más largos y profundos, desde el perineo hasta el final del clítoris, y cada pocas pasadas la punta de la lengua se hundía como una *posthe* en miniatura entre sus labios menores y se aventuraba en profundidades más recónditas. Los dedos de Nerea apretaron más y Crisis concentró sus lengüetazos en el clítoris. Casi en silencio, tan sólo con algún ronco suspiro que se escapaba de su pecho, Nerea ascendió rápidamente hasta el clímax. El orgasmo llegó, dulce y suave, pues la lengua de Crisis era sabia y tierna. Nerea se corrió despacio, arqueando el culo, y su esclava le apretó las nalgas para hundir la cara aún más entre sus piernas. Después se quedó relajada, mientras Crisis le enjugaba el sexo con un paño suave. Nerea se vistió con una túnica casi transparente y desayunó un tazón de fruta fresca y agua asperjada con un poco de vino. El día podía empezar.

Critias fue a visitarla aún temprano. Aunque era uno de sus amantes más dadivosos, de buena gana lo habría despachado para siempre. Rondaba los cincuenta años, pero su cuerpo se mantenía en forma y sin grasas gracias a sus cabalgatas por el campo y a su buena condición natural. El médico Hipócrates, tras conocer a Critias en un banquete en casa de Nerea, lo clasificó como flemático, pues opinaba que en él predominaba el más frío de los cuatro humores. Sin duda, Hipócrates nunca había permanecido con él a solas ni había conocido el ardor de su crueldad. Critias tenía los pómulos salientes, la piel de las mejillas adherida al hueso y unos ojos grandes y grises en los que parecía flotar el humo de un holocausto. Sus dedos eran largos y ahusados, fruto de generaciones que no habían empuñado el arado, pero sabía apretarlos con fuerza cuando retorcía los pezones de Nerea en

medio del coito. Se jactaba de que su linaje estaba emparentado con los antiguos reyes de Atenas. Sin embargo, por temor a los demócratas más radicales, sólo presumía de su sangre cuando se reunía con otros aristócratas en los banquetes en que soñaban con derrocar el régimen político actual e instaurar el gobierno de los mejores.

Aquella mañana, el seco Critias traía una sonrisa en el rostro. Nerea le preguntó por qué.

—Hoy vuelve Alcibíades. Desde ahora, la política de Atenas podrá ser cualquier cosa salvo aburrida.

Estaban reclinados en la estancia donde Nerea recibía a sus amigos y amantes. Los criados les habían traído un refrigerio de aceitunas y frutos secos y una jarra de vino frío para que se sirvieran a placer, y después los habían dejado solos. Sin embargo, Tratto velaba al otro lado de la puerta. El gigante tracio no intervendría aunque oyera gritos, golpes o gemidos; pero si su señora pronunciaba la señal convenida, *soze me*, abriría la puerta sin dudarlo y echaría a Critias a patadas.

—No hacen más que hablar de ese Alcibíades —comentó Nerea fingiendo desdén, aunque sentía una gran curiosidad por conocer a aquel personaje aborrecido e idolatrado—. Que si Alcibíades esto, que si Alcibíades lo otro, que si Alcibíades lo de más allá. ¿No ha sido el culpable de todos vuestros males?

Años atrás, cuando Nerea llegó a Atenas, la ciudad era un hervidero de rumores de indignación y pavor religioso. Durante meses se habían invertido ingentes recursos en preparar una campaña militar contra Sicilia. Cientos de barcos de guerra y miles de hombres habrían de partir en breve para conquistar la soberbia ciudad de Siracusa y apoderarse de las riquezas sin cuento que atesoraba aquella isla remota. Alcibíades, entonces en la cumbre de su fama y su poder, promovía la aventura, que según los más entusiastas no era más que el primer paso para conquistar todo el mundo conocido.

Pero dos días antes de que Nerea se trasladara a Atenas, se desató un escándalo de consecuencias funestas para la

ciudad. Las hermas que adornaban calles y cruces amanecieron mutiladas. Eran columnas de piedra dedicadas al dios de los mensajeros, del que tan sólo representaban el rostro y un miembro en audaz erección. Tanto las narices como los miembros viriles habían sido arrancados con cinceles, de un rincón a otro de la ciudad. Tal sacrilegio sin duda acarrearía el castigo de los dioses a no ser que fuera expiado con sangre. Como setas tras la lluvia, brotaron numerosos testigos que sostenían versiones confusas y contradictorias de los hechos. A todas luces, aquello no podía ser tan sólo la broma de una pandilla de borrachos, pues las mutilaciones cubrían toda la ciudad. Se señaló a las *hetairíai*, las asociaciones de aristócratas jóvenes y no tan jóvenes que se reunían para añorar viejos tiempos y conspirar contra la democracia. Y después no tardó en pronunciarse el nombre que siempre andaba en boca de todos los ciudadanos por sus excentricidades e intemperancias: Alcibíades.

La expedición zarpó pese a aquel crimen blasfemo. Alcibíades se hallaba ya en Sicilia al frente del ejército cuando sus enemigos lo juzgaron en ausencia por participar en aquel y en otros sacrilegios. Al enterarse de que los atenienses lo reclamaban en la ciudad, Alcibíades huyó del barco que debía llevarlo prisionero y se pasó al bando enemigo. Luego, cuando alguien le informó de que lo habían condenado a muerte, respondió: «Demostraré a los atenienses que estoy vivo».

A partir de entonces se sucedieron los desastres en la ciudad, fuera por voluntad de los dioses o por errores propios. Nerea no había olvidado el pánico y la consternación que se apoderaron de Atenas cuando llegó la noticia de que la flota de Sicilia había sido destruida y miles de hombres habían caído muertos o prisioneros. Durante meses y años estuvieron llegando a la ciudad fugitivos que se arrastraban en terribles condiciones, los pocos que habían huido de las canteras donde los siracusanos los arrojaron para morir tras marcarles las frentes con hierros al rojo vivo.

Para colmo, Alcibíades se trasladó a Esparta, y allí se convirtió en el asesor más estimado por los espartanos y en el

peor enemigo de su propia ciudad. Pero de nuevo lo perdieron la lascivia y la vanidad, pues no pudo resistir la tentación de seducir a Tinea, la esposa de uno de los dos reyes de Esparta. Ella dio a luz un hijo que, según los rumores, era la viva imagen de Alcibíades. El ateniense incluso se atrevió a bromear en público sobre la cuestión, diciendo que quería colaborar con su sangre a la casa real espartana. Al final se vio forzado a huir de Esparta y refugiarse en Asia Menor, donde se había dedicado a conspirar en un intrincado juego de diplomacia y engaños con los sátrapas del gran rey persa, los espartanos y los propios atenienses, cuya flota estaba anclada en la isla de Samos.

Ahora el monstruo, el genio, el hijo amado y aborrecido por Atenas, se había reconciliado con su patria y volvía a casa para ponerse al frente de aquella guerra que ya duraba tantos años.

—Y es gracias a mí —dijo Critias taladrando a Nerea con unas pupilas pequeñas como cabezas de alfiler—. Yo he presentado el decreto que propone su regreso, y esa masa descerebrada que se hace llamar Asamblea lo ha aprobado. Ellos mismos han votado su propio fin.

—Si crees que va a perjudicar a la ciudad, ¿por qué has presentado el decreto?

Critias se rió. Cuando lo hacía, sus carcajadas sonaban como tierra desmenuzada bajo una bota.

—Conozco muy bien a Alcibíades. No es tan inteligente y dotado como él cree, ni como creen los demás. Sí, posee belleza, y cierto talento, pero le puede la vanidad. No hay nada más fácil de manejar que un hombre vanidoso: sólo hay que soplar para rellenarlo de aire y esperar a que acabe estallando como una vejiga de pez inflada. Alcibíades tratará de comportarse con decencia. Pero cuando pase un tiempo no podrá controlar su auténtica naturaleza, volverá a escandalizar a los atenienses, les robará el dinero, los arrastrará a aventuras insensatas, y al final sobrevendrá el desastre. Entonces, cuando todo cambie, cuando vuelvan a estar en su sitio los ciudadanos que no tienen donde caerse

muertos y que se pasean por la ciudad pavoneándose porque cobran unos óbolos por rebuznar en la Asamblea, allí estaré yo, Critias, para regir el destino de Atenas.

Critias se arrastró por el triclinio hasta pegar su cuerpo al de Nerea y se frotó con ella. Bajo la túnica, su miembro empezaba a endurecerse como una barra de pan cociéndose en el horno. A Nerea empezó a temblarle el vientre. De miedo, pero también de excitación. Aquel hombre era el más imprevisible de sus amantes; pero jamás lo habría llamado amigo como a los demás.

—Alcibíades te gustará. Fuimos amantes de jóvenes. Es coqueto. Le gusta mantenerse en forma.

Critias había sacado de debajo de la ropa un fino cuchillo de oro que Nerea conocía demasiado bien. Mientras le seguía hablando de Alcibíades, la obligó a tumbarse boca arriba y con la hoja le fue cortando el quitón. El filo, tibio por el contacto con el cuerpo de Critias, le rozó las piernas, el vientre, los pechos. Cuando terminó de rasgarle la túnica, Critias apartó las dos mitades y dejó el cuerpo de Nerea expuesto a la vista. Después le sobó los pechos como masas de pan, se los succionó con avidez y le retorció los pezones entre los dedos. Trepó de rodillas sobre el triclinio, se arremangó su propia ropa, agarró a Nerea por el pelo y le clavó la polla en la boca. Aunque apenas podía respirar, ella no se atrevió a morderle, pues Critias jugueteaba con el cuchillo entre sus pechos. Siguió chupando como mejor podía, pues estaba casi inmovilizada. En realidad, era Critias quien estaba follándole la boca, tumbado a horcajadas sobre sus hombros. Pese a tener un cuerpo tan escurrido, su miembro era rechoncho como una porra y apenas cabía entre los labios de Nerea. Se lo sacó, pasó el glande sobre la nariz y los ojos de la *hetaira* y la obligó a lamerle los testículos.

—Ya lo avisó Timón el misántropo hace tiempo: Alcibíades será la ruina de Atenas. Ah, ojalá toda la chusma ateniense tuviera una sola cabeza como tú. Haría que me chupara la polla, me correría en su boca y luego… ¡Zas!

Critias le deslizó el cuchillo por la garganta, a punto de herirla. Después brincó del triclinio, tiró de las corvas de

Nerea hasta dejarle el trasero suspendido en el aire, le clavó los dedos en las nalgas y la penetró sin más preámbulos. Ella ya estaba lubricada, pues el miedo que sentía por aquel hombre despertaba en su vientre una turbia excitación. Critias la folló con energía. Con una mano la sujetaba por las nalgas y con la otra le deslizaba la daga por el vientre y el pecho.

—Podría rebanarte los pezones y llevármelos guardados en un frasco. Así no los disfrutaría nadie más.

Sin dejar de penetrarla, Critias la levantó, la hizo volverse y la puso a cuatro patas. Siguió moviéndose un rato más; luego pareció aburrirse y se sacó la polla para juguetear con ella junto al otro agujero. Nerea le apartó la mano.

—Ya sabes que no —le advirtió.

Hasta ahí no estaba dispuesta a llegar.

Critias se resignó y volvió a introducirle el miembro en la vagina. Pero el trasero de Nerea lo tenía hipnotizado, así que se dedicó a azotarlo con la palma ahuecada para que los golpes restallaran.

—Me encanta tu culo. Algún día te sodomizaré en la Asamblea, delante de todo el pueblo ateniense. ¿Te gusta la idea?

Critias se inclinó sobre ella, le clavó la barbilla en la espalda y la mano entre las piernas y empezó a frotarle el clítoris. Resultaba doloroso, pero Nerea sintió que el orgasmo trepaba ya desde sus entrañas. Se mordió los brazos y se corrió en silencio, por no concederle a Critias más placer del necesario. Aun así, él se dio cuenta. Sacó su *posthe* y, tirándole del cabello, obligó a Nerea a bajarse del triclinio y arrodillarse en el suelo. Después volvió a meterle la polla en la boca y la obligó a chupar apretándola por las sienes. No tardó en eyacular. El primer borbotón se estrelló contra el paladar de Nerea. Después le sacó el miembro de la boca y terminó masturbándose y arrojándole el semen a la cara. Le encantaba ver cómo aquellos goterones blancos y viscosos la hacían cerrar los ojos y acababan chorreándole por la barbilla. Por fin, se frotó el glande en las mejillas de Nerea para limpiar las últimas gotas y se fue sin decir palabra.

Siempre que se marchaba la dejaba así, con el rostro pringoso de esperma. Al día siguiente se presentaría un esclavo con un cofrecillo, y dentro de éste habría una joya o un buen puñado de monedas de oro. Pero por más valiosos que fuesen sus regalos, mientras se arrancaba los restos de la túnica y los usaba para limpiarse la cara, Nerea pensaba: «Hijo de puta, algún día alguien te cortará las pelotas y te rebanará el cuello, y cuando te entierren en un hoyo pútrido fuera de la ciudad yo iré a escupir sobre tu tumba».

Aquel día se celebraban las fiestas Plinterias, en las que el Paladión de Atenea se cubría con un velo en señal de luto. Según algunos, el que coincidieran con el regreso de Alcibíades era un mal presagio. Los más agoreros recordaban que la leva de la expedición de Sicilia fue durante los rituales de Adonis, otra ocasión de luto y llanto; y todos sabían en qué desastre había acabado aquella empresa. Alcibíades, decían, siempre había acarreado percances y funerales a la ciudad.

Cuando Nerea terminó de limpiarse los restos del semen de Critias, llamó a Crisis y a una joven esclava llamada Nano. Tratto ya tenía preparado el carro en el que habían de bajar al Pireo, pues Nerea quería presenciar la arribada de Alcibíades y de paso contemplar el mar. Se pusieron en camino a la hora en que el ágora empieza a llenarse. Bajaron entre los Muros Largos que unían la ciudad con su puerto y que la habían protegido de los asedios espartanos durante los largos años de la guerra. Charlaban y disfrutaban del sol, de los graznidos de las gaviotas y del olor a sal en el aire fresco. Había mucha más gente bajando hacia el Pireo, como si la fiesta se celebrara allí y no en la Acrópolis. Ese camino estaba siempre muy concurrido, pero aquél no era el tráfago habitual de un día cualquiera; el regreso del renegado convertido en benefactor había despertado una insólita expectación en una ciudad desengañada y exhausta después de tantos reveses.

Cuando aún no habían llegado al Pireo, divisaron sobre el

mar una procesión de grandes ciempiés de madera que cabalgaban sobre las olas. Nerea apremió a Tratto, pues no quería perderse el espectáculo del atraque de la flota. Recordaba que la armada que zarpó hacia Sicilia había sido aún mayor. Entonces no llegó hasta el Pireo, sino que contempló la partida a más de diez estadios; y aun así había escuchado desde la distancia los pífanos y tambores, y también el griterío y los cánticos jubilosos de la muchedumbre. Cien barcos partieron, y ninguno de ellos regresó.

«Que este día no acarree más desgracias», suplicó a los dioses. Le había tomado cariño a aquella ciudad sucia y orgullosa, de casas miserables y templos espléndidos, de calles polvorientas y sueños olímpicos, que se gobernaba a sí misma sin reyes, tiranos ni príncipes.

Al fin llegaron al puerto, pero se quedaron a cierta distancia de los muelles por no abandonar el carro, que les servía de plataforma para encaramarse. Las naves ya entraban por la bocana del puerto entre el clamor de la multitud. Desde sus puentes, los soldados alzaban los brazos y las lanzas y proclamaban las victorias que habían logrado en el mar oriental. Uno de los trirremes destacaba entre los demás por su gallardete de color púrpura. Entre la gente corrió un rumor: «Es él, Alcibíades, es Alcibíades». Nerea aguzó el oído y escuchó los comentarios que circulaban. Un hombre ya viejo y con la nariz comida de bubas aseguraba que Alcibíades era inocente de la mutilación de las hermas, y que las otras faltas que se le habían imputado no eran más que chiquilladas.

—¡Si hubiesen dejado la campaña de Sicilia en sus manos y no en las del cagón de Nicias, ahora seríamos los amos! —sostenía ufano ante todo aquel que quisiera escucharle.

Sobre la nave capitana, Nerea divisó a un hombre alto, con una coraza brillante y una capa púrpura que ondeaba al viento. Alzó la mano y la multitud rugió. Un grupo que formaba una densa piña se abrió paso entre el gentío y se acercó hasta la borda del barco. Eran los partidarios y familiares de Alcibíades, que acudían para rodearlo y evitar

que algún rival aprovechara la aglomeración para acercarse a él y apuñalarlo. Cuando los vio, el general se atrevió a desembarcar. No se detuvo al pisar tierra, sino que se encaminó con paso decidido hacia la calzada que subía hasta la ciudad. Una mujer se adelantó y lo coronó con una guirnalda de flores. Él la besó en las mejillas, volvió a levantar el brazo y la multitud bramó. Después de aquel breve alto, se puso en marcha de nuevo, mientras el resto de la flota atracaba y desembarcaba los mascarones capturados al enemigo en las batallas que habían librado junto a las costas de Asia Menor.

Cuando Alcibíades se acercó al lugar donde se hallaba Nerea, el corazón de la cortesana dio un vuelco. Conocía aquella sensación. Solía experimentarla en casa de Mírrina, cuando un visitante más apuesto que los demás se perfilaba contra la claridad de la puerta de su alcoba y ella creía reconocer durante un segundo a su primer amante; y también cuando paseaba por el mercado de Atenas, o asistía al teatro, o a una procesión, y se cruzaba con algún hombre alto, de barba rizada y cintura estrecha. Cuando le pasaba, se le removían las tripas como si cayera en un socavón de la calle, pero al instante reparaba en su error y se llamaba a sí misma ingenua y estúpida.

Mas esta vez sintió que se precipitaba por un pozo sin fondo y que sus latidos, lejos de calmarse, se disparaban, pues cuanto más se acercaba aquel hombre más claro veía que era él. Diez años habían transcurrido, y aun entonces sólo entrevió su rostro a la luz de las lamparillas; pero tantas veces había saboreado aquellos breves recuerdos que conocía de memoria cada uno de sus rasgos. Era él, sin duda, su amante perdido. Guiado por una voluntad propia, o adivinando la de su ama, el brazo de Nerea se levantó para saludar. Alcibíades, que estaba a unos quince pasos, la miró dubitativo. Ella se descubrió la cabeza, se puso en pie y sonrió. Hubo comentarios diversos entre la gente que rodeaba al general («Qué desvergüenza, es una cortesana», pero también: «Qué guapa es, mirad qué cuello y qué ojos»). Nerea no los escuchó. Alguno hubo que la reconoció y la señaló

como la amante de Critias, de Lisias, de Aristófanes, pues todos aquellos personajes habían compartido su lecho. Alcibíades le devolvió la sonrisa y el saludo, pero Nerea se dio cuenta de que no la había reconocido: tan sólo se había mostrado amable y seductor con una mujer hermosa.

«Tengo que verle y hacerle saber quién soy», se prometió. «Como sea».

Aquella noche no hizo más que dar vueltas en la cama, cavilando qué podría hacer, mientras una comezón que nada lograba calmar recorría su cuerpo como un ejército de hormigas. Mil veces pensó en él y empezó a masturbarse, pero cuando llegaba al borde del orgasmo sus dedos se detenían, por temor de que la imagen de su amante se desvaneciera con el final del placer.

Cuando el oeste empezó a agrisarse con la fría luz que precede al alba, hizo venir al ecónomo de la casa. Grilo era un hombrecillo moreno, de dedos espatulados, que parecían estar siempre contando monedas. Se quedó a tres pasos de Nerea e inclinó la cabeza, pero ella olió de lejos su aliento ácido; sin duda, lo habían sacado de la cama y se le habían revuelto los humores por la súbita levantada.

—Grilo, en cuanto cante el gallo irás a buscar al Tábano y le dirás que Nerea quiere verlo, que es muy importante para mí.

—Lo traeré, señora.

—No es hombre al que se pueda imponer nada. Debes insistir en que es un favor que le pido, como una suplicante.

—Así lo haré, señora.

Aunque aún no había salido el sol, Nerea hizo que Crisis le preparara el baño. El corazón le palpitaba como si el visitante al que esperaba fuera el propio Alcibíades, y no el alcahuete que le serviría para llegar hasta Alcibíades. Mientras Crisis la secaba, Nerea pensó en despacharla sin someterse al ritual de la depilación. Sin embargo, tenía el pulso desbocado y los riñones llenos del placer que no había terminado de descargar durante la noche. No le vendría mal

desfogar parte de sus ardores. Se sentó y separó las piernas, y cuando la esclava acercó la pinza de plata, ella la agarró por la cabeza y la apretó contra su pubis. Crisis entendió lo que se le pedía y lamió con energía, casi con furia. El orgasmo no tardó en llegar, casi por sorpresa, y a Nerea se le escapó un gemido largo y profundo, casi un lamento. Crisis se apartó un poco y se enjugó los labios con la lengua. Nerea la ayudó a levantarse y la besó en la frente.

—Algún día te daré la libertad.

A la esclava se le humedecieron los ojos.

—¿Qué mal te he hecho, señora?

—Ninguno, Crisis. Siempre has sido buena conmigo. Por eso quiero ser agradecida.

La esclava se hincó de rodillas, le agarró la mano y se la besó.

—¡Deja que siga a tu lado siempre! No necesito más.

Nerea le acarició la mejilla. Aquel día se sentía llena de ternura, y la persona que tenía más cerca para derramarla era Crisis. Pero entonces la avisaron de que el Tábano había llegado. Nerea se olvidó de su esclava y de todo lo demás y acudió a la puerta a recibir al huésped.

El visitante, que se hacía llamar Tábano y Aguijón de los atenienses por su afición a atormentarlos con preguntas sin cuento, era un hombre sesentón, de hombros anchos y caídos y tripa prominente. Iba descalzo y tan sólo vestía un manto, aunque la mañana era fresca. Nerea sabía que siempre llevaba ese mismo himatión, ya soplara el gélido Bóreas o el Austro ardiente. Se acercó a él y le tendió las manos con una sonrisa, pues siempre agradecía sus visitas. El Tábano tenía ojos de escuerzo, grandes y saltones, con la córnea amarillenta, que parecían beberse todo lo que veían a ruidosos tragos. La barba y el cabello, que ya raleaba, formaban abrojos enmarañados. Aunque traía los pies grises de polvo y el manto cuajado de lamparones, no exhalaba olor alguno, ni bueno ni malo. Alguien comentó una vez que aquel hombre que no olía a nada, que no se emborrachaba por más vino que bebiera, que no se estremecía de frío ni sudaba de calor y que ante las mujeres y los efebos más

hermosos se portaba como un témpano, no era en realidad un ser humano, sino una visión fantasmal enviada desde la Isla de los Sueños. Pero sin duda, pensaba Nerea, si provenía de aquel mágico lugar, había salido por la puerta de cuerno, que es de donde acuden los ensueños veraces. Pues nada más que la verdad, por cruda que fuere, brotaba de los carnosos labios de Sócrates, hijo de Sofronisco, el Tábano de los atenienses.

—¡Salud, Sócrates! Gracias por acudir tan presto a mi llamada.

Se sentaron. Los sirvientes les trajeron el desayuno: fruta para ella, como todos los días, y para él vino con agua, aceitunas, queso fresco y pan recién tostado. Sócrates le preguntó a qué se debían tantas prisas.

—Quisiera pedirte un favor —confesó Nerea.

El Tábano entornó los ojos, que aún seguían siendo demasiado grandes, y le escrutó el rostro. Tras su examen, le dio el diagnóstico:

—Es un asunto de amor. El brillo de tus pupilas traiciona lo que siente tu corazón. ¿Cuál puede ser el objeto de amor de Nerea, la bella mujer a la que todos aman y desean?

—Tal vez podrías adivinarlo tú, sabio entre los sabios.

—Ajá. El dios no me ha otorgado la facultad de predecir el futuro —razonó él—, salvo cuando mi genio particular me advierte de que me abstenga de alguna acción, y no es ése el caso. Si tú insinúas que puedo adivinar de quién se trata, la respuesta debe de estar al alcance de mi razón humana.

—Así es, mi querido Sócrates.

—Y recurres a mí porque piensas que podría obrar de tercero entre la persona amada y tú.

—De nuevo aciertas.

—Luego es alguien a quien conozco.

—Ciertamente.

—Pero esa luz que tiembla en tus ojos no brillaba en ellos la última noche que te vi, cuando celebraste aquel banquete para agasajar al médico de Cos. De modo que o has descubierto que el objeto de tu amor era alguien a quien ya conocías, y ahora lo ves bajo una nueva luz, o se trata de alguien al que acabas de conocer, tal vez porque acaba de

llegar a la ciudad. —Sócrates meneó la cabeza y chasqueó los labios—. ¡Ah, mi querida Nerea! Alcibíades es un hombre peligroso, debo advertírtelo.

—¡Así que lo has adivinado! —aplaudió Nerea—. ¿Por qué dices que es peligroso?

—Sin duda has oído hablar de su fama. Entre los frutos que Alcibíades ha dado, predominan los agraces sobre los dulces. Fuimos compañeros de armas, aunque es mucho más joven que yo. Alcibíades me salvó la vida en una ocasión, y en otra fui yo quien lo protegí.

—Se dice que fuiste su amante.

—De la misma manera en que cuentan que he sido amante tuyo, mi hermosa dama.

Nerea bajó la mirada y se sonrojó al recordar la ocasión en que, por una apuesta con el bromista Aristófanes, trató de seducir al filósofo. Al final del banquete despidió a esclavos e invitados y logró que Sócrates acabara durmiendo junto a ella en el triclinio bajo la misma manta; pero al amanecer despertó entre sus brazos tan intacta como podría haber despertado entre los de su padre.

—No he conocido a hombre con mayores talentos que Alcibíades, hijo de Clinias —prosiguió Sócrates—. Posee la belleza, la inteligencia, la palabra. Pero los placeres y, sobre todo, la vanidad lo han dominado siempre. Es de los pocos hombres que, pudiendo conocer dónde está el bien, le dan la espalda y huyen de él. Te hará daño, Nerea.

—¿Por qué?

—Sois ambos demasiado bellos para amaros. Recuerda aquel banquete en que os conté lo que me había explicado la sabia Diotima: Eros es hijo de Poros y Penía, la Abundancia y la Pobreza. En sí mismo, el Amor es una criatura tosca y macilenta, de ojos febriles, descalza y pobre. Pero anhela la compañía de lo que no tiene ni posee, o sea, la belleza. Tú eres el perfecto objeto de amor, Nerea. Vives para ser contemplada y amada, tan lejos del suelo en tu pedestal divino que la suciedad del mundo material no puede tocarte. Los hombres dejan que Amor los posea y se arrastran a tus pies, mientras que tú les otorgas las sobras del festín de la

belleza que encierra tu alma. Pero si ahora bajas de tu peana y persigues en vez de ser perseguida, si cazas en vez de ser cazadora, te mancharás de barro y serás infeliz. Si tú, que eres como una llama, te acercas a otra llama, ambos os quemaréis sin daros luz y os consumiréis sin alimentaros.

Nerea pensó unos instantes antes de contestar.

—Soy infeliz, Sócrates. Desde hace tiempo, aunque no lo creas, anhelo algo que no tengo. Si mi destino es poseerlo solamente un segundo y abrasarme en la llama, que así sea.

Sócrates la miró muy serio con sus ojos de sapo y respondió:

—Pues entonces, que así sea.

Durante días, Nerea preparó un banquete que había de ser único. Con la guerra era difícil conseguir los ingredientes, pero ella se las arregló para traer todo tipo de manjares: erizo de mar sin espinas, sepia cocida a las finas hierbas, almejas crudas, nueces con miel, bayas de mirto tostadas, garbanzos cocidos con huevo duro, cordero adobado, carrillera de cerdo, guiso de cabrito sobre obleas de pan, rodaballo, filetes de tiburón, manzanas asadas. Incluso había anguilas de Copáis, aunque aquel lago perteneciera a Tebas, la odiada vecina de Atenas. Pero lo más exquisito no eran los alimentos ni el vino de Lesbos, sino los invitados.

Aquella noche asistieron el propio Sócrates, y también el político Terámenes, al que apodaban el Coturno porque, al igual que ese calzado, servía tanto para el pie izquierdo como para el derecho; y Lisias, el rico sofista, y el siempre bromista Aristófanes, y muchos más. La propia Nerea se proclamó simposiarca y decidió que se bebería una parte de vino por dos de agua, pues con tales asistentes el banquete sería más una ocasión para la charla que para el jolgorio, y procuró que las flautistas se vistieran con decencia.

Alcibíades no llegó. Estaba previsto que fuese el invitado de honor, pero, puesto que no comparecía, Nerea le concedió el sitio de su derecha a Terámenes. Éste se excusó y dijo que aquella distinción le correspondía a Sócrates y no a él.

—Recordad que el oráculo de Delfos dijo que era el más sabio de los hombres. No seré yo quien lo contradiga.

Comieron y charlaron, y los sirvientes retiraron las viandas y trajeron las segundas mesas para acompañar el vino, y el general seguía sin aparecer. Nerea fingía alegría para complacer a sus invitados, pero por dentro se sentía rota como una marioneta sin hilos. Sócrates le apretaba el brazo y trataba de distraerla con su conversación, pero ella oía sin escuchar, sus mejillas estaban rígidas como papiro y la lengua se le apelmazaba en la boca cuando intentaba hablar.

Pero cuando el primer invitado ya se excusaba para irse, alguien llamó a la puerta. El corazón de Nerea palpitó desenfrenado: «Es él, es él», le decía. «Calla, estúpido», contestó su mente, «creerías lo mismo aunque fuera un mendigo llamando para suplicar las sobras». Entonces se abrió la cortina que daba paso al salón y, escoltado por Tratto, apareció Alcibíades.

Nerea enrojeció al verlo y escondió la cara tras la copa para disimular su rubor, pero aun así no tuvo más remedio que saludarle como anfitriona que era. Luego no recordaría las palabras que pronunció, pero sin duda sonaron torpes y sin sentido.

Muchos fueron los asuntos de los que hablaron aquella noche, y desde el momento en que llegó Alcibíades, Nerea opinó de todos con ligereza y con la misma ligereza los olvidó. Su corazón era un tambor y sus venas un torrente, como cuando de niña recogía un caparazón en su playa secreta, se lo arrimaba al oído y escuchaba aquella marea encerrada en una concha. Cada vez que bebía, aprovechaba para mirar a Alcibíades desde el borde de su copa. Él reparó en Nerea y se sonrieron en privado. «Qué guapo es», se repitió, aunque sabía que tenía ya más de cuarenta años. Quién le habría dicho cuando era niña que se enamoraría de alguien tan viejo. Mucho se temía que él no la recordaba; pero al menos ahora pensaría que estaba viendo a una bella cortesana. Nerea confiaba en que Alcibíades no se resistiría a los encantos que durante tantos años había cultivado, como si toda su carrera de hetaira hubiese sido un entrenamiento

para aquella noche.

Sócrates ofició de alcahuete y consiguió que todos los invitados se fueran a una hora prudencial, incluso los más remolones, como Aristófanes, que jamás decía que no a una última copa de vino. Al final, todos desfilaron ante Nerea, borrosos para ella como sombras del Hades. Sócrates pasó el último y la besó en la mejilla.

—Gracias, mi querido Tábano —se despidió Nerea, pero antes de que el filósofo abandonara la sala ella ya había dejado de mirarlo.

Ya sólo quedaban ella y Alcibíades, frente a frente, separados por un velador de mármol. Nerea alargó la mano para tomar su copa y la dejó un instante sobre la mesa. Como esperaba, Alcibíades estiró también su brazo y le acarició los dedos. La joven cortesana sintió que algo se derretía bajo su ombligo.

—Sigo llevando a Amor en mi escudo —dijo él—. Pero tú has crecido mucho. Ya no eres una dulce niña, sino una hermosa mujer.

—¿Te acuerdas de mí, pues?

—¿Cómo iba a olvidarte?

—¡Es una trampa! —protestó Nerea con una carcajada—. Sin duda, Sócrates te ha contado algo.

Él se levantó del triclinio y se acercó al de Nerea. Los olores se entreveraban en el aire (las viandas, el vino especiado, el incienso y la madera de cedro que ardían en los pebeteros, el sudor agrio que habían dejado algunos invitados), pero el perfume de Alcibíades se introdujo entre ellos y llegó hasta el estómago y el vientre de Nerea.

—Sócrates sólo me dijo que estaba invitado a cenar en casa de una hermosa mujer. La política y los asuntos de la guerra me han retenido hoy hasta tarde y ya había desistido de venir, pero lo hice porque quería demostrar a mi viejo maestro que a veces cumplo mi palabra. Ahora, pese a lo fatigado que me encontraba, me alegro de haber venido. Y no por Sócrates.

Se inclinó sobre ella y la besó. Nerea, que había perdido la cuenta de los hombres para los que había abierto los

muslos, deseó sentirse doncella de nuevo. Con voz ronca le pidió a Alcibíades que la tomara en brazos. Él la levantó sin aparentar esfuerzo, pues sus brazos eran fuertes, y el cuerpo de la joven liviano y flexible. Nerea le indicó por dónde debía ir para subirla a su alcoba privada. Ningún mortal le había hecho el amor en ella; era lo más que podía ofrecerle al amante al que había esperado durante diez años, para que de nuevo pudiera cobrarse sus primicias.

Aquella noche, después del sexo, Nerea se tumbó sobre el costado derecho y contempló las estrellas que la saludaban desde la ventana abierta. Detrás de ella, su amante se acopló a las curvas de su cuerpo (rodillas con corvas, pubis con nalgas, abdomen contra espalda), y le cubrió ambos pechos con la mano y el antebrazo. Nerea sentía el cosquilleo de su aliento erizándole el vello de la nuca. Poco a poco, acompasó su respiración a la de él y cerró los ojos. Todos los anhelos habían desaparecido. Ya no buscaba nada más. Era la felicidad.

Durante un tiempo, Nerea dejó de ser cortesana y Alcibíades dejó de ser general y político. Se encerraron días y días en casa de ella, e hicieron el amor, se aparearon, copularon, fornicaron, yacieron, jodieron y follaron de mil maneras posibles. Los vecinos que pasaban por la calle oían gritos y gemidos que salían por las ventanas a cualquier hora del día, y unos lo comentaban con rencorosa envidia y otros con admiración. Pasaban casi todo el tiempo recluidos en la alcoba, pero también hacían incursiones por el patio. El deseo los incendiaba en cuanto recobraban las fuerzas, así que mientras nadaban en la piscina volvían a arrojarse el uno en los brazos de la otra y follaban como posesos ante los excitados ojos de media servidumbre.

El espejo de cristal y azogue maravilló a Alcibíades. Al principio, Nerea se negó a explicarle cómo había llegado a sus manos, pero al final lo confesó y también le reveló todos sus devaneos con los dioses. Temía que se mofase de ella, pues Alcibíades tenía un humor muy zumbón, pero se lo

tomó en serio.

—Pensé que eras como tu amigo Critias y que no creías en los dioses.

—¡Mi amigo…! —Cuando escuchó aquel nombre, Alcibíades enseñó los dientes en una sonrisa lobuna—. Critias cree que me utiliza, pero soy yo quien se aprovecha de él. ¡El ingenuo! Tal vez un día fue mi amigo, pero después se convirtió en una alimaña rabiosa. Tarde o temprano alguien tendrá que exterminarlo.

Nerea sonrió, pues no podía haber estado más de acuerdo. De pronto, Alcibíades le mordió un pezón y luego le preguntó:

—¿Has sido su amante?

Ella enrojeció y agachó la mirada. Alcibíades la obligó a levantar la barbilla y la besó en los labios.

—Sé a qué te dedicas. La primera mujer a la que amé fue una cortesana, ¿sabes? Pero ya se había retirado y nunca pude poseerla. Fue la única mujer a la que nunca conseguí.

Alcibíades rememoró su niñez. Desde que tenía uso de razón, estaba enamorado de Aspasia, la concubina de Pericles. Era una mujer muy hermosa; no tanto como Nerea, pero sabía seducir a los hombres con sus ojos grandes y oscuros y sus palabras susurrantes. Alcibíades vivía en casa de Pericles, pues su padre había muerto en una batalla cuando él tenía tres años, y el gran estadista se había convertido en su tutor legal por ser pariente de su madre. Desde muy pronto todo el mundo alabó la belleza de Alcibíades, y muchos trataron de seducirlo incluso antes de la edad exigida por la mínima decencia; pero él sólo tenía ojos para Aspasia.

—A lo mejor la amaba porque la sabía fuera de mi alcance —meditó hablando para sí mismo—. ¿Cómo podía yo rivalizar con el gran Pericles, al que muchos comparaban con Zeus?

En aquella época, una noche soñó con Atenea. La diosa se presentó en su cuarto y le sopló su aliento al oído, como si él fuera un héroe homérico. Alcibíades se incorporó en su lecho y la vio, alta y solemne y vestida con un largo peplo,

mirándole con sus intensos ojos glaucos. «Yo soy la doncella, yo soy la puta», le dijo. «Soy Atenea y también soy Atenas. Te odiaré y me entregaré a ti, te amaré y trataré de matarte. Morirás lejos de mi sagrado suelo y yo te lloraré cuando ya sea demasiado tarde».

Al oír la palabra *muerte* en labios de su amado, Nerea tuvo una visión en la que lo imaginó perfilándose sobre el fondo de un gran fuego y acribillado de flechas. Le dio miedo que aquello fuera una premonición enviada por los dioses, y lloró en silencio. Pero Alcibíades no reparó en sus lágrimas, pues tenía la mirada ausente, perdida en la luna llena que escalaba el cielo más allá de la ventana abierta.

Entonces, prosiguió su relato, Atenea se sentó junto a él en el lecho y lo destapó. El joven Alcibíades descubrió avergonzado que tenía una erección. La diosa agarró su *posthe* casi con ternura. Tenía los dedos fríos y lisos como metal y de ellos brotaba un cosquilleo que erizaba la piel.

—¡Es verdad! —exclamó Nerea, pues recordaba la sensación que despierta el tacto de los dioses.

Alcibíades siguió narrando su sueño. La diosa ni siquiera movió su mano: la palpitación que nacía de sus dedos se contagió a las venas del muchacho, la sangre afluyó a su miembro, el placer se expandió por su abdomen como cálidas ondas en un estanque. Una convulsión inesperada estalló desde sus riñones y se le contagió a las nalgas, y de su glande descubierto brotó un líquido blanco y espeso que hasta entonces no había sospechado que se ocultara dentro de su vientre. Su cuerpo se disolvió en un goce tibio y húmedo que lo dejó lleno de tristeza y vergüenza. La diosa desapareció y él se quedó solo, mirándose el miembro que ya se empezaba a arrugar y los muslos pringados de semen.

—Tal vez sólo fue un sueño. Pero lo que me advirtió la diosa se ha cumplido, así que sospecho que ella, de alguna manera, estaba allí. Por eso te creo, Nerea.

—Yo también te creo, mi amor.

Follaban sin cesar. A Alcibíades le encantó comprobar que

Nerea era una amante experta. A la mínima ocasión, bajaba la cabeza a su vientre y se metía su miembro en la boca. Él se trempaba y se excitaba tanto que quería clavársela, pero a veces ella no se lo permitía, se negaba a apartar los labios y seguía chupándole hasta el final. Le encantaba tragarse su semen y sentir su calidez en el estómago, cosa que no había hecho hasta entonces con nadie, pues de haber sido otro amante le habrían dado arcadas. Pero también le gustaba entreabrir los labios al final y dejar que el esperma goteara por el tronco del pene. Después lo extendía por el pubis de Alcibíades con la palma de la mano; y a veces incluso le pringaba todo el pecho y luego se frotaba contra él, hasta que los dos quedaban tan pegajosos como si se hubieran bañado en resina.

Nerea no necesitaba más que el cuerpo de su amante para ser feliz. Todo parecía perfecto como un diamante. Pero pronto percibió que una minúscula resquebrajadura se estaba abriendo en aquella joya. Cuando terminaban de hacer el amor y jadeaban sudorosos en la penumbra de la habitación, Nerea se pegaba como una lapa al cuerpo de Alcibíades, lo estrechaba entre sus brazos, venteaba el aroma de su pecho y sus axilas y le daba largos y húmedos besos. Él se dejaba hacer sin rechazarla, pero a veces carraspeaba y Nerea se daba cuenta de que tanta efusión empezaba a agobiarlo. Sin embargo, como el borracho que es incapaz de apartarse del vino, ella no conseguía concederle a Alcibíades ni un palmo de espacio, pues el olor de su cuerpo era una droga y un afrodisíaco al que no se podía resistir.

A Nerea le bastaba lo que tenía. A Alcibíades no. Siempre había buscado algo más allá, en la guerra y en la política, en el deporte y en el juego, sin conformarse nunca con lo que tenía; el amor no podía ser la excepción. Por eso incitaba a Nerea a que le detallara sus experiencias sexuales, aunque ella hubiera querido convencerse a sí misma de que antes de él no había existido nadie. Tanto porfiaba Alcibíades que al final Nerea le contaba los revolcones que se había dado en la mansión de Mírrina, y por exigencia de su amante tenía que confesar los detalles más crudos y describir con toda minucia

el placer que sentía. Mientras tanto, él se masturbaba, y cuando se iba a correr se incorporaba un poco en el lecho y regaba los senos, la tripa o el rostro de Nerea. A ella le encantaba sentir en su piel aquel fluido cálido que al contacto con el aire no tardaba en enfriarse.

Alcibíades sugirió que practicaran delante del espejo y ella aceptó. Lo pusieron frente a la cama y copularon en diversas posturas. Después, ella se apoyó en una pared y Alcibíades la penetró por detrás para que ambos pudieran verse de perfil. Él procuraba sacar la *posthe* más de lo normal para que Nerea pudiera ver cómo entraba y salía de entre sus nalgas. A ella le excitaba aún más, y al verse doblada sobre la cintura, con las tetas columpiándose al son de las arremetidas de su amante y el culo respingón recibiendo sus golpes, pensaba que en verdad tenía un cuerpo hermoso y que ambos hacían una buena pareja. También follaron sobre una silla, para que Alcibíades pudiera ver la espalda y las nalgas de Nerea botando sobre sus testículos, y ella torció el cuello para verlo y gritó de placer. Otras veces lo hacían de pie, y Alcibíades, sosteniéndola en vilo, se giraba sobre los pies para que ambos pudieran contemplarse a placer desde todos los ángulos. A Nerea le encantaba ver cómo los bíceps de su amante se marcaban al aguantar su peso y cómo sus dedos se le clavaban en las nalgas.

En otras ocasiones, Nerea se colocaba de cara al espejo y él, desde detrás, le sobaba las tetas con lujuria y le acariciaba el clítoris hasta arrancarle un orgasmo. Si veía que cerraba los ojos, se lo prohibía. «¡Ábrelos! ¡Mírate!».

Después era él quien se colocaba delante, y Nerea, a su espalda, se ponía de puntillas para asomarse por detrás de sus hombros y admirar su cuerpo depilado. Desde detrás, le cogía el miembro con la mano derecha, lo movía a un lado y a otro como una palanca, hasta que lo sentía llenarse entre sus dedos, y luego le masturbaba mientras con la mano izquierda le acariciaba los testículos. A la vez, se rozaba el pubis contra las nalgas de él, lo que le producía un placer extra, pues por un momento se imaginaba que lo poseía como si ella fuera un varón y él una hembra a su merced. En una de aquéllas, el

orgasmo le llegó por sorpresa, y al dejarse llevar por él aceleró tanto el ritmo de la mano que Alcibíades también eyaculó. Lejos de frenarse, Nerea, rechinando los dientes, le apretó tanto el miembro que el semen salió disparado como una andanada de flechas y manchó el espejo. Al darse cuenta, Nerea se llevó las manos a la boca y corrió a limpiarlo con un paño, temerosa de que un rayo celestial los castigara por tal profanación. Pero luego se rieron de aquello y lo repitieron.

En aquella época le llegó una carta de Corinto. Era de su amiga Fano. Pasión le había pedido que se casara con ella. Al parecer, el pirata había amasado dinero suficiente para establecerse en Corinto como un comerciante honrado y dejarse de empresas, como solía llamar a sus rapiñas. Nerea se alegró por ella y respondió deseándole buena suerte; con picardía, añadió que tuviera cuidado de no abusar de una salchicha tan gorda. Después se explayó explicándole a Fano cómo había encontrado por fin a su amante perdido, que no era otro que el célebre Alcibíades (le era imposible no sentirse halagada por compartir la cama con el hombre más célebre de Grecia). «Soy feliz; ya te contaré más», terminaba su carta.

Pero mientras que Nerea era dichosa tan sólo con amarlo, con complacerlo, con gozar de su cuerpo, su sexo, su olor y el sonido de su voz, Alcibíades se encontraba cada vez más inquieto y necesitaba probar nuevas sensaciones para no aburrirse de ella. Lo que más le gustaba era observar desde fuera, contemplar a Nerea y contemplarse a sí mismo, controlarlo todo como un titiritero, y por eso le había tomado tal afición al espejo que Nerea casi se sentía celosa de aquel artefacto. También le gustaba que otros los vieran. Llevó a Nerea a la mansión que el pueblo de Atenas le había devuelto, y allí se revolcaron por todas las estancias a la vista de los esclavos, a los que ordenaba que se estuvieran quietos y no dejaran de mirar. Otro día, en casa de Nerea, la sacó a la terraza, hizo que ella apoyara los brazos en la balaustrada y asomara la cabeza a la calle y la poseyó por detrás mientras

la gente pasaba por debajo.

Una vez, después de lamerle el clítoris a Nerea hasta conseguir que tuviera tres orgasmos seguidos, le pidió un deseo.

—¿Me lo concederás?

—Claro que sí —suspiró ella agotada y con las piernas abiertas de par en par para que el aire pasara entre ellos y le refrescara el sexo.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Lo que yo quiera?

—¡Claro que sí! —repitió Nerea echándose sobre él para darle besos de pájaro en los labios, en la barbilla, en los párpados, en la punta de la nariz.

Alcibíades le habló de Agatarco, un famoso pintor que años atrás le decorara la mansión. Ahora le había encargado una serie de dibujos, una colección privada que representaría las diversas posturas del amor. Quería que Nerea sirviera de modelo para esa obra.

—Lo haré si tú quieres —respondió ella excitada.

Ah, pero había algo más, añadió Alcibíades. No sería él quien posara con ella, sino un joven esclavo que había comprado, un lidio de asombrosa belleza llamado Candaules. Nerea se entristeció al oírlo, pues quería que su amante la tratara como a una mujer decente y él parecía empeñado en seguir tratándola como a una puta. Pero Alcibíades no había estudiado retórica en vano y logró embaucarla con dulces palabras. ¿No haría eso por complacerle? Cuando empezó a besarla en la boca con la misma pasión de aquella noche, diez años atrás, Nerea se rindió.

Durante varios días Nerea posó para Agatarco en la morada de Alcibíades. El pintor era un hombrecillo de mirada nerviosa y dedos inquietos, que antes de empezar se dedicó a dar vueltas alrededor de Nerea para estudiar sus formas. El propio Alcibíades fue quien le quitó el peplo para exhibir su cuerpo desnudo, y Nerea enrojeció de placer. Después entró

Candaules. Alcibíades no había exagerado. Era un joven alto, de hombros cuadrados y cintura escurrida en la que se marcaban los abdominales como trazos de cincel. Tenía los ojos grandes y sombríos, la mirada húmeda y un tanto remota, y los labios gruesos y rosados. Se movía con la languidez de un felino, y como un felino amenazaba con restallar en un movimiento fulgurante cuando se lo propusiera. Nerea se dio cuenta de que se había humedecido sin querer, fuera por deseo o por la excitación de exhibirse desnuda ante aquellos tres hombres.

Mientras Agatarco se retiraba unos pasos, Alcibíades dirigió la operación. A Nerea le mandó que se recostara en un triclinio, boca arriba, y separara los muslos. Después le desató el taparrabos a Candaules y le animó a acercarse a la joven con una palmada en el trasero. El lidio también se había excitado y su *posthe* empezó a desperezarse. Era una bestia gruesa y larga que, al estar depilada hasta los testículos, aún se veía más grande. El glande, como si tuviera vida propia, se hinchó y surgió de su cubierta de piel en busca del placer. Candaules trepó al triclinio, se puso encima de Nerea y apretó su cuerpo contra el de ella, como si estuvieran copulando. Nerea, al sentir su miembro cálido y duro contra su tripa, se preguntó cómo sería tenerla dentro.

—¡Así no sirve! —protestó Alcibíades—. No dibujes aún, Agatarco.

Tenía que ser auténtico, les explicó: se notaba que estaban posando y así no transmitirían nada de erotismo. Alcibíades apartó a Candaules, separó aún más los muslos de su amante y le abrió los labios. Tenía la raja tan roja y húmeda que chapoteó bajo sus dedos.

—Es aquí donde tienes que meterla. ¡Vamos!

Nerea enrojeció, pero no se movió ni dijo palabra. El lidio se masturbó un instante y el pene se le arqueó hacia arriba, apuntándole al ombligo como si fuera una estatua de Príapo. Después se lo agarró, volvió a encaramarse al triclinio y lo introdujo entre los labios de Nerea. Poco a poco fue empujando, hasta que más de la mitad de su *posthe* desapareció entre las piernas de la joven. Nerea apretó los

dientes, pues aquel miembro era tal vez el mayor que un ser humano le hubiera clavado y le daba la impresión de que las entrañas iban a desgarrársele. A una orden de Alcibíades, agarró a Candaules por las nalgas y se apretó contra él. El esclavo tenía el culo prieto y a la vez suave como la piel de una manzana. «Así que quieres que me exhiba», maldijo a Alcibíades entre dientes, «pues bien, vas a enterarte».

Mientras Agatarco los dibujaba, hicieron el amor muy despacio. Candaules se movía apenas lo justo para mantener la erección. Nerea y él se miraban a los ojos, respiraban hondo y no decían nada. No había amor entre ellos, ni siquiera el deseo que suele existir entre un hombre y una mujer. Más bien se deseaban a sí mismos al sentirse expuestos en los brazos del otro, Narciso y Narcisa, y disfrutaban de la exhibición. Alcibíades, entre tanto, los observaba desde un sillón de madera al tiempo que bebía una copa de vino. Con las piernas cruzadas como las tenía, Nerea no podía averiguar si tenía una erección, pero sospechaba que sí. Al cabo de un rato, Agatarco les informó de que ya había terminado el dibujo. Los modelos se separaron (el pene de Candaules salió con un ruido viscoso) y examinaron la obra.

—Es maravilloso —dijo Nerea, que enrojeció de placer al reconocerse en el dibujo.

Probaron una postura tras otra, muchas más de las doce que Nerea había visto en el manual de Cirene. Nerea se puso encima, detrás, de lado, chupó el prodigioso miembro del lidio, se dejó lamer por él, y lo hizo a conciencia, para que Alcibíades supiera cuán puta podía ser si se lo proponía. Folló colgada cabeza abajo, apoyando tan sólo las manos en el suelo, con una pierna en alto, con las dos sobre los hombros de Candaules. Durante aquella sesión se corrió más de una vez. Los movimientos de ambos eran tan lentos y la sangre afluía tan despacio que la erección del lidio y la turgencia de su propio clítoris se hacían dolorosas. Nerea sabía que tenía que contenerse, ya que ahora estaba ejerciendo como modelo y no como prostituta. Tal vez porque quería reprimir el placer, aunque apenas contraía las nalgas, el orgasmo subía incontrolable.

En una de aquellas ocasiones, Alcibíades presintió que ella se iba a correr, abandonó el asiento y se plantó a su lado para mirarla de cerca. A Nerea le prohibió desviar los ojos del lidio, pues debía seguir posando. Ella se mordió los labios, entrecerró los párpados y todo su rostro se contrajo por el esfuerzo de disimular el clímax. Sus nalgas respingonas se apretaron solas y la levantaron un par de dedos sobre el triclinio, transmitiendo este movimiento a Candaules. El rostro del lidio cambió de expresión un instante; después, Nerea sintió cómo su cálido semen se derramaba en su interior. Aquella involuntaria eyaculación fue larga, muy larga, y tan placentera que Nerea estalló en gemidos. Después quisieron apartarse el uno del otro, pero Alcibíades se lo prohibió, pues Agatarco aún no había terminado aquel dibujo. Nerea se quedó quieta y notó como la *posthe* del lidio se adormecía. Entonces empezó a apretar las paredes de su vagina y a mover de forma casi imperceptible el culo, hasta que la bestia volvió a despertarse. No tardó en estar tan dura como antes. Mientras, Alcibíades se acercó a examinar el dibujo de Agatarco y le pareció que, para él, ya estaba terminado, por lo que ordenó a Candaules y Nerea que lo dejaran ya. Pero ahora fue ella quien se negó a soltar al lidio, le anudó la espalda con las piernas, se apretó contra él y le amasó las nalgas entre los dedos. Aquélla era una pose inesperada que Agatarco se apresuró a bosquejar, pues era evidente por las convulsiones de los modelos que aguantarían poco tiempo así. Nerea alzó aún más el trasero, se estrujó contra el duro cuerpo del lidio y se frotó el clítoris contra los huesos de su pubis. En venganza contra su amante, gritó como loca cuando llegó al orgasmo, y en ese mismo momento notó la calidez que volvía a escupir la polla de Candaules. Después, ambos se desplomaron desmadejados sobre el triclinio. Alcibíades acudió a toda prisa y apartó al muchacho, que retrocedió tapándose el miembro con las manos como si de pronto hubiese recordado el pudor.

—¡Marchaos los dos! —ordenó Alcibíades.

El pintor recogió sus bártulos y el lidio su taparrabos, y ambos salieron a toda prisa de la estancia. Nerea sorprendió

una expresión extraña en el rostro de su amante, la interpretó como ira y se acurrucó para protegerse de sus golpes. Pero Alcibíades se arrancó la túnica a tirones, abrió las piernas de Nerea y la penetró de un solo empujón. Aunque su miembro no era tan grande como el de Candaules, la excitación lo había endurecido como una barra de hierro. Mientras la follaba, el semen del lidio goteaba por entre las piernas de Nerea y le resbalaba, ya frío, hasta el culo. Alcibíades se apoyó sobre los brazos, arqueó el torso y empujó como un poseso. No tardó demasiado en eyacular a su vez, y su esperma se mezcló con el de Candaules. Después se desplomó jadeando sobre Nerea. Ella lo abrazó y trató de separarle los labios con la lengua, pero él le dio un beso superficial, se apartó con frialdad y de pronto recordó que debía reunirse con los demás generales para deliberar acerca de la próxima campaña en el Helesponto.

Después de la sesión de dibujo, Alcibíades abandonó la ciudad por unos días, aunque le prometió a Nerea que no tardaría en volver. Aquella espera se le antojó más larga que los diez años que había esperado el regreso de su amante perdido. La cama le parecía grande como una estepa, los días grises y las noches frías y eternas. Tan sólo una mañana dejó que Crisis la acariciara con su lengua solícita, pero no fue capaz de aliviar el placer encerrado porque tenía la cabeza perdida en otra parte.

En los corrillos se decía que Alcibíades había vuelto a su vieja naturaleza y que dilapidaba el dinero en dados y en putas. Nerea no quería escuchar. Un día apareció Critias, y por primera vez se negó a recibirlo. El eupátrida aporreó la puerta y no se marchó sin antes imprecar y amenazarla. En otra ocasión fue Éuporos quien la visitó. Su viejo amante le aseguró que no quería acostarse con ella, pues sabía de sobra cuál era su ánimo. Nerea, que deseaba compañía, lo recibió en el patio, junto a la alberca, y tomó un refrigerio con él. El mercader le recordó que la quería bien, pues eran amigos desde hacía mucho tiempo, y se disculpó porque en los

últimos tiempos no podía frecuentar su compañía tanto como él quisiera, ya que se había casado. Después la previno contra Alcibíades. Todo el mundo sabía que estaba corriéndose francachelas por las islas del Egeo con su amigo de siempre, Antíoco, un individuo de baja estofa que ejercía de piloto en la nave capitana y de lugarteniente en sus ausencias. Y no sólo eso, sino que además se le había visto en compañía de una hermosa cortesana llamada Timandra.

—Agradezco tu interés —contestó Nerea—. Pero si vienes a envenenar mis oídos, prefiero que te quedes en tu casa con tu amada esposa, que es sin duda el mejor lugar en el que podrías estar.

Éuporos se apresuró a disculparse y cambió de asunto. Pero la semilla ya había sido sembrada.

Poco después, Alcibíades regresó a Atenas. Con todo, tardó tres días más en presentarse en casa de Nerea. Ella lo recibió con gesto indiferente, dispuesta a hacerle pagar por su ausencia, y sobre todo por aquella última demora, el peor de los desprecios; pero en cuanto él la abrazó, le apretó las nalgas y se rozó contra su pubis, Nerea sintió que las piernas se le derretían, las abrió y se olvidó de todo.

Después de hacer el amor, bebieron vino y remolonearon en el lecho. Alcibíades venía más moreno, pues el sol del Egeo le había bronceado en el puente de la nave. No quería hablar de negocios ni de política. Tan sólo comentó que lo más trabajoso ahora era conseguir dinero para pagar a los remeros de la flota; en cambio, los espartanos reclutaban a todos los que querían gracias a que los sátrapas persas los estaban financiando con sus inconcebibles riquezas. La clave de la supervivencia de Atenas, su hegemonía en el mar, estaba amenazada.

Después, con una sonrisa enigmática, le preguntó si querría ir a su casa a cenar. Aunque ya le había traído un carísimo perfume sirio, quería ofrecerle otro regalo. Nerea aceptó y se incorporó en el lecho, tan sólo con la intención de acercarse más a Alcibíades, cubrirlo con su cuerpo y

comérselo a besos. Pero él, entendiendo que Nerea le daba permiso para separarse, se puso en pie, se vistió a toda prisa y se despidió de ella hasta la noche.

No había más invitados que Nerea. Cenaron a solas, recostados en el mismo triclinio, servidos por una esclava envuelta en velos que se movía silenciosa como un soplo de brisa. Alcibíades, que estaba muy animado y cariñoso, se dejó besar como le gustaba a Nerea. Entre trago y trago se restregaron el uno contra el otro como dos gatos. Nerea quería que Alcibíades despidiera a la esclava y que volvieran a hacer el amor, pero él le pedía que tuviera paciencia y le rellenaba la copa una y otra vez. En la mezcla había más vino y menos agua que otras veces, como si quisiera emborracharla. ¿Para qué, se preguntaba Nerea, si con que le posara la punta del dedo en el vientre ella le abriría las piernas?

A la siguiente vez que la esclava les rellenó las copas, ya no se retiró, pues Alcibíades le indicó con una seña que se quedara allí. Después acercó su rostro al de Nerea y empezó a acariciarle la oreja con la punta de la lengua.

—Tengo algo que pedirte.

—¿Otra vez? —se rió ella, achispada por el vino.

—¿Acaso no te gustó mi último capricho? Juraría que te corriste más de una vez, y no era mío lo que tenías dentro.

Ella volvió a reírse y confesó que había sido divertido y excitante, pero le daba miedo imaginar qué nueva ocurrencia podría haber brotado de aquella mente febril. Alcibíades le susurró al oído:

—Quiero que hagas el amor con esta mujer.

Nerea levantó la mirada y vio a la esclava cubierta de velos. El rostro ni siquiera se le intuía, pero las formas del cuerpo eran sinuosas.

—¡Eres un puerco! —protestó entre carcajadas—. ¿Cómo voy a hacer eso?

—Me has confesado que Crisis te da placer, no lo niegues ahora.

—No es lo mismo. Es mi sirvienta, y tan sólo me… dejo.

—Tú lo has dicho. Déjate ahora otra vez.

La mujer se quitó el velo que le cubría el rostro. Tenía los ojos grandes y almendrados y el cabello de azabache, la nariz recta como la de una estatua y los labios cortos y gruesos. Sin dejar de mirar a Nerea, se fue despojando del resto de los velos. Primero descubrió los pechos, más grandes y pesados que los de Nerea, con pezones muy oscuros y arrugados como pasas. La joven se dijo que sería encantador mordisquearlos entre los incisivos, y luego ahuyentó esos pensamientos, pues si les daba pábulo, Alcibíades se acabaría saliendo con la suya. Pero después la mujer se dio la vuelta y cuando se quitó la ropa que le cubría las caderas, lo hizo inclinándose hacia delante, de modo que sus nalgas rotundas quedaron a un palmo del rostro de Nerea. De su sexo emanaba un olor almizclado. Alcibíades tomó la mano de Nerea y, venciendo su débil resistencia, la obligó a deslizarse entre aquellos muslos de seda.

—¿Ves? Timandra está empapada. No querrás dejarla así…

Nerea suspiró, pues en su interior luchaban los celos, la culpa y el deseo. De modo que aquélla era Timandra, la cortesana que le hacía la competencia. Mas no pudo decir nada, pues Alcibíades le tiró del brazo izquierdo, que era el que le sostenía la cabeza alzada sobre el triclinio, la obligó a tumbarse boca arriba, y con la habilidad que le daba la práctica la despojó de las ropas. Entonces Timandra, que también estaba desnuda, se recostó en el lecho y se inclinó sobre ella. Mientras Alcibíades la sujetaba por los brazos para mantenerla inmóvil, la cortesana se dedicó a olisquearla y a acariciar con su aliento cada rincón de su cuerpo. Nerea empezó a estremecerse y sus muslos se frotaron uno contra otro sin que ella se lo pidiera. Alcibíades debió de pensar que ya no se volvería atrás, se levantó del triclinio y se apartó para observarlas mientras se servía otra copa de vino. Timandra se puso a horcajadas sobre el estómago de Nerea y la acarició con los cabellos.

—¿Te gusta?

—Mmmmm… —contestó Nerea cerrando los ojos. Sus pezones duros como cuentas de cristal hablaban por ella.

Timandra se acercó más, hasta rozar con su piel la de Nerea, y luego remó con las piernas, adelante y atrás, adelante y atrás. Cada vez que pasaba, sus pechos se tocaban con los de Nerea, quedaban un instante atrapados y luego se soltaban con un bamboleo mórbido. Nerea se abandonó a la tentación, levantó los brazos, que hasta entonces habían estado sujetos al triclinio por ataduras invisibles, y acarició la espalda de Timandra. Aunque sus pechos fueran opulentos, tenía la cintura estrecha y los riñones magros. Los dedos de Nerea corretearon por la deliciosa hendidura de su espina dorsal y la exploraron hasta acercarse a las nalgas. Cuando llegó allí, no pudo resistirse más y las apretó para obligar a la cortesana a bajar el cuerpo. Sus pechos se aplastaron uno contra otra, sus vientres se tocaron y Nerea sintió cómo el vello púbico de Timandra se le clavaba en los labios y en el clítoris. Nerea la mordió en el hombro y la lamió con un gemido. Después se besaron. Fue un beso muy distinto de todos los que había recibido hasta entonces, más suave y fresco. La lengua de Timandra era más pequeña y triangular que la de un hombre, y parecía ocupar menos sitio cuando le exploraba la boca. Empezaron despacio, y luego se animaron, se comieron con gula, se mordieron los labios, intercambiaron sus salivas, se introdujeron un dedo en la boca para ayudar a la lengua. Mientras se comía a Timandra, Nerea recordó con pena a su amiga Fano y lamentó no haberla besado nunca, pues ahora se daba cuenta de que era una sensación deliciosa.

Sin dejar de besar a la otra mujer, Nerea torció el cuello para mirar a Alcibíades. Esta vez su amante no había podido aguantar la excitación, pues se estaba masturbando sentado frente a ellas y su *posthe* se erguía más tiesa que otras veces. «Así que quieres espiar», pensó Nerea; «pues te daré algo que mirar, mi Acteón». Como era más fuerte que Timandra, la volteó y la obligó a ponerse boca arriba. Siguió besándola un rato y le mordisqueó la comisura de los labios. Después extendió la lengua y con el dorso bajó por su barbilla,

llenándola de saliva. Timandra se restregó en el triclinio, movió el trasero, se refregó los muslos. Cuando Nerea llegó a los pechos, se detuvo un momento, indecisa, pues se dio cuenta de que siempre había deseado hacer eso. «Disfruta», se dijo, y cerró una mano ávida sobre la teta izquierda y la amasó como pan crudo, al igual que de niña había visto hacer al dios-cabra. Después abrió la boca, introdujo el pezón derecho y parte de la carne que lo rodeaba y lo succionó, mientras con la lengua masajeaba como si fuera un bebé tratando de sacar leche. Timandra gemía y le clavaba los dedos en la cabeza para que no pudiera escapar. Nerea le chupó el pezón de la misma forma que habría lamido una *posthe*, pero aquello no le bastaba, así que bajó una vez más y hundió el rostro entre los muslos de la cortesana.

Nerea conocía el sabor de su propio sexo, por sus dedos y por los labios de sus amantes. El de Timandra era más intenso y almizclado; los labios los tenía gruesos y oscuros, y el clítoris, en cambio, más pequeño que el suyo. Sin embargo, mientras lo recorría entero con largos lametones en los que usaba primero el dorso de la lengua y después la punta, pensó que, de alguna manera, había llegado a casa, que aquél era terreno familiar y que sabía bien cómo debía obrar. Ya no se acordaba de que Alcibíades estaba allí, tan sólo de que bajo la boca tenía un *choiríon* jugoso al que dar placer. Timandra gimió y le buscó el sexo con las manos. Nerea, al recordar una ilustración que había visto en casa de Mírrina y que representaba a dos ninfas lamiéndose mutuamente, se volvió hasta ponerse a horcajadas sobre la cara de Timandra, de tal forma que ambas podían darse gusto. Se chuparon a conciencia. Nerea cerró los labios y dobló la lengua para formar una minúscula cavidad en la que acomodó el clítoris de su compañera, y se dedicó a sorberlo como si fuera una golosina. Timandra le daba lengüetazos más largos, aunque también se detenía en el clítoris lo suficiente como para enviarle oleadas de placer. Se comieron durante un buen rato, tratando de acompasar sus ritmos. Entonces, por sorpresa, Timandra buscó su culo y le metió un dedo. Nerea trató de escapar, pero algo la retuvo, y se dio cuenta entonces

de que Alcibíades estaba junto a ellas y era el que le había plantado las manos en la espalda para evitar que se moviera. La sensación era rara y dolorosa, pero también acrecentaba su placer, así que acabó rindiéndose a ella. La lengua de Timandra se aceleró, y la de Nerea también lo hizo en respuesta. Se dio cuenta de que el orgasmo empezaba a subirle desde el interior del vientre, y redobló la intensidad de sus lametones para conseguir que su compañera llegara al clímax antes que ella, en una carrera por dar más placer del que recibía. Pero no lo consiguió. Sus muslos se apretaron contra el rostro de Timandra y gimió mientras se corría. Aun así, no dejó de chupar, y esta vez fue ella la que sintió cómo las piernas de la otra mujer le apretaban las orejas en contracciones que seguían los ritmos convulsos de su orgasmo.

Después, las dos mujeres se abrazaron y besaron, intercambiándose jugos y sabores junto con la saliva. Timandra le sonrió con ternura, casi con pena.

—Eres muy hermosa, Nerea —le dijo—. Pareces una diosa bajada del cielo.

La noche no terminó allí. Alcibíades estaba más excitado que nunca y se dedicó a follarlas por turnos y en diversas posturas. Nerea olvidaría más tarde muchas de las combinaciones que formaron, pero algunas de ellas fueron tan placenteras que se le quedaron grabadas en el recuerdo. El mejor de sus orgasmos fue el que disfrutó tumbada de lado, mientras él le clavaba el miembro por detrás y le masajeaba los senos. Timandra estaba delante y, a la vez que Alcibíades la follaba, ella le lamía el clítoris y los labios, y más de un lengüetazo se le escapaba a la polla cercana. Nerea pensó que no podía sentir más placer sin acercarse a la terrible experiencia de los dioses, y en verdad aquel orgasmo fue tan intenso que acabó causándole dolor.

Mientras tanto, el vino seguía corriendo. A Nerea, que estaba cada vez más borracha, las imágenes y las sensaciones se le confundieron en una niebla de jadeos, labios, dedos, fluidos, dientes, cabellos, pezones, testículos. Tal vez fue al final cuando Alcibíades se tumbó boca arriba y ellas dos le

hicieron una felación por turnos. Sobre el glande de él aprovecharon para besarse, lo regaron de saliva y cada una recogió la de la otra. Libraron una batalla de lenguas a lo largo de todo el tronco, y luego se repartieron el trabajo. Mientras una sorbía el glande, la otra recorría los testículos con la lengua, para cambiarse al rato. De vez en cuando abandonaban a Alcibíades y se besaban con gula, pero él las agarraba del cabello y las obligaba de nuevo a volver a la labor. Nerea no recordaba quién se la estaba chupando cuando él se corrió, pero sí que después ella y Timandra se besaron y jugaron con su semen como si fuera una golosina.

Nerea se despertó desorientada. Las imágenes de la noche anterior se agolpaban en su memoria como los espíritus de los muertos se habían amontonado a la invocación de Ulises. Cuando intentó incorporarse, la cabeza empezó a girarle en un torbellino de luces. Se dejó caer en el lecho y Sintió que se hundía en él como si su cuerpo fuera de plomo. Palpó a su lado buscando a Alcibíades, pero no lo encontró. En la oscuridad, no reconocía aquella habitación. Olía a vino y a sudor. Sintió repugnancia de sí misma, pero no era capaz de levantarse para buscar unos baños. De nuevo se hundió en el torbellino de su cabeza y lo olvidó todo.

Cuando volvió a despertarse alguien llamaba a la puerta. Era la voz de Crisis. Nerea se incorporó con cuidado, pues la cabeza aún le latía como un tambor. Estaba en su propia alcoba. Se preguntó qué hacía allí, cuando la última imagen que recordaba era la del triclinio de Alcibíades y un confuso montón de brazos, piernas y sexos.

—Pasa, Crisis.

La esclava entró casi de puntillas y antes de acercarse a la cama abrió los postigos para airear la estancia. A juzgar por la luz que entraba por la ventana, Nerea calculó que aún no era mediodía. Eso quería decir que no había perdido tanto tiempo.

—Parece que no he dormido mal… —musitó.

—Casi día y medio, señora.

Nerea dio un respingo. ¡Un día y medio!

—No puede ser…

—Te trajeron los criados del señor Alcibíades, señora —le explicó Crisis juntando las manos bajo la cintura y agachando la cabeza—. Estabas algo indispuesta.

—Borracha como una cuba, Crisis, puedes decirlo. ¿Por qué no me traes agua? Tengo la boca pastosa.

—Ahora mismo, señora.

Crisis se acercó de puntillas, le entregó una carta lacrada y salió de la alcoba a toda prisa. Nerea observó el sello, en el que un diminuto Eros alado armaba su arco, y el corazón se le aceleró. Pero respiró hondo, rompió el lacre y desplegó el papiro.

> Mi querida Nerea:
>
> No creas que te miento si te digo que los últimos meses han sido los más felices de mi vida. Doy gracias a los dioses por el favor que me han concedido al permitir que conociera a una mujer tan hermosa como tú. Y a ti te doy las gracias por haber nacido y por ser tan dulce y hermosa.
>
> Cuando leas esto me hallaré rumbo al este. El dios de la guerra, al que parezco más inclinado que al del amor, me reclama para sí. Ignoro cuándo volveré a Atenas, si lo haré como triunfador o cargado de cadenas, de pie sobre el puente de la nave capitana o envuelto en una mortaja de lino.
>
> No intentes escribirme, pues no leeré tus cartas. Insúltame si quieres, mi pequeña Nerea, y maldíceme. Huyo de ti, sí, pues tu amor es una llama demasiado intensa y siento que me está quemando. Hace tiempo descubrí que soy incapaz de amar como los demás, que sólo sé causar dolor a quienes me rodean. Ahora, por lo menos, intentaré salvar a mi ciudad en esta hora de tribulaciones. Deséame suerte en esta misión, aunque por lo demás escupas cada vez que escuches mi nombre.
>
> Olvídame, busca a un hombre como el que tú te

mereces, ten hijos y una vida próspera. Olvida también que los dioses te tocaron una vez y trata de llevar una vida feliz.

Alcibíades, hijo de Clinias.

Durante muchos días Nerea se negó a salir de la habitación, no comió y apenas bebió. No dormía ni velaba, sino que se agitaba entre confusos recuerdos de lo que fue y ensueños de lo que podría haber sido. Crisis la cuidó, a los pies de la cama cuando Nerea se lo permitía y detrás de la puerta cada vez que la echaba de la alcoba. Por más que su ama se negara, todos los días le traía caldo, pan y queso fresco, y no se inmutó cuando Nerea le tiró la sopa caliente encima.

Un día llegaron noticias de Alcibíades. Los esclavos se reunieron en una pequeña asamblea y deliberaron si habría que comunicárselas a la señora, como sostenía Grilo, el ecónomo, o mantenerla en una piadosa ignorancia, como decía Crisis. La opinión del ecónomo prevaleció, pero él no se atrevía a entrar en la alcoba de Nerea.

—Debes ser tú, Crisis. ¡Sube y díselo de una vez!

—Me niego a decirle nada hasta que se encuentre más fuerte —protestó la esclava—. No quiero romperle más el corazón.

—¿Qué es lo que creéis que puede romperme el corazón? —oyeron entonces.

Todas las miradas se volvieron hacia la escalera, por donde bajaba Nerea envuelta en una blanca túnica. Los sirvientes contuvieron el aliento y algunos invocaron a los dioses entre dientes. Nerea estaba más hermosa que nunca, como si las privaciones y el dolor hubieran alimentado su belleza. Sus ojos chispeaban como minúsculos mares al amanecer, en su piel se transparentaba el brillo opalino de una luz interior. Y sin embargo flotaba alrededor de ella un nimbo de tristeza incalculable, una nube oscura y tan vieja como el mundo.

—Señora —carraspeó Grilo—… Se han recibido noticias

de Alcibíades. La flota ateniense ha sufrido una importante derrota en Notio. En la Asamblea, los oradores lo han acusado de negligencia, pues al parecer abandonó su puesto y dejó el mando en manos de su amigo Antíoco, un inepto que entró en la batalla cuando las circunstancias eran desfavorables.

—Entiendo.

—Alcibíades ha caído en desgracia. Temeroso de la ira de los atenienses, se ha retirado a sus posesiones en Tracia. —Grilo añadió, casi sin quererlo, un remate cruel—: Creo que la hermosa Timandra está con él.

—Quieres decir con eso que no volverá, ¿verdad?

—Sí, señora.

—Eso ya lo sabía.

Por fin, Nerea se bañó, comió y reanudó una vida en apariencia normal. Pero ya apenas veía a los amigos, y de los pocos a los que recibía, a ninguno le hacía un hueco en su lecho. Los sirvientes murmuraban entre sí y Grilo echaba cuentas calculando cuánto tiempo podría estar el ama sin trabajar antes de que se les acabara el dinero. Sin que Nerea se diera cuenta, empezó a ajustar los gastos. La comida siguió entrando en abundancia, pero ya no eran manjares venidos del otro lado del mar, sino lo que cualquiera podía comprar en el mercado; y el vino era un caldo de la tierra, más peleón que los dulces mostos de Lesbos y Quíos pero también mucho más barato. Vendió además parte del mobiliario y de los tapices, ya que se había dado cuenta de que Nerea deambulaba por la casa como un fantasma y no reparaba en nada de lo que la rodeaba. Así se las arreglaron un tiempo.

La guerra no marchaba bien para la ciudad y la situación política andaba cada vez más revuelta. Los espartanos habían encontrado por primera vez a un gran general, Lisandro, hombre astuto y sin escrúpulos que jugaba las bazas de la diplomacia con tanta habilidad como Alcibíades, pero a cambio lo superaba en constancia y firmeza.

La clepsidra que medía el tiempo de gloria de Atenas

estaba agotando su agua.

Para Nerea la realidad exterior apenas existía. Tan sólo hablaba con Sócrates, porque la transportaba a un mundo construido con razonamientos y palabras abstractas, con luces nítidas y sombras cortantes, en el que sólo existía la mente y el corazón no tenía lugar. Pasaba el tiempo. Sus ojos se veían cada vez más tristes, pero su belleza crecía por dentro. Cuantos se cruzaban en su camino la contemplaban con anhelo y sentían el contagio de aquella inefable melancolía, pues comprendían que aquella mujer a la que deseaban desde la primera mirada estaría siempre fuera de su alcance.

Nerea empezó a soñar con la playa de su infancia. Pero en vez del arrullo de las olas, escuchaba una voz penetrante que le recordaba que aún tenía una promesa por cumplir. *Haz que me representen como soy, Nerea. Cumple tu palabra*.

Un día hizo llamar a Eucarpo, un joven escultor de cuyo talento todos se hacían lenguas. El artista, al encontrarse ante la mujer más bella de Atenas, se puso a tartamudear de forma lastimosa. Nerea se soltó la túnica delante de él y se quedó desnuda, como hacía mucho tiempo que no la veía un hombre.

—Quiero que me esculpas así.

—Será un honor para mí retratarte, Nerea.

—Pero no será a mí a quien retrates, sino a la diosa Afrodita.

Eucarpo tragó saliva.

—Eso va a ser más complicado, señora. Representar a una diosa desnuda es un atrevimiento al que yo… A lo más a que se atrevió el propio Fidias fue a esculpir los cuerpos de las divinidades insinuados tras telas mojadas. Pero la desnudez total, no puedo…

Nerea se acercó al escultor, que era más bajo que ella. Le tomó la mano, se la llevó a los pechos e hizo que se los acariciara. El escultor enrojeció y un bulto empezó a tomar forma bajo su túnica. Para acabar de animarle, Nerea le

acarició allí y sonrió con tristeza.

—Te puedo pagar con algo que muchos te envidiarán, sin duda. Tendrás el dinero que me pidas, pero además serás el último hombre que se acueste con Nerea la cortesana. ¿Qué contestas?

La estatua estuvo terminada un mes después. En ella, Afrodita aparecía de pie, con el torso algo ladeado y los brazos en alto, recogiéndose los cabellos de tal forma que todo su cuerpo quedaba expuesto a la vista sin el menor pudor.

Nerea expuso la escultura en el pequeño jardín que rodeaba su casa, pero la colocó sobre un alto pedestal para que todo el que pasara por la calle pudiese verla desde el otro lado de la tapia.

Después llegó la denuncia del sicofanta Nicodemo, aunque todo el mundo sostenía que era Critias quien se escondía tras aquella acusación de sacrilegio. Antes del juicio, Nerea encomendó a unos marinos que se llevaran la escultura fuera de Atenas, pues temía que algún fanático la destrozara. De su paradero nunca se supo. Tal vez acabó en una pequeña isla, sobre un acantilado asomado a poniente.

En cualquier caso, aquello sucedió hace mucho tiempo.

Anaitios

Recuerda…

La resina del pasado se ha fundido y con ella se han esfumado los recuerdos, aunque a Nerea ya no le quedan muchos más por invocar. Ahora la clepsidra que gotea es la que marca el tiempo del discurso de defensa. Nerea distingue sus palabras, pero no las entiende. Tal vez esté hablando en otro idioma.

Pero no, se da cuenta de que sigue siendo griego, el mismo dialecto ático que su amante Éuporos le enseñó cuando era poco más que una niña. El defensor le está pidiendo que se levante y se acerque. Nerea recuerda la táctica que ambos han decidido después de su última reunión: no han de recurrir a palabras, sino a hechos. Se incorpora despacio. Aunque en otras ocasiones semejantes su cuerpo había temblado de excitación, hoy lo siente frío y adormecido. A pesar de eso, camina hasta su abogado con el paso ondulante que le enseñó Mírrina, se planta a su lado, unos dedos más alta que él, y espera. La voz gutural de aquel hombre, uno de sus antiguos amantes, resuena ante los jueces, que aguardan curiosos. ¿Qué puede decir, qué puede querer mostrarles la acusada, que es una mujer y una extranjera al fin y al cabo?

—¡El acusador, ese sicofanta que en realidad habla en nombre de Critias, ese miserable, os ha dicho que representar a la diosa Afrodita con el cuerpo desnudo de esta mujer es algo impío, un repugnante pecado, un feo sacrilegio! ¡Pues bien, juzgad vosotros mismos la fealdad de esta acción!

Nerea y él han practicado para conseguir lo que pretenden en dos movimientos y acrecentar el efecto dramático. Con el primer gesto de sus dedos, el abogado le quita el manto azul.

Con el segundo, desata un lazo flojo, apenas anudado al cuello, y la túnica blanca resbala hasta los pies de la hetaira como la espuma del mar retirándose sobre la arena. Nerea mira de frente a los quinientos un jueces, levanta los hombros y se gira muy despacio, para que no quede un solo rincón de su cuerpo desnudo que no puedan contemplar a placer.

El abogado había previsto que estallara el escándalo, que el tribunal prorrumpiera en gritos, que la insultaran, que lanzaran bromas obscenas. Pero las voces de toda la sala se han convertido en una sola, se han contenido en un único aliento. Se puede oír cómo en el tobillo de la cortesana tintinea una ajorca de oro mientras ella se da la vuelta y ofrece su espalda y sus nalgas al tribunal. Ni siquiera cuando el sacerdote va a descargar el hacha sobre la testuz de la víctima el silencio es tan espeso.

El abogado comprende ahora que el efecto teatral que planeara ha resultado, con creces, más eficaz de lo que sospechaba. Ni él mismo recordaba que Nerea fuera tan hermosa. No se atreve a expresarlo en voz alta, pero piensa que si existe un sacrilegio allí, ha sido el de ponerle el nombre de Afrodita al retrato de una mujer que es más bella que las diosas.

Los jueces desfilan con las piedrecillas escondidas en las manos cerradas y éstas ocultas bajo los mantos. Cuando pasan entre las dos urnas, la de culpabilidad y la de inocencia, dejan caer la piedra en el lugar elegido para manifestar su voto. El abogado de Nerea contempla el proceso. Si su amiga es condenada, propondrá una multa en vez de la pena de muerte que exige el acusador, pues a veces los jueces eligen una sentencia intermedia.

Mientras tanto, Nerea descansa en una pequeña sala contigua al tribunal. Como el día ha sido largo, los funcionarios le han traído pan, queso fresco y agua de la fuente Calírroe. Les sorprende que una mujer, una cortesana cuya vida se está decidiendo a pocos pasos, se muestre tan serena. Pero lo cierto es que una paz inefable se ha

apoderado de Nerea, pues acaba de comprender que ahora, delante del tribunal, ha cumplido por fin la promesa que le ofreció a Afrodita. Su respiración es cada vez más pausada, los ojos de azul ahumado se cierran…

El recuento de los votos sorprende a todos, al abogado y al acusador, al presidente, al público e incluso a los jueces, pues cada uno de ellos cree sin duda que la divinidad le ha inspirado, a él y sólo a él, su decisión. No se recuerda una unanimidad tal en los tribunales atenienses. Quinientas una piedras declaran que la cortesana Nerea es inocente del delito de sacrilegio.

El abogado corre a la salita contigua a comunicar el veredicto. El gesto de Nerea dormida es tan dulce que le da pena despertarla, pero quiere ser él quien le dé la buena noticia, ya que le ha invadido el deseo de su cuerpo desnudo y piensa que tal vez logre recobrar sus favores. Le aprieta el hombro y no consigue nada, así que la sacude con más fuerza. Nerea no se despierta.

El antiguo amante se arrodilla junto a Nerea y se acerca a su boca. No siente su aliento en la mejilla. Trata de llamarla otra vez, ayudado por un funcionario que se suma a sus esfuerzos. Pero ya sabe que es en vano. Nerea no despertará.

Aquel a quien los dioses aman muere joven

Menandro, fragmento 111

Apéndice
El fin de Alcibíades

«… Lisandro, el general espartano, mandó al sátrapa persa Farnabazo la orden de llevar a cabo esta tarea [la muerte de Alcibíades]. Por aquel entonces Alcibíades estaba viviendo en una aldea frigia con la cortesana Timandra.

»Los hombres enviados contra él, que no se atrevían a entrar, rodearon e incendiaron la casa. Alcibíades, al darse cuenta, juntó casi todos sus mantos y colchas y los echó sobre el fuego; se rodeó la mano izquierda con la clámide y, desenvainando la espada con la diestra, atravesó las llamas incólume antes de que el manto llegara a prenderse. Los bárbaros se dispersaron nada más verlo aparecer, y, en vez de aguantar su acometida o llegar a las manos con él, empezaron a dispararle flechas y dardos desde lejos. De esta manera cayó Alcibíades. Después de que los bárbaros se hubieran alejado, Timandra recogió su cadáver, lo envolvió y cubrió con sus ropas y celebró, dentro de sus posibilidades, un funeral espléndido y honroso.

»Dicen que la célebre cortesana Lais, la llamada Corintia, que fue tomada como prisionera de guerra en una aldea de Sicilia, era hija de esta Timandra. Por otra parte, hay autores que están de acuerdo en general con los detalles sobre el fin de Alcibíades, pero aseguran que la culpa no fue ni de Farnabazo, ni de Lisandro, ni de los lacedemonios: el propio Alcibíades había seducido a una muchacha de una familia conocida y la retenía con él; los hermanos, que no pudieron tolerar esta ofensa, incendiaron de noche la casa en que vivía Alcibíades y, como se ha dicho, lo abatieron con sus flechas cuando saltaba a través de las llamas».

Plutarco, *Vida de Alcibíades*